

*Florilegio
Carmelitano*



C
1813

V.



FLORILEGIO CARMELITANO

Florilegio Carmelitano

PARA USO

DEL COFRADE CARMELITA

PUBLICADO POR

“EL MONTE CARMELO,”

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



BURGOS

TIPOGRAFIA DE «EL MONTE CARMELO»

1914.

DECLARACION

*En todo cuanto a dichos y hechos milagrosos
se refiere en este Devocionario, nos atenemos a
las disposiciones del Papa Urbano VIII.*

Es propiedad.

AL PIADOSO LECTOR

Recoger las hermosas flores que en el Monte donde la Reina del Carmelo tiene su trono crecen, juntarlas en lindo manojito, y así juntas, ofrecérselas a los devotos carmelitas, ha sido la intención principal de este FLORILEGIO. No son muchas las flores que lo componen, pero sí son de inestimable valor, ora por los variados y delicados colores de que están matizadas, ora por el suavísimo aroma de piedad que exhalan, sano, agradable y confortador, como el de los rústicos tomillares que adornan y embellecen las faldas y vertientes del Monte Carmelo.

La devoción a la Virgen del Carmen se extiende y dilata más y más cada día. Diríase que aquella nubecilla, simbolo de

María, que en raptó profético vió Elías desde el bíblico Monte levantarse del mar, subir en alto y desplegar sus alas; para resolverse luego en finísima lluvia, que empapó, fecundó y fertilizó la tierra, agostada por pertinaz sequía de tres años, tiene en nuestro tiempo exacta y cumplida realización.

No hay rincón tan apartado y oculto en la tierra donde la Virgen del Carmen no sea conocida y fervorosamente invocada, y su protección suave y consoladora no descienda como lluvia benéfica sobre los corazones de los hombres. Devociones antes no conocidas o por escasísimo número de fieles practicadas, practícanse ahora en todas partes: así, entre otras, las llamadas *Semana Devota* y *Mes de Julio dedicado a la Santísima Virgen del Carmen*. Esto nos ha movido a escribir cortas y devotas meditaciones para cada día de la semana y del mes precitados; tomando por argumento el Santo Escapulario, su utilidad, sus privilegios y obligaciones.

Si el público, siempre cortés e indulgente, acoge con benevolencia este libri-

to y le favorece con su protección y amparo y hasta con su advertencia y consejo, nos estimulará a corregir y mejorar en posteriores ediciones lo que se estime digno de corrección y mejora.

Y Tú, Reina del Carmelo y dulce Madre nuestra, dignate recibir este humilde obsequio de tus indignos hijos, que dentro de la modesta esfera de sus facultades trabajan con ardor por extender tu reinado y pregonar, ya de palabra, ya por escrito, tus excelsas virtudes e inefables bellezas.

Fr. S. de S. T.
C. D.





OBRAS DEL DIA

Ejercicio de la mañana

El Cofrade del Carmen apenas despierte debe elevar su espíritu a Dios, y acordándose de que es a la vez cristiano o hijo de Dios y cofrade, esto es, hijo de María, haga la señal de la cruz, bese el santo escapulario con toda devoción, diciendo:

Bendigamos, alabemos y ensalce-
mos, demos gloria y honor a la San-
tísima y beatísima Trinidad, Padre,
Hijo y Espíritu Santo, que con su
poder, sabiduría y amor gobiernan y
conservan todo lo criado; loor y ala-
banza por los siglos de los siglos
Amén.

Supuesto que el Cofrade del Carmen ha de llevar un método de vida muy arreglado, debe procurar levantarse a una misma hora todos los

días, dominando la pereza y ofreciendo a Dios y a la Santísima Virgen del Carmen las primicias del nuevo día.

Ofrecimiento

Altísimo Dios y Señor mío, Verdad infalible en quien creo, clemencia inefable en quien espero, Bondad infinita a quien amo de todo mi corazón y me pesa de haber ofendido; os doy gracias por todos los beneficios que de vuestra benéfica mano he recibido, por haberme criado, redimido y hecho cristiano; por haberme dado fe, Sacramentos, Angel de Guarda y bienes de gracia, por haberme alistado en las filas de mi amantísima Madre la Virgen del Carmen, regalándome con la preciosa librea del Santo Escapulario, y por haberme dejado ver un nuevo día; ofrezco y consagro a vuestra mayor honra y gloria todos mis pensamientos, palabras, obras, deseos,

alientos y suspiros del presente día; tengo intención de ganar todas las indulgencias que pueda rogando por los fines que tuvieron los sumos Pontífices al concederlas; aceptadlas, Señor, en sufragio de las almas del Purgatorio, por el aumento y prosperidad de la Orden del Carmen y de su Cofradía y en satisfacción de mis pecados; humildemente os pido perdón de todos ellos, y os suplico me déis gracia para no ofenderos de nuevo en el presente día. Amén.

Padre Nuestro y Ave María.

Oración a la Virgen del Carmen

Oh Virgen María, amorosísima Madre del Carmelo, yo me ofrezco y entrego por hijo vuestro y en honor y gloria de vuestra pureza virginal, de vuestras altísimas virtudes y singularísimas prerrogativas, y por los beneficios innumerables que de vuestro bondadoso y maternal corazón

he recibido, os doy mi alma con todas sus potencias, mi cuerpo adornado con vuestro santo Escapulario con todos sus sentidos, todo mi ser os lo entrego y pongo en vuestras manos, esperando de vuestro amparo y cariñosa protección me alcanzaréis la gracia de no manchar mi alma con culpa mortal.

Tres Ave Marías y una Salve.

Oración a San José

O Santo fidelísimo a cuya custodia encomendó el Señor los dos seres más santos de la tierra y más queridos de la beatísima Trinidad; Vos como Esposo dignísimo de la Inmaculada Virgen María, Madre mía muy querida a quien bajo el glorioso título del Carmen honro y venero, ayudadme, os suplico, a conservar intacto el sagrado depósito de la gracia santificante, y alcanzadme una santa muerte en vuestros brazos asis-

tido de vuestro Hijo benditísimo y de mi adorada Reina la Virgen del Carmen. Amén.

Padre nuestro.

Oración a Santa Teresa

Esposa regalada de Jesús, mi Dios, seráfica Virgen y Madre dulcísima Santa Teresa de Jesús; al verme revestido con la misma preciosa librea del santo Escapulario que vos honrasteis con vuestra inmaculada vida, lleno de santo orgullo, y animado con la confianza que vuestro gran corazón me ofrece; me postro a vuestras plantas para pedir os humildemente comunicéis a mi helado corazón una chispa de los divinos ardores en que el vuestro se consumía, para que purificado de la escoria sucia de todo pecado y apetito se aficione como vos a la virtud, trabajando incesantemente en su práctica hasta llegar a la per-

fección del amor que a vos unió con nuestro buen Jesús. Amén.

Al Santo Angel de la guarda

Angel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor, a mí, que soy vuestro encomendado, alumbradme, guardadme, regidme y gobernadme durante este día. Amén.

Padre nuestro y Ave María.

Actos de fe, esperanza y caridad

Creo, Dios mío, todo cuanto cree y enseña la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, porque Vos nos lo habéis revelado, y en esta santa fe quiero vivir y morir.

Espero, Dios mío, que por vuestra infinita misericordia me daréis gracia en esta vida para serviros y la gloria eterna en la otra para gozaros.

Os amo, Dios mío, con toda mi alma, con todo mi corazón, y sobre todas las cosas, y si posible fuera,

quisiera amaros con aquel amor con que Vos mismo os amáis.

Los cofrades del Carmen que para ganar el privilegio Sabatino han obtenido la conmutación en siete Padre nuestros, Ave-Marías y Glorias pueden rezarlos usando de las consideraciones que el Venerable Padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo, trae en sus obras y dice así:

Los que traen el Escapulario de la Virgen y son hermanos de esta orden recen siete Padre nuestros, siete Ave-Marías con Gloria Patri a las siete grandezas que tuvo la Virgen, que son las siguientes:

La primera, «el cuerpo» más perfecto y hermoso de todas las criaturas, donde se concibió y nació Cristo Jesús, Redentor nuestro.

La segunda, «el alma» más santa que Dios crió después de la de Cristo adornada de todas las virtudes, perfecciones y dones del Espíritu Santo.

La tercera, «la vida» más excelente que hubo en el mundo en que juntó con suma perfección las tres vidas, activa, contemplativa y unitiva.

La cuarta, «la dignidad» que tuvo de ser Madre de Dios, que fué la más excelente que ninguna criatura alcanzó.

La quinta, «la muerte» más dichosa que hubo en el mundo que fué de amor, acompañada de los Apóstoles y recibiendo el alma Cristo Jesús.

La sexta, «la Asunción» más gloriosa que jamás se vió, acompañada de Angeles en los brazos del Amado.

La séptima, «la coronación» y gloria más soberana que se puede pensar, pues fué coronada sobre todos los santos y Angeles por Reina y Emperatriz de la bienaventuranza.

Hase de pedir a la Virgen por estas siete grandezas salud en el cuerpo, santidad en el alma, pureza en la vida, observancia de las obligaciones de su estado, buena muerte, ser libres del Purgatorio y que nos alcance gloria eterna, pues como se dice en la Bula Sabatina, ofreció al Papa Juan XXII que favorecería a sus her-

manos de la Orden, asistiría a su muerte y libraría sus almas del Purgatorio.

El Angelus Domini (1)

ÿ. El Angel del Señor anunció a María. R). Y concibió por obra del espíritu Santo.

Dios te salve, María.

ÿ. He aquí la esclava del Señor. R). Hágase en mí según tu palabra.

Dios te salve, María.

ÿ. El Verbo se hizo carne. R). Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María.

ÿ. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios. R). Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

(1) Benedicto XIII concedió 100 días de indulgencia cada día y una plenaria al mes a los que rezaren devotamente el Angelus.—14 de Septiembre de 1794.

Oración

Derramad, Señor, vuestra gracia en nuestros corazones a fin de que habiendo conocido por la voz del Angel el misterio de la Encarnación de vuestro Hijo, podamos por los méritos de su pasión y de su Cruz llegar a la gloria de la Resurrección. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.

Amen (1).

En caso de tentación.—Aparta, Señor, de mí lo que me aparta de Ti.

Madre mía del Carmen, líbrame de esta tentación. No permitas que pierda a mi Dios.

Cuando se oye una blasfemia.—Perdonadles, Señor, porque no saben lo que dicen. Rogad por ellos, Madre mía, y alcanzadles el perdón.

(1) El Angelus ha de rezarse tres veces al día: al levantarse o al amanecer, al mediodía y a la puesta del sol.

Cuando pasa el Viático.—Dad salud, Dios mío, al alma de ese pobre enfermo, y a su cuerpo también, si le conviene. Virgen Santísima, Madre de los Carmelitas, rogad por él.

Antes del trabajo.—Todo por Vos, Jesús mío, todo por Vos. Os consagro este trabajo.

Madre mía del Carmen, ayudadme a obrar por Dios y según su voluntad.

Después del trabajo.—Sírvame, Señor, de penitencia por todas mis culpas este trabajo que con vuestra gracia he terminado.

Dad gracias por mí, Madre mía del Carmen, a vuestro Santísimo Hijo porque me ha dejado terminarle.

Antes de la comida.—Benedicid, Señor y Dios mío, este alimento que voy a tomar para mantenerme en vuestro servicio.

(Padre nuestro, etc).

Virgen Santísima del Carmen, ha-
ced que mi espíritu se alimente de la
oración y viva siempre en la divina
gracia.

Después de la comida.—Gracias,
Dios mío, por este beneficio que me
otorgáis sin merecerlo.

Madre del Carmelo, dad por mí las
gracias a Vuestro Hijo.

(Padre nuestro, etc).

Ejercicio de la noche

El Cofrade del Carmen ha de recogerse a una
hora conveniente, y puesto de rodillas ante una
imagen de la Sma. Virgen del Carmen, exami-
nará brevemente su conciencia previa la si-
guiente oración:

Dadme, Dios mío, luz y gracia
para conocer y detestar todas las cul-
pas y pecados que haya cometido en
este día, todas las defecciones en
vuestro santo servicio y en el de mi
amorosa Madre la Virgen del Carmen.

Examine ahora las principales acciones del
día, y el modo cómo en ellas se ha conducido, y
si hubiere omitido alguna de las prácticas pia-
dosas del Cofrade, súplala al instante, después
de lo cual diga con todo el dolor de su corazón:

Pésame, Dios mío, de todas las faltas con que por mi fragilidad y poco cuidado os he ofendido; propongo de todas veras la enmienda de mi vida, y la consecución de la virtud. Madre mía del Carmen, ayudadme a poner por obra mis buenos deseos y propósitos. Quiero ser verdadero hijo vuestro.

Haga una pequeña mortificación por las faltas cometidas durante el día; como besar el suelo, hacer una cruz en tierra con la lengua, rezar una Salve con los brazos en cruz, etc.

Después de esto rece un Padre nuestro a las benditas Animas del Purgatorio, y otro al Patriarca San José pidiéndole la gracia de una buena muerte.

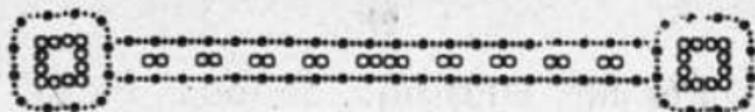
Acuéstese con modestia, diciendo mientras lo hace las siguientes jaculatorias:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, haced que descanse en paz el alma mía.

Bese devotamente el escapulario, encomendándose fervorosamente a la Virgen Santísima del Carmen.



SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

Ofrecimiento

¡Oh Madre mía, María Santísima del Carmen, entro en el santuario del Señor, para buscar en él el alimento y la vida de mi alma! Pero, ¡ay! ¿cómo me presento delante de mi Dios con un corazón tan frío, tan imperfecto y manchado? ¡Oh Madre de Misericordia, tomadme bajo vuestra protección!

Os pido, por vuestra gloriosa e Inmaculada Concepción, me consigáis el perdón de mis pecados y la pureza del corazón.

Al empezar la Misa (1)

En el nombre del Padre †, y del Hijo †, y del Espíritu † Santo. Amen.

Confesión general

Yo pecador me confieso a Dios Todopoderoso...

Para la Confesión

Significa cómo Cristo tomó sobre sí nuestros pecados y pagó por ellos.

Dios y Señor mío, para llegarme dignamente a vuestra Divina Majestad, confiésome y os pido perdón de mis culpas, las cuales tomasteis sobre Vos: borrarlas con el agua de vuestra santa gracia, para que devotamente os contemple en este santa Misa, y por siempre os alabe. Amén.

(1) Por el V. P. Tomás de Jesús, Carmelita Descalzo.

Para el Intróito

Significa los deseos con que los Santos Padres deseaban la Encarnación.

Dulcísimo Jesús mío, herid mi alma con vuestro santísimo amor, haciendo que con puro corazón siempre os suspire, y diga: Oh buen Jesús, venid y sacadme de la cárcel de mis vicios y tinieblas de mis pecados, y alumbradme con la luz de vuestra santa gracia, para que os siga y siempre os alabe. Amén.

Para los Kiries

Significa la Santísima Trinidad a quien tres veces se pide misericordia

Dios mío, que sois en tres personas distintas un solo Dios verdadero, tened misericordia de mí, porque Vos sois sólo mi Dios y mi bien. Dadme, Señor mío, por el misterio de la Santísima Trinidad, las tres virtudes principales: viva Fe para que os co-

nozca, Esperanza firme para que os desee y Caridad ardiente para que os ame sobre todas las cosas. Amén.

Para el Gloria in excelsis

Significa los Angeles y Serafines que cantaban el Nacimiento de Dios

Gloria a Vos, Señor, en el cielo y paz en la tierra a los hombres. Gloria a Vos, dulcísimo Jesús, pues habéis querido haceros hombre y nacer de la purísima Virgen María para redimirme. Los Angeles os alaben, los Querubines y Serafines y todos los Espíritus celestes os bendigan. Haced, Señor, que yo con ellos siempre cante vuestra gloria. Amén.

Para el Dominus vobiscum y colectas

Significa la bondad de Dios en comunicarse a los hombres, y la adoración de los tres Reyes.

Señor mío Jesucristo, que para salvar al género humano vinisteis al

mundo, y con una nueva estrella guiasteis a los tres Reyes del Oriente al lugar de vuestro nacimiento en donde os hallaron estos tres Reyes: ahora os adoro y os confieso por mi Criador y Salvador, Dios y hombre verdadero. Amén.

Para la Epístola y el Gradual

Significa cómo los Apóstoles predicaron la penitencia.

Oh dulcísimo Jesús, que enviasteis a San Juan y a los Apóstoles a predicar el perdón de los pecados; todas mis culpas echo en el profundo de vuestra misericordia, y os suplico me deis verdadero arrepentimiento y enmienda, y me miréis con ojos de piedad, para que de aquí en adelante nunca os ofenda y siempre os alabe. Amén.

Para el Evangelio

Significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo.

Oh Maestro y Redentor nuestro, que a los judíos y a los gentiles anunciasteis la ley divina: ruégoos, abráis otra vez vuestra santísima boca, y habléis, Señor, porque vuestro siervo oiga; alumbradme, para que yo guarde vuestra sagrada doctrina, y haga lo que por ella enseñáis, y como discípulo vuestro os bendiga y alabe. Amén.

Para el Credo

Significa el fruto del Evangelio, y confiesa la boca lo que cree el corazón.

Oh redentor nuestro, que por la salud de las almas, con innumerables trabajos fuisteis predicando la Ley de Gracia: concededme, Señor, por vuestra misericordia, valor para guar-

dar vuestra santa ley y confesarla delante de vuestros enemigos, y vuestro Santo Nombre por siempre alabe. Amén.

Para el Ofertorio

Significa que la doctrina de Cristo causa la fe y el testimonio de la obra.

Oh eterna sabiduría del Padre, cuya doctrina los Santos creyeron de todo corazón, confesaron con la boca y testificaron con las obras: Os ruego me deis fe bastante para que crea firmemente vuestras enseñanzas, y la confiese con la boca, y mucho más con las obras para vuestra gloria. Amén.

Ofrecimiento del Santo Sacrificio de la Misa

Oh clementísimo y Soberano Creador del cielo y de la tierra, yo, el más vil de todos los pecadores, os

ofrezco juntamente con la Iglesia este preciosísimo Sacrificio, que es vuestro Unigénito Hijo, por todos los pecados que yo he cometido, y por todos los del mundo, y sea por modo de sufragio a las almas del Purgatorio.

Amen.

Para el Prefacio y Sanctus

Significa la entrada de Cristo en Jerusalén, y cómo los judíos le cantaban Sanctus.

Oh piadosísimo Rey de Israel, a cuya entrada triunfante en Jerusalén tendían capas y telas vistosas por las calles, cantando: «Hosanna en las alturas, bendito sea el que viene en nombre del Señor»: suplicoos triunféis en mi alma, para que pueda cantar con vuestros escogidos: ¡Hosanna en las alturas, bendito sea Nuestro Señor Dios! Amén.

Para el Canon

*Significa el principio de la Pasión
de Cristo, nuestro Bien.*

Oh fidelísimo Pastor de nuestras
almas, que habéis amado vuestras
ovejas hasta morir para redimirlas,
padeciendo primero innumerables in-
jurias y afrentas: Ruégoos, Señor, que
me deis gracia de sufrir por vuestro
amor todas las adversidades y calum-
nias que se me hicieren, para que
después de la muerte descanse en
Vos, y os bendiga por siempre. Amén.

Para la Consagración

*Significa la figura del Cordero Pascual
y término de las demás figuras.*

Bendito seáis, suavísimo Jesús, pues
en la última Cena cumplisteis la fi-
gura del Cordero Pascual, y disteis a
los Apóstoles vuestra Carne y San-
gre: Ruégoos me hagáis participante
de este Santo Sacramento, y así viváis

en mí, y yo en Vos alabándoos siempre. Amen.

Para el alzar de la Hostia

Significa la elevación de Cristo en la Cruz.

Adorámoste, Sagrado Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que en el Ara de la Cruz fuisteis digna Hostia para la redención del Universo.

Para el alzar del Cáliz

Significa cómo Cristo derramó de las llagas su sacratísima sangre.

Adorámoste preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que derramada en el Ara de la Cruz lavasteis nuestros pecados. Amen.

Para después de haber alzado

Significa la continuación de la Pasión de Cristo y su Muerte.

Oh suavísimo Jesús, gracias os doy por la extensión de todos vuestros

miembros en la Cruz; por la abertura de vuestras manos, pies y costado; por la efusión de sangre y agua; por la Cruz y amarga muerte. Esto os ofrezco por mis pecados, y por los de todo el mundo; y os ruego me deis paciencia en las adversidades hasta la muerte por vuestro amor. Amen.

Para el alzar de la Hostia con el Cáliz
Significa cómo José y Nicodemus bajaron a Cristo de la Cruz.

Obedientísimo Jesús: os ruego me deis gracia de ayudaros a bajar de la Cruz para la enmienda de mis culpas, y merezca poneros en el sepulcro de mi corazón, para que nunca de Vos me aparte. Amen.

Para el Padre Nuestro
Significa las siete palabras que dijo Cristo en la Cruz.

Oh buen Jesús: por las siete palabras que en la Cruz dijisteis, dadme

la gracia de que yo perdone a los que me ofenden; dadme como al buen Ladrón, el paraíso y la vida eterna; guardadme como a hijo adoptivo de vuestra Santísima Madre, libradme de todo mal, y llevadnos a la vida eterna. Amen.

Para después del Padre nuestro
Significa cómo Cristo bajó al Limbo, y sacó de allí a los Stos. Padres.

Oh dulcísimo Jesús, cuya Alma santísima, unida con la Divinidad, bajó al Limbo a sacar las almas de los Santos Padres: os ruego, Señor, queráis también sacar la mía del cielo de sus culpas; libradme del infierno y penas del Purgatorio, para que cuanto antes con los Santos Padres y con todos los escogidos os alabe en la gloria. Amen.

Para la fracción de la Hostia

Significa cómo Cristo dividió el pan a los discípulos de Emaús, y por él le conocieron.

Dios mío, pues sois norte para enderezar a los que se apartan del camino verdadero: yo os ruego, que como guiasteis a los discípulos, así seáis mi guía en todo, y por medio de santas aspiraciones os conozca y alabe. Amen.

Para el Pax Domini

Significa la aparición de Cristo resucitado a sus discípulos, dándoles la paz.

Oh gloriosísimo Jesús, que abristeis la puerta de la vida eterna por vuestra gloriosa Resurrección, la cual anunciasteis a vuestros Apóstoles, dándoles la paz: Suplícoos, Señor, hagáis que mi alma resucite con Vos

a la vida de la gracia, y nunca os ofenda. Amen.

Para el Agnus Dei

Significa cómo Cristo dió poder a sus discípulos para perdonar los pecados.

Oh pacientísimo Jesús, que os pusisteis en medio de vuestros discípulos, dándoles la paz y poder de absolver los pecados: dadme poder de vencer y deshacer todos los vicios, y como buen Pastor llevadme a nuestro rebaño del cielo. Amen.

Para la Comunión

Significa cómo Cristo comió con sus discípulos antes de su Ascensión.

¡Oh dulcísimo convite de nuestro Señor Jesucristo! os adoro, y os ruego, buen Jesús, deshagáis de mi alma todo lo que os fuere contrario, para que con vuestros discípulos goce de las infinitas gracias de este sacrosan-

to Sacramento, y de Vos sólo guste, viático de mi peregrinación. Amen.

Comunión Espiritual

que conviene mucho se haga cuando en la Misa no se recibe al Señor.

¡Oh amabilísimo Jesús mío! creo que estáis realmente presente en este santo Altar: Vos deseáis que yo os reciba en mi pecho, y yo deseo también hospedaros en él. Venid, pues, a mi corazón, y ya que ahora no ha de ser sacramentalmente, al menos venid espiritualmente y habitad en mi alma y haced que nunca me aparte de Vos. Amen.

Para después de la Comunión

Significa cómo Cristo subió a los Cielos por su propia virtud.

Oh dulcísimo Jesús, que después de vuestra Resurrección, con vuestra propia virtud, levantadas las manos

al Cielo, quisisteis subir a vuestro Eterno Padre: Ruégoos, Señor, que-
ráis llevar con Vos mi alma, para
que, apartada de las cosas terrenas,
sólo contemple las celestes, con que
siempre os alabe. Amen.

Para la Bendición

*Significa cómo Cristo, según su prome-
sa, envió al Espíritu Santo.*

Oh mediador nuestro, Señor Jesu-
cristo, que de vuestro Eterno Padre
alcanzasteis el enviar a vuestros Após-
toles el Divino Consolador en lenguas
de fuego: Ruégoos, Señor, me hagáis
partícipe de este santo amor, para
que dignamente os sirva y os alabe.
Amen.

Para el Evangelio de San Juan

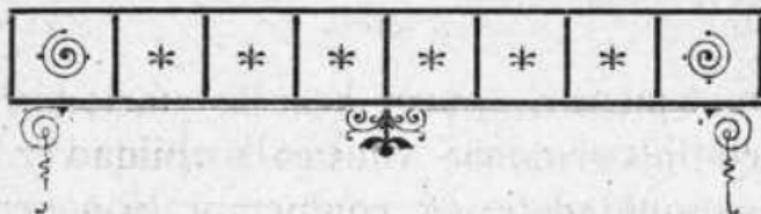
*Significa los Misterios de la Divinidad
y Humanidad de Cristo.*

Oh Jesús celador ardentísimo de
las almas, que por medio de vuestros

Apóstoles noticiasteis a las naciones los misterios de vuestra divinidad y humanidad, cuya conmemoración se acaba de hacer en esta Santa Misa: Ruégoos por ellos, mi Señor, nunca me desamparéis, sino que me llevéis a vuestra gloria, a donde sin el vélo de la fe yo os alabe siempre. Amén.

Acción de gracias

Os doy gracias, Dios mío, por los beneficios que me habéis hecho, dejándome oír este santo sacrificio de la Misa. Perdonadme las faltas que en él he cometido, y haced que quede impresa en mi corazón la memoria de vuestra Pasión y Muerte, a fin de alcanzar los frutos correspondientes a tan grande sacrificio. Amén.



MODO DE CONFESARSE

Para confesarte bien, te colocarás principalmente en un sitio donde nadie te estorbe o distraiga, y pedirás a Dios la gracia de conocer bien tus pecados y tener de ellos un verdadero dolor. Después harás el examen recorriendo los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia y las obligaciones de tu estado, de un modo semejante al que sigue. Primero se harán las reflexiones siguientes:

Reflexiones muy importantes

Alma mía: si has pecado mortalmente y quieres salvarte, has de arrepentirte y confesarte; si no te resuelves a hacerlo así, te condenarás; todos los que por su culpa no lo han hecho se han condenado, y se condenarán los que se confiesen mal: ¿có-

mo piensas, pues, hacerlo tú? ¡Ah! confiéstate como si fuese la última vez, ya que nadie te asegura si lo será; por esto examínate bien, arrepíentete, proponte la enmienda, confiesa con sencillez y sin excusa; y como para todo esto necesitas los auxilios de la gracia, pídelas de corazón y con entera confianza, diciendo la siguiente:

Oración

Señor Dios mío amabilísimo, Vos instituisteis la confesión para salvar nuestras almas después de haber pecado; dignaos concederme la gracia que necesito para recibir bien y con la debida disposición este Sacramento. ¡Oh Señor! sé positivamente que si por mi culpa dejase sin confesar algún pecado mortal, me condenaría, y que me perdería igualmente si me confesase sin dolor; entonces vendría a buscar la muerte donde existe la verdadera vida. ¡Ah! no lo permitáis,

Señor, y por esto lleno de confianza, os suplico que me hagáis conocer todos los pecados, especialmente los mortales no confesados y los mal confesados, y me concedáis de todos un verdadero arrepentimiento y propósito de enmendarlos: así lo suplico y espero, Dios mío, por los méritos de Jesucristo y de María Santísima. Y Vos, soberana Madre mía, Angel de mi guarda y Santos de mi devoción, interceded por mí, y alcanzadme esta gracia. Amén.





EXAMEN SOBRE LOS MANDAMIENTOS

MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

Primer mandamiento.—¿He negado o dudado de alguna cosa de las que Dios ha revelado y la Iglesia nos enseña?—¿He dicho palabras contra la fe?—¿He tenido o leído libros prohibidos?—¿He desconfiado de Dios?—¿Me he quejado de su providencia?—¿Ignoro la doctrina cristiana?—¿He hablado mal de la Religión o de sus ministros?

Segundo mandamiento.—¿He blasfemado de Dios, de María Santísima o de los Santos?—He hecho falsos juramentos?—¿He cumplido mis promesas?

Tercer mandamiento.—¿He trabajado o mandado trabajar en día de fiesta sin obligarme a ello una causa grave?—¿He oído la santa Misa?—¿He cometido alguna irreverencia en la iglesia?

Cuarto mandamiento.—¿He honrado a los padres y a los superiores?—¿He murmurado de ellos?—¿Les he respondido mal o dicho palabras ofensivas?—¿Les he obedecido?—Los he socorrido cuando era necesario?

Quinto mandamiento.—¿Perdono a los enemi-

gos?—¿Tengo odio a alguno?—¿Le he deseado mal?—¿Le he dicho palabras ofensivas?—¿Le he causado algún daño grave?—¿He cometido algún exceso en comer o beber?—¿Me he perjudicado la salud de algún otro modo?

Sexto y nono mandamientos.—¿He consentido en algún pensamiento malo?—¿He deseado hacer alguna cosa impura?—¿He tenido conversaciones deshonestas?—¿He leído o tenido algún libro o lámina indecente?—¿He echado miradas provocativas?—¿He hecho conmigo mismo o con otros alguna acción mala?

Séptimo y décimo mandamientos.—¿He deseado usurpar a nadie cosa alguna?—¿He robado o defraudado alguna cosa?—¿He pagado lo que debía?—¿He ocasionado daño a los bienes del prójimo?

Octavo mandamiento.—¿He hecho juicios temerarios?—¿He descubierto alguna falta grave del prójimo?—¿Le he levantado algún falso testimonio?—¿He mentido?—¿He causado con mentiras algún daño?

MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

Primer mandamiento.—¿He oído misa todos los días de precepto?

Segundo mandamiento.—¿Me he confesado cada año del modo que debía?

Tercer mandamiento.—¿He comulgado estando en gracia, y en particular en tiempo pascual?

Cuarto mandamiento.—¿He ayunado según lo han permitido mis fuerzas en los días que la

Iglesia manda?—¿He faltado en la abstinencia?
—¿He cumplido los demás preceptos de la Iglesia?

1) *Luego se examinarán las obligaciones del propio estado.*

1) *Un casado dirá:* ¿He amado a mi mujer?—¿La he ofendido con palabras?—¿La he maltratado? ¿La he sido fiel?

2) *Una casada:* ¿He amado a mi marido?—¿Le he ofendido con palabras u obras?—¿Le he sido fiel?

3) *Un padre o madre de familia:* ¿Vigilo a mis hijos procurando saber lo que hacen, a dónde van, y cómo se conducen?—¿Les enseño a bien vivir?—¿Les doy buen ejemplo?

4) *Un superior se hará las mismas preguntas respecto de sus subordinados o súbditos, y si son domésticos o personas asalariadas, se examinará, además de esto, si los hace trabajar más de lo que pueden, y si les paga el salario.*

5) *Un joven:* ¿He evitado las compañías, diversiones y concurrencias peligrosas?—Me ocupo en el estudio o en el trabajo?—¿Sigo los consejos y avisos de mis superiores?—¿Cumpló sobre todo sus mandatos?

6) *Una hija de familia:* ¿Evito toda moda escandalosa?—¿Visto mejor de lo que me corresponde?—¿He fomentado mi vanidad con los vestidos u otros adornos?—¿Busco o conservo amistades que me ponen en peligro de ofendar a Dios?—¿Cuido bien de las cosas de casa?

7) *Un criado, criada, trabajador o dependiente:* ¿He murmurado o faltado al respeto al amo o al ama, al señor o a la señora?—¿He hecho lo

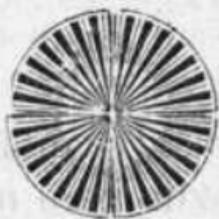
que me han mandado?—¿Les he defraudado alguna cosa?—¿He mirado por sus intereses?

Por el mismo estilo se va examinando cada uno según su estado y su profesión. En este examen se han inscrito únicamente las preguntas principales.

Luego, a la vista de los pecados que ha cometido, podrá decir:

¡Ay de mí..! ¡qué he hecho! Ofender a un Dios que me ha criado..., que me ha redimido..., y me hace siempre beneficios... ¡cuánta ingratitude..! Obrar contra la razón y la poca conciencia... ¡qué temeridad..! Pecar con tanto conocimiento... ¡cuánta malicia..! Por un vil gusto o interés perder la paz del corazón y hacerme reo de un infierno..! ¡cuánta locura..! ¿Y no habrá remedio para mí..? Sí: Dios es misericordioso con los que se arrepienten. ¿Y no le pediré perdón..? ¿no propondré la enmienda..? ¿no trataré de huir las ocasiones o peligros próximos de pecar..? ¿no me confesaré..? Sí, voy a hacerlo desde **ahora.**

Vé confiado a confesarte, y alcanzarás el perdón. Te explicarás con sinceridad y sencillez, y sin hacer oposición a lo que el confesor te diga; y después de la confesión darás durante algún rato gracias a Dios por el beneficio que te ha concedido, y, si te es fácil, cumplirás la penitencia que el confesor te habrá impuesto. Finalmente, te confesarás con aquel que creas que es más sabio, santo y prudente.





MODO DE COMULGAR

ANTES DE LA COMUNIÓN

Estando en gracia de Dios y en ayuno natural, antes de acercarte a la sagrada Comunión, y mejor aun la víspera del día en que has de comulgar, te prepararás con actos de fe, de humildad y de amor, considerando: *Quién viene a tu corazón, a qué viene, y por qué viene.*

COLOQUIOS REFLEXIVOS Y MUY IMPORTANTES PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

Alma mía, ¿a dónde vas? ¿qué es lo que vas a hacer..? ¿Sabes quién hay en aquella forma? ¡ah! aviva tu fe, abre los ojos, y sabe que cuando el sacerdote dice en persona de Jesucristo: **este es mi cuerpo**, aquella hostia ya no es pan material; queda convertida toda en el cuerpo y sangre del mismo Jesucristo. El es quien lo instituyó con el imperio o voluntad om-

nipotente de su palabra, la cual tiene siempre eficacia para hacer aquello que significa; recibiendo, pues, aquella forma, recibes al mismo Dios en cuerpo y sangre, alma y divinidad. Es verdad que tus ojos ven los accidentes de pan; pero cree y ten la certeza de que en él está el mismo Dios, tan alto y tan poderoso como en el cielo.

Ahora, pues, alma mía: ¿estás en su gracia? ¡Ay! si te presentases con pecado mortal, en aquella hostia comerías tu juicio, tu sentencia, tu condenación..! si conservas algún odio, no te acerques a recibirlo; si no quieres apartarte de los peligros, no vayas a comulgar...; pero si aborreces el pecado, si en adelante quieres servirle y amarle, preséntate con entera confianza, y allí encontrarás consuelo, fortaleza, vida y una prenda de la gloria... En la sagrada Hostia tienes un padre cariñoso, un médico caritativo, un amigo de corazón que te de-

sea todo bien, un rey que quiere corregirte y coronarte; purifica, pues, tu corazón con actos de arrepentimiento; abrázate en deseos ardientes de cumplir su voluntad, de amarle y recibirle... y dile con fervor la siguiente

ORACIÓN

¡Oh maná celestial! ¡Pan de Angeles! ¡alimento divino! que bajasteis del cielo para dar vida a los que os reciben; venid hoy a mi pecho, entrad en mi corazón, convertidlo para siempre en morada vuestra. Pero, Señor, ¿sé lo que me digo? San Juan se tenía por indigno de descalzaros los pies; San Pedro se llenaba de sorpresa y espanto al oír que Vos queríais lavarle los suyos... ¿Y yo tengo atrevimiento para introducirnos en un corazón que tantas veces ha sido ocupado por el demonio? ¡Ah, Señor! ya que sois el Cordero sin mancha que

quita los pecados del mundo, y que habéis descendido del cielo para enmendar lo que estaba perdido, limpiadme y purificadme aún de las faltas más ocultas, lavadme de todas las manchas del pecado y hacedme digno de Vos. ¡Oh alma mía! ¿y de dónde te ha venido tanta dicha de que el Señor se acerque y llegue a ti? Pero, ánimo; la Hemorroísa quedó curada con el contacto de Jesucristo; el ciego recobró la vista, y hasta los muertos resucitaron: acércate, pues, a él con confianza, pero con toda humildad, diciéndole como el Centurión: Señor, yo no soy digno de que entréis en la casa de mi corazón, pero decidlo de palabra, y entonces mi alma será digna de Vos.

Con estas y otras súplicas semejantes, y parecidos coloquios, procurarás enfervorizar tu espíritu, hasta que llegue el acto de la comunión.

Luego recibirás la sagrada Hostia levantando la cabeza, abriendo la boca y sacando modestamente la lengua.

En este momento es la ocasión mejor y más

propicia para pedir a Dios todas las gracias. Si un rey de la tierra viniese a visitarte por amistad; ¿qué le pedirías?.... Ahora posees al mismo Dios. Sí; ya has recibido al buen Jesús, ya le tienes en tu corazón: agradécele esta gracia, adórale, ámale, humíllate a El, pídele favores, y sobre todo la gracia de salvarte y hacer lo que es de su agrado y para su mayor gloria; y en esto podrías ocupar un rato, como de un cuarto o media hora, según las ocupaciones más o menos precisas que tengas.

ORACION PARA DAR GRACIAS DESPUES DE LA
SAGRADA COMUNION

Gracias y alabanzas os doy, Señor mío Jesucristo, que aunque tan miserable e indigno pecador, habéis tenido por bien de recrearme con el sagrado convite de vuestro santísimo Cuerpo: suplícoos, Dios mío, que esta santa Comunión no me sea por mi culpa ocasión de condenación, sino por vuestra misericordia infinita causa de perdón. Séame remisión de mis pecados, extirpación de mis vicios, purificación de mis manchas, enmienda de mis culpas, reformación

de mis costumbres, moderación de mis pasiones, freno de mis tentaciones, fortaleza de mis flaquezas, remedio de mis miserias: sea renovación de mi vida, ilustración de mi fe, ardor de caridad, y aumento de todas las virtudes: séame señal de vuestra infinita clemencia y misericordia, dádiva de vuestra gracia, y prenda de vuestra gloria. Que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACION A NUESTRA SEÑORA DESPUES DE LA
COMUNION

Santa María, dignísima Madre de mi Señor Jesucristo, Serenísima Reina del Cielo y de la tierra, que merecisteis traer en vuestro seno virginal al Criador de todo lo criado, cuyo venerabilísimo Cuerpo yo he recibido: Tened, Señora, por bien de pedir a este vuestro benignísimo Hijo que

me perdone todo lo que contra este Sacramento he pecado por ignorancia o por otra cualquiera manera, y que por vuestros ruegos se abrace y junte con mi alma con sentimiento de amor tan estrecho, que jamás se aparte de ella hasta llevarla a la bienaventuranza, en la cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

**AFECTUOSAS SUPPLICAS PARA DESPUES DE LA
COMUNION**

Alma de Cristo santísima, santificadme: Cuerpo de mi Señor Jesucristo, salvadme: Sangre de Cristo preciosísima, embriagadme: Agua purísima del costado de Cristo, limpiadme: Sudor virtuosísimo del rostro de Cristo, sanadme: Pasión piísima de Cristo, confortadme: Oh buen Jesús, guardadme: entre vuestras llagas escondedme: no permitáis que yo me aparte de Vos: en la hora de mi

muerte defendedme: ayudadme para que yo vaya a Vos, y colocadme junto a Vos, para que con los Angeles y Arcángeles y todos los Santos os alabe por todos los siglos de los siglos. Amén.

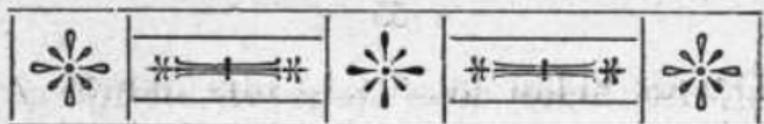
Aquí será bueno que digas la siguiente oración, con la que podrás ganar indulgencia plenaria, aplicable a las almas del purgatorio, concedida por Pío VII en 10 de Abril de 1821 a cualquiera que, después de confesado y comulgado, la rezare devotamente y con corazón contrito delante de la imagen de Jesús crucificado.

Miradme ¡oh mi amado y buen Jesús! postrado en vuestra santísima presencia os ruego con el mayor fervor que imprimáis en mi corazón los sentimientos de fe, esperanza, caridad, dolor de mis pecados y propósito de jamás ofenderos, mientras que yo, con todo el amor y con toda la compasión de que soy capaz, voy considerando vuestras cinco llagas, comenzando por aquello que dijo de Vos, ¡oh mi Dios! el santo profeta

David: «Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos».

Luego podrás rezar tres *Padre nuestros* y *Ave Marías* por las intenciones del Papa.





Exclamaciones del alma a Dios

COMPUESTAS POR

SANTA TERESA DE JESUS

QUE PUEDEN SERVIR DE LECTURA ESPIRITUAL
EN LOS DIAS DE COMUNION

Domingo.—¡Oh vida, vida: cómo puedes sustentarte, estando ausente de tu vida, en tanta soledad! ¿En qué te empleas? ¿Qué haces? Pues todas tus obras son imperfectas y faltas. ¿Qué te consuela, oh alma mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh Señor! que vuestros caminos son suaves; mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a ser-

vir, no hallo cosa que me satisfaga para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios mío, misericordia mía! ¿Qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor y con gran sabiduría, pues la misma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase la voluntad, porque querría que nadie la estorbase a amaros, pues no puede el entendimiento, en tan grandes grandezas, alcanzar quién es su Dios y deséale gozar, y no ve como puesta en cárcel tan penosa, como esta mortalidad: todo la estorba, aunque primero fué ayudada en la consideración de vuestras grandezas, a donde se hallan mejor las innumerables bajezas mías. ¿Para qué he dicho esto,

mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye si no Vos, Padre y Criador mío? Pues para entender Vos mi pena ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino.

Mas ¡ay Dios mío! ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mía! ¡que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te deseará, pues, la ganancia que de ti se puede sacar o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan cierta y ilena de peligros?

Lunes.—Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad; porque descansa el alma con su descanso, puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas y dejar de entender el alma

a solas con su Criador, hace tenerle por deleite.

¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que sólo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios! cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo. Este no quiere compañía por parecerle que le han de quitar de lo que posee. El de mi Dios mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se emplean en ver que no gozan todos aquel bien. ¡Oh Bien mío! que esto hace que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar. Mas, Padre Celestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma

con menos regalos vuestros, y ahora emplearle toda en gozaros? ¡Oh Jesús mío! cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer, es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán.

Martes. — Considerando la gloria que tenéis, Dios mío, aparejada a los que perseveran en hacer vuestra voluntad y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo y cuán mal

lo teníamos merecido, y lo mucho que merece; que no se desagradezca la grandeza de amor, que tan costosamente nos ha enseñado a amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? ¡Oh Redentor mío! y cuán olvidados se olvidan de sí, y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros a Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos tornéis a dar la mano y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud. Bendito sea tal Señor, bendita tan grande misericordia y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. ¡Oh alma mía! bendice para siempre a tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra él? ¡Oh! que a los que son desagradecidos, la grandeza de la merced les daña. Remediadlo Vos,

mi Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis duros de corazón, y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra él? No; que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen a dar aquella terrible sentencia. ¡Oh poderoso Dios mío! pues aunque no queramos nos habéis de juzgar ¿por qué no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora? Mas ¿quién, quién no querrá Juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos. ¡Oh Dios y Señor mío! al que Vos habéis levantado y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento y está determinado a contentaros siempre y ayudándole vuestro favor, pues no faltáis, bien mío de mi alma, a los que os quieren, ni dejáis de responder a quien os llama;

¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo con la memoria de haber perdido tanto bien, como tuviera estando en la inocencia que quedó del Bautismo? La mejor vida que puede tener es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¿Mas qué desatino os pregunto, Señor mío? Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo vinisteis al mundo por los pecadores, y nos comprasteis por tan gran precio, y pagasteis nuestros falsos contentos con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediasteis mi ceguera con que tapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh Señor, Señor! todo esto lastima más a quien os ama; sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga,

hasta que con veros a Vos se quiten todas las miserias de esta mortaldad.

Miércoles.—Parece, Señor mío, que descansa mi alma considerando el gozo que tendrá si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querría primero serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndola a ella le ganasteis. ¿Qué haré Señor mío? ¿Qué haré mi Dios? ¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos! y qué temprano andabais Vos, Señor, grangeando y llamando para que toda me emplease en Vos. Por ventura, Señor, desamparasteis al miserable o apartasteis al pobre mendigo, cuando se quiere llegar a Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas o vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mío, y misericordia mía! ¡y cómo las podréis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se po-

drá entender si mi alma se entiende a sí, mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podéis Vos Señor, hacer que le torne a ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido (suelen decir) que no se puede tornar a cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡Oh Señor! confieso vuestro gran poder: si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede?

Quered Vos, Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis; y mientras más maravillas oigo vuestras y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinación que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias, nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válgame Señor esto en que no os he ofendido.

Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido, con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si queréis, podéis.

Jueves.—¡Oh Señor mío! ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido y ha sabido guardar lo que le habéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿Pues qué haré, consuelo de los desconsolados y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remediéis? No por cierto, que Vos Señor mío, y deleitè mío, sabiendo las muchas que habían de ser y el alivio que nos es contarlas a Vos, decís que os pidamos y que no dejéis de dar. Acuérdomè algunas veces de la queja de aquella santa mujer Marta, que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto que

su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíais Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníais como a su hermana, que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir a quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parece en no decir nada a su hermana, antes con toda su queja fué a Vos, Señor, que el amor la hizo atrever a decir que cómo no teníais cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que sólo el amor es el que da valor a todas las cosas y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario. ¿Mas cómo le podremos tener, Dios mío, conforme a lo que merece el amado, si el que Vos me tenéis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? ¡Oh que no tengo ninguna

razón, porque siempre he visto en mi Dios hartos mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir, ni desear, sino me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido; no tengo de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mío, que os dé con San Agustín, para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordéis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quién es mi criador para que le ame.

Viernes.—¡Oh almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! venturosa fué vuestra suerte. Qué gran razón tenéis de ocuparos siempre en altas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes, que en estos desventurados tiempos se hacen a mi

Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás: ¡Oh bienaventuradas almas celestiales! ayudad a nuestra miseria y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que tenéis. Dadnos, Dios mío, Vos a entender, qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos ¡oh almas amadoras, a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros. Señor mío, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! Oh gente interesal, codiciosa de sus gustos, y de-

leites, que por no esperar un breve tiempo a gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora (y por ventura no será más que un momento) lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente. ¡Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa nos distes, y a vuestro Hijo, y tantos años antes de nuestro nacimiento, y aun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro; porque no quedase por Vos, lo que nosotros grangeando con él podemos ganar con Vos, Padre piadoso! ¡Oh almas bienaventuradas! que también os supisteis aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permanente, con este precioso precio: decidnos como grangeabais con

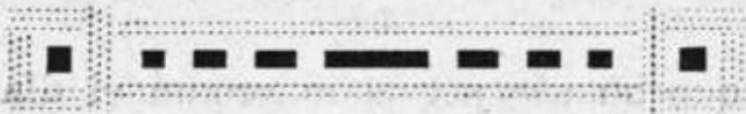
el bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente; coged agua para los que acá perecemos de sed.

Sábado.—¡Ay de mí, ay de mí, Señor! que es muy largo este destierro y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesús! ¡qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con ella vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais a este padecer? No le hay, sino cuando se padece por Vos. ¡Oh mi suave descanso de los amores de mi Dios! no faltéis a quien os ama pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno

de los mortales. Siendo esto así, no culparéis a mi deseo; veisme aquí, Señor, si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehuso todos cuantos trabajos en la tierra me pueden venir, como decía vuestro amador San Martín. Mas ¡ay dolor! ¡ay dolor de mí! Señor mío, que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mío, delante de vuestro divino acatamiento y no miréis a mi poco merecer; merezcamos todos amaros, Señor; ya que se ha de vivir, vívase para Vos; acábense ya los deseos e intereses nuestros. ¿Qué mayor cosa se puede ganar que contentaros a Vos? ¡Oh contento mío y Dios mío! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos a Dios. ¿Pues para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia? ¡Alma mía: espera, espera,

que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora; vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso y el tiempo breve largo; mira que mientras más peleares más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu amado con gozo y deleite que no puede tener fin.





La Semana Eucarística

ORACION PARA ANTES DE LA VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¡Oh Dios del cielo y de la tierra! postrado a tus pies, te adoro en el sacramento de tu amor. Dígnate aceptar el humilde homenaje de un pecador miserable, indigno de presentarse ante tu augusta infinita santidad. ¡Ah! si el resplandor de tu soberana Majestad no se ocultase a mi vista, yo no me aproximaría al tabernáculo, no obstante saber con certeza que tienes tus delicias en estar con nosotros. Pero, seguro de tu bondad y del llamamiento tuyo vengo con confianza y arrepentido de todas mis culpas.

¡Oh Jesús! acepta mi reconocimien-

to profundo por el inapreciable beneficio de la Eucaristía, en el cual Tú eres el consolador y el apoyo de mi alma: vecino a ti nada tengo que envidiar a tus discípulos; como ellos, yo te encuentro a cada instante. ¡Oh Jesús! Haz que comprenda la felicidad que se encierra en visitarte; perdona mis largas ausencias de tus altares y bendice estos instantes que deseo pasar en tu compañía.

Domingo

— Entra en el tabernáculo como en un horno de amor para purificarte de tantos pecados como has cometido con voluntad deliberada, de las innumerables distracciones voluntarias en la oración, de la negligencia en el trabajo, de la poca consideración al prójimo, de los pensamientos de venidad que has acariciado...

Detente un poquito en su presencia; y recita pausadamente un «Mise-

rere». Imagínate que Jesús arranca de tu corazón como de un jardín mal cultivado las malas hierbas que le afean. Ayúdale, dale gracias y procura estar durante el día muy recogido.

ORACION A MARIA SANTISIMA

¡Oh, María! dignate suplir ante tu divino Hijo lo que falta a los tibios homenajes que yo he presentado en la Sagrada Eucaristía. Pídele perdón, en mi nombre, de mis distracciones y de mis negligencias.

¡Oh Madre mía! yo imploro tu perpetuo socorro para todos los cristianos. Defiéndelos de los enemigos de la salvación, ayúdalos a vivir cristianamente, a soportar con resignación los trabajos cotidianos. Concédenos la perseverancia final y recibir en el último momento los Santos Sacramentos.

¡Oh María! yo me refugio en tu maternal regazo para vivir seguro al

amparo tuyo, del pecado y de las asechanzas del enemigo. Asísteme en la hora de mi muerte, y presenta tu misma mi alma al tribunal del Supremo Juez. A ti encomiendo, Madre mía, por el ardentísimo amor que profesaste al sacratísimo Corazón de Jesús y por la intercesión de S. José, mis bienes, así temporales, como espirituales y eternos.

COMUNION ESPIRITUAL

¡Oh Jesús! concédeme fe viva en tu presencia sacramental, esperanza profunda en tu bondad, que se inclina en favor mío y vivo amor unido a un deseo ardentísimo de unirme a ti. ¡Oh Jesús mío! ven a mí; toma posesión de mi corazón; consérvalo fiel a tu santo amor y haz que mi alma sea una de las que más amas sobre la tierra.

ORACION PARA DESPUES DE LA VISITA

¡Jesús mío! te doy infinitas gracias por haberte dignado admitirme a tu presencia. Perdona las distracciones y negligencias que pueda haber cometido en esta visita, y concédeme para siempre el espíritu de oración. Yo te encomiendo mi familia, mis amigos, las almas que más te interesan, las necesidades de la Iglesia y del Sumo Pontífice, y la conversión de los pecadores, herejes e infieles. Ten compasión de los agonizantes, admítelos prontamente en las mansiones eternas y concede a mi alma la insigne gracia de la perseverancia final. ¡Oh Jesús mío! ten piedad de las pobrecitas almas del Purgatorio; abrevia las penas de aquellas que durante su vida dieron pruebas evidentes de devoción a la Sagrada Eucaristía. Recibe, o inmaculada Hostia, el tributo de amor que mi corazón

te ofrece. Haz que durante toda mi vida te rinda un culto especialísimo. ¡Oh Jesús! por tu divino Corazón, que te retiene aquí, dignate oír mis votos y aquellos de tus fervorosos adoradores.

Lunes

Oración preparatoria, pág. 74

Penetra en el tabernáculo como «en una prisión» y considérate como un culpable que desea aplacar a su juez y satisfacer a la divina justicia. Has desobedecido voluntariamente a Dios, has apartado tu corazón de El y quizá has robado otros corazones, distrayéndolos de sus deberes, has empleado en cosas nocivas las facultades que Dios te había concedido para que le sirvieses y amases... Has cometido por ventura culpas graves, merecedoras de penas eternas. Piensa, por lo tanto, qué expiación no exigirá Dios de ti.

Procura vivir unido a Dios todos los días de tu vida y sigue con toda la perfección posible sus santas inspiraciones.

Oración a María Santísima, pág. 76

Comunión espiritual, pág. 77

Oración final, pág. 78

Martes

Oración preparatoria, pág. 74

Intérnate en el tabernáculo como «en una escuela»; Jesús mismo, con su acostumbrada bondad, quiere instruirte lejos del mundanal bullicio. Oyele en silencio. El te enseñará el modo de hacerte santo. ¡Oh, qué suaves son sus lecciones!

Amaos los unos a los otros; soportaos pacientemente los pequeños agravios; ellos os conducirán al cielo; sed humildes y no os consideréis superior a los demás. No os irritéis ni contra el tiempo, ni contra la dificultad de vuestro trabajo, ni contra

los adversos sucesos!... Soy yo quien todo esto permite, mas para bien vuestro.

¡Oh, divino Maestro y enseñador mío! habladme ahora; habladme siempre. ¡Hoy me recogeré en devota oración antes de comenzar el trabajo!

Oración a María Santísima, pág. 76

Comunión espiritual, pág. 77

Oración final, pág. 78

Miércoles

Oración preparatoria, pág. 74

Ocúltate en el tabernáculo como en un castillo bien asegurado que el mundo y el demonio en modo alguno pueden escalar. En una habitación bien cerrada se siente algo miedo, pero no terror o pavor con el silvar de los vientos o el bramar de las tempestades, porque está uno resguardado por espesos muros y se descansa con tranquilidad. Junto a Jesús, no

estarás exento de tentaciones, de ocasiones de pecar; sentirás los halagos de la vanidad y de la sensualidad, pero todo este ruido del demonio y de las pasiones, no quebrantará la firmeza de vuestra voluntad. Unete estrechamente con Jesús y «recita el Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús». Y cuando te alejes de su real presencia, deja en la copa santa en que está depositado su sagrado cuerpo, tu corazón y tu voluntad. «Obedece puntualmente»; tu voluntad no es ya tuya sino de Dios.

Oración a María Santísima, pág. 76

Comunión espiritual, pág. 77

Oración final, pág. 78

Jueves

Oración preparatoria, pág. 74

Ve al tabernáculo como un amigo corre al banquete al que otro su amigo le ha invitado. No invita sino aquel que ama. El amigo que te reci-

be es generoso, escucha su dulce voz, que dice: «Todo lo mío es tuyo»: mis riquezas, para que te sean provechosas; mi sangre, para que la ofrezcas a Dios en expiación de tus culpas; mis virtudes, para que sirvan de adorno a tu alma: tómallo todo; pero acuérdate que el amor que da, algo exige en retorno... Dame tus riquezas. Haz todas las obras por mi amor; ofrécame tus penas; «soporta con alegría todas las contrariedades de este día», y por mi honor practica hoy cualquier acto de caridad, de piedad, o de otra virtud.

Oración a María Santísima, pág. 76

Comunión espiritual, pág. 77

Oración final, pág. 78

Viernes

Oración preparatoria, pág. 74

Apresúrate a entrar en el tabernáculo «como en la casa paterna», donde encontrarás a tu Madre María

y a tu hermanito Jesús que te esperan con ansia. ¡Qué deseos tienen de verte! Diles esas afectuosas palabras que sólo el corazón enamorado sabe inspirar, que no se pueden explicar y que no son comprendidas sino «en casa, por la familia». Descansa en los brazos de María, bajo la protección de la dulce y tranquila mirada de Jesús. Exponle tus temores, tus debilidades, el miedo que te embarga ante las tentaciones que fieramente te acometen y escucha sus confortantes palabras. ¡Estaremos siempre contigo, alma devota!

Oración a María Santísima, pág. 76

Comunión espiritual, pág. 77

Oración final, pág. 78

Sábado

Oración preparatoria, pág. 74

Acude al tabernáculo como a un templo para sacrificarte, víctima voluntaria, a Jesús. Dile con resolución:

¡Dios mío! he cometido gravísimos pecados y no me siento con fuerza para aborrecer lo que Vos condenáis. ¡Dios mío! haced de mí lo que os parezca; castigadme, matadme, abrasadme... Destruid estas mis aficiones pecaminosas, este amor desordenado a mí mismo, este deseo de ser preferido a los demás. ¡Jesús mío! cúmplase en mí vuestra santísima voluntad.

Oración a Maria Santísima, pág. 76

Comunión espiritual, pág. 77

Oración final, pág. 78





EL SANTO ROSARIO

Lunes y Jueves

MISTERIOS GOZOSOS

1.º La Encarnación del Hijo de Dios.

2.º La Visitación de Nuestra Señora.

3.º El Nacimiento del Hijo de Dios.

4.º La Purificación de Nuestra Señora.

5.º El Niño perdido y hallado en el templo.

En cada Misterio se rezan un Padre nuestro y diez Avemarías y un Gloria Patri, y al terminar se dice:

María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemi-

go, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Martes y Viernes

MISTERIOS DOLOROSOS

- 1.º La Oración del huerto.
- 2.º Los Azotes en la columna.
- 3.º La Coronación de espinas.
- 4.º La Cruz a cuestas.
- 5.º La Crucifixión del Hijo de Dios.

Miércoles, Sábados y Domingos

MISTERIOS GLORIOSOS

- 1.º La Gloriosa Resurrección del Hijo de Dios.
- 2.º La Admirable Ascención del Señor.
- 3.º La Venida del Espíritu Santo.
- 4.º La Asunción de Nuestra Señora a los cielos.

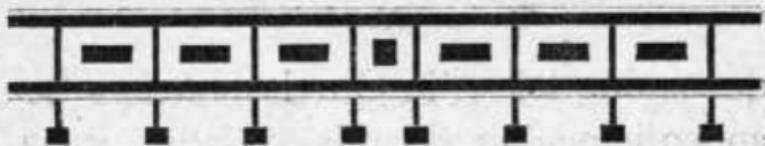
5.º La Coronación de Nuestra Señora.

Terminado el quinto misterio se rezan tres Avemarias en honor de la *Pureza de María Santísima*, y enseguida la Letanía Lauretana, y la

ORACION

Oh Dios, que por la vida, muerte y resurrección de tu unigénito Hijo nos prometiste el premio de la salvación eterna, concédenos propicio, que, recordando estos misterios del Santísimo Rosario de la Bienaventurada Virgen María, imitemos lo que nos enseña y alcancemos lo que nos prometen. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro. Amén.





VIA-CRUCIS (1)

*Por la señal de la santa cruz, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.*

ORACION PREPARATORIA

Oh amabilísimo Jesús mío; héme aquí postrado ante tu acatamiento divino, implorando tu misericordia en favor de tantos pecadores infelices, de las benditas ánimas del Purgatorio y de la Iglesia universal. Aplícame, te ruego, los merecimientos infinitos de tu sagrada pasión, y concédeme los tesoros de indulgencias, con que tus vicarios en la tierra enriquecieron la

(1) Tomado del *Ancora de salvación*.

devoción del «Via-Crucis». Acéptalos en satisfacción de mis pecados y en sufragio de los difuntos a quienes tengo más obligación.

Y tú, afligidísima madre mía; por aquella amargura que inundó tu corazón cuando acompañaste a tu santísimo Hijo al Calvario, haz se penetre mi alma de los sentimientos de que estabas entonces animada. Alcánzame del Señor vivo dolor y detestación del pecado, y valor para que, abrazando la cruz, siga las huellas de tu amable Jesús. No me niegues esta gracia, o madre mía; haz que, tomando ahora parte en tu dolor, logre un día acompañar a tu Hijo en el triunfo de la gloria. Amén.

Primera estación

JESUS CONDENADO A MUERTE

V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.

R. Quia per crucem tuam redemisti mundum.

¿Lo ves, alma cristiana? Está el inicuo juez sentado en el tribunal, y a sus pies el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, lleno de confusión, las manos atadas como un facineroso, oyendo la más injusta e ignominiosa sentencia. ¡Oh Jesús mío amantísimo! ¡Vos, autor de la vida, condenado a muerte! ¡Vos, la inocencia y santidad infinita, condenado a morir en un infame patíbulo, como el más insigne malhechor! ¡Ay! ¡qué amor tan grande el vuestro, y qué ingratitude tan monstruosa la mía, pues os condeno de nuevo a la muerte cada día! ¿Y por qué? ¡Por un sucio deleite... por

un mezquino interés... por un puntillo de honrra... por un «qué dirán!»

Perdonadme, dulcísimo Jesús mío; y por esa inicua sentencia, no permitáis que sea yo un día condenado a la muerte eterna que merecían mis pecados.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

V. Miserere nostri, Domine.

R. Miserere nostri.

V. Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace.

R. Amén.

Segunda estación

JESUS SALE CON LA CRUZ A CUESTAS

Adoramus te, Christe, etc, como en la primera estación.

¡Y queréis, inocentísimo Jesús mío, llevar Vos mismo, cual otro Isaac, el instrumento del suplicio! ¡Estáis exhausto de fuerzas! ¡Vuestras espaldas y hombros están doloridos y rasga-

dos por los azotes! ¡La cruz es larga y pesada! ¡Y cuánto no acrecientan todavía su peso mis iniquidades y las de todo el mundo..! Sin embargo, la aceptáis, y besándola la abrazáis y lleváis con inefable ternura por mi amor.

¿Y aborrecerás tú, pecador, la ligere cruz que Dios te envía? ¿Querrás tú ir al cielo por los deleites y regalos, yendo allá el inocentísimo Jesús por el dolorosísimo camino de la cruz?

Reconozco mi engaño, Salvador mío; enviadme penas y tribulaciones; que estoy resuelto a sufrirlas con resignación y alegría por amor de un Dios que tanto padeció por mí.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc., como en la primera estación.

Tercera estación

JESUS CAE LA PRIMERA VEZ

Adoramus te, Christe, etc.

No extraño, dulce Jesús mío, que sucumbáis rendido al enorme peso de la cruz. Lo que me pasma y hace llorar a los ángeles de paz es la bárbara fiereza con que os tratan esos sayones inhumanos. Si cae un vil jumento se le tiene compasión, le ayudan a levantarse; pero cae el rey de cielos y tierra, el que sostiene la admirable fábrica del universo, y, lejos de moverse a compasión, le insultan con horribles blasfemias, le maltratan y acocean con diabólico furor.

¿Y qué hacíais, en qué pensabais entonces, dulce Jesús mío? En ti pensaba, pecador, por ti sufría con infinita paciencia y alegría. Tú habías merecido los oprobios y tormentos más horribles; y yo para librarte de

ellos, he querido pasar por este espantoso suplicio. ¿No estás todavía satisfecho..? ¿Quieres aun maltratarme con nuevas ofensas? Aquí me tienes; descarga tú también fieros golpes sobre mí.

No, Jesús mío, no; antes morir que volver a ofenderos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Cuarta estación

JESUS ENCUENTRA A SU MADRE SANTISIMA

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué sentiste, oh angustiada Señora, al ver aquel trágico espectáculo! ¡El pregonero publicando con lúgubre trompera la sentencia fatal! ¡Una multitud inmensa, que se agrupa, profiriendo injurias y blasfemias contra Jesús! ¡Los soldados y sayones en

dos filas, en medio de dos malhechores..! ¡Ay! ¿le conoces, oh madre amantísima? ¿Es ese tu Hijo benditísimo? ¿Es ese el más hermoso de los hombres, la beldad de los cielos y la alegría de los ángeles? ¿Aquel Hijo de Dios que con tanto regocijo pariste en Belén? ¡Ay! ¿dónde están ahora los reyes y pastores que entonces le adoraban? ¿Qué se han hecho los espíritus celestiales que entonaban entonces himnos de alabanza? ¡Ay! ¡qué trocado está! ¡Sus ojos inundados de lágrimas y sangre, coronada de espinas su cabeza, todo él hecho una llaga! ¡Oh María, afligida entre todas las mujeres! ¡Oh madre, más desolada de todas las madres! ¡Oh Hijo, maltratado sobre todos los hijos de Adán! ¡Oh Jesús! ¡Oh María! perdonad a este ingrato, a este pecador, a este monstruo, causa de tanta amargura.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Quinta estación

JESUS AYUDADO POR EL CIRENEO

Adoramus te, Christe, etc.

Temiendo los judíos no se les muestra Jesús antes de llegar al Calvario, no por aliviarle, sino por el deseo que tienen de crucificarle, buscan quien le ayude a llevar la cruz, y no le encuentran. Había entonces en Jerusalén tantos millares de hombres, y sólo Simón Cireneo acepta este favor, y aún por fuerza.

¡Y así te desamparan, oh Jesús mío! ¿No fueron cinco mil los hombres que alimentaste con cinco panes en el desierto? ¿No son innumerables los ciegos, paralíticos y enfermos que sanaste? ¡Y nadie quiere llevar tu cruz! ¡Y ella, no obstante, nos predica la «latitud» de tu misericordia, la «longitud» de tu justicia, la «sublimidad» de tu poder y lo «profun-

do» de tu sabiduría infinita! ¡Oh misterio incomprensible! Muchos admiran tus prodigios y tu doctrina; mas pocos gustan de padecer contigo.

Temán, pues, los enemigos de la cruz oyendo a Cristo que dice: «El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo».

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Sexta estación

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO

A JESUS

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué valor el de esta piadosa mujer! Ve aquel rostro divino, «a quien desean contemplar los ángeles», cubierto de polvo, afeado con salivas, denegrido con sangre; y, movida de compasión, quítase la toca, atropella por todo, y acercándose al Salvador le enjuga su rostro desfigurado.

¡Ay! ¡cómo confunde esta mujer fuerte la cobardía de tantos cristianos, que, por vano temor del «qué dirán», no se atreven a obrar bien! ¡Oh dichosa Verónica; y cómo premia el Señor tu denuedo, dejando su rostro santísimo estampado en tres pliegues de esa afortunada toca!

¿Quieres tú, cristiano, que Dios imprima en tu alma una perfecta imagen de sus virtudes? Huella, pues, generoso el respeto humano como la Verónica; haz con fervor, haz a menudo el «Via-Crucis»; y no dudes que Jesús grabará en tu alma un fiel traslado de sus virtudes; y viéndote el Eterno Padre semejante al divino modelo de predestinados, te admitirá en el cielo.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Séptima estación

JESUS CAE SEGUNDA VEZ

Adoramus te, Christe, etc.

Sí; Jesús cae segunda vez con la cruz; nuevas injurias y golpes, nueva crueldad de parte de los judíos; nuevos dolores y tormentos, nuevos rasgos de amor de parte de Jesús. Parece que el infierno desahoga contra él todo su furor: mas ¿qué hará el Señor? ¿Dejará la empresa comenzada? ¿Hará como nosotros, que a una ligera contradicción abandonamos el camino de la virtud? No, no: bien podrán decirle: «Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz»; por lo mismo que lo es, allí permanecerá hasta morir.

¿Y, cuándo, Señor, imitaré vuestra heroica constancia? ¡Ah! no siendo coronado sino el que peleando legítimamente persevere hasta el fin, ¿de

qué me serviría abrazar la virtud y llevar la cruz solamente algún día? Cueste, pues, lo que cueste, quiero, con vuestra gracia divina, amaros y serviros hasta morir.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Octava estación

JESUS CONSUELA A LAS MUJERES

Adoramus te, Christe, etc.

¡Qué caridad tan ardiente! ¡Olvidando sus atrocísimos dolores, sólo se acuerda de nuestras penas el amante Jesús! «Hijas de Jerusalén», dice a las piadosas mujeres, que le seguían llorando: «no lloréis mi suerte; llorad más bien sobre vosotras y sobre vuestros hijos».

Pero puede haber objeto más digno de llanto que la pasión y muerte del Hijo de Dios..? Sí, cristiano; hay

cosa más digna de lágrimas, y de lágrimas eternas; y es el pecado. Pues el pecado es la única causa de pasión y muerte tan ignominiosa; él es el origen y el colmo de todos los males; mal terrible, el único mal, mal infinito de Dios y de la criatura. ¡Y no obstante tú pecas con tanta facilidad! ¡Y te confiesas con tanta frialdad! ¡Y recaes tan a menudo en el pecado! ¡Y pasas tranquilo días, meses, años y hasta la vida entera en el pecado!

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Nona estación

JESUS CAE TERCERA VEZ

Adoramus te, Christe, etc.

¿Qué es esto, Jesús mío? ¡Vos, «resplandor de la gloria del Padre», consuelo de los mártires, hermosura

y alegría del cielo, Vos, caído en tierra, primera, segunda y tercera vez! ¿No sois la fortaleza de Dios..?

«¿Y qué, hijo mío; no has pecado
»tú más de dos o tres veces? ¿No re-
»caes cada día innumerables veces en
»el pecado? ¿Por qué esa perpetua
»inconstancia en mi servicio? Hoy
»formas generosos propósitos, y ma-
»ñana están ya olvidados: ahora me
»entregas el corazón, y un instante
»después ya no suspiras sino por
»pasatiempos y liviandades. ¡Ay! yo
»caigo segunda y tercera vez para
»expiar tus continuas recaídas: caigo
»para alzarte a ti de la tibieza; caigo,
»para que, temerario, no te espongas
»de nuevo al peligro de recaer en
»pecado; caigo, en fin, para que no
»caigas tú jamás en el abismo del
»infierno».

Gracias, Dios mío, por tan inefable bondad; y por esta tan dolorosa caída, dadme fuerza, os suplico, para que me levante por fin del pecado y

camine firme y constante en vuestro santo servicio.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Décima estación

JESUS DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Adoramus te, Christe, etc.

Cuando te curan una herida, por fino que sea el lienzo que la envuelve, y por cuidado que tenga la más cariñosa madre, ¿qué dolor no sientes al despegarse la tela de la carne viva? ¿Cuál sería, pues; el tormento de Jesús al quitarle las vestiduras? Como había derramado tanta sangre, estaban pegadas a su cuerpo llagado: vienen los verdugos y las arrancan con tanta fiereza, que llevan tras sí la corona, y hasta pedazos de carne que se le habían pegado... ¿Y en qué pensabais, oh purísimo Jesús, al ve-

ros desnudo delante de tanta muchedumbre? «En ti pensaba, pecador; en los pecados impuros que sin escrúpulo cometes; por ellos ofrecía yo al eterno Padre esta confusión y suplicio tan atroz. Sabía cuanto te costaría deshacerte de aquel mal hábito, privarte de aquel placer, romper con aquella amistad criminal: por eso me permití en mi cuerpo inocentísimo tan horrible carnicería».

¡Oh inmensa caridad la tuya! ¡Oh negra ingratitud la mía! Nunca más, Señor, renovar esas llagas con desenfrenada licencia: nunca más pecar.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Misèrere nostri, etc.

Undécima estación

JESUS CLAVADO EN LA CRUZ

Adoramus te, Christe, etc.

¿Quién de nosotros tendría valor para sufrir que le atravesasen pies y

manos con gruesos clavos? ¿Quién tendría ánimo para ver así atormentado a su mayor enemigo? Pues este atroz tormento padece Jesús por nuestro amor. Ya le tienden sobre el lecho del dolor; ya enclavan aquella mano omnipotente que había formado los cielos y la tierra; ya brota un raudal de sangre: mas esto es poco. Encogido el cuerpo con el frío y los tormentos, no llegaban la otra mano ni los pies a los agujeros hechos de antemano en la cruz: los atan, pues, con cordeles, y tiran con inhumana crueldad, desencajando de su lugar aquellos huesos santísimos. ¡Qué dolor! ¡qué tormento!

Todo lo contempla su madre amantísima: ningún alivio, ni una gota de agua puede dar a su Hijo: ¿y vive todavía?

¿Y no muero yo de dolor, siendo

mis pecados la causa de tanto tormento?

Padre nuestro. Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Duodécima estación

JESUS MURIENDO EN LA CRUZ

Adoramus te, Christe, etc.

Contempla, cristiano, a estos dos malhechores crucificados con el Señor, ¡Qué maldades no habría hecho el buen ladrón! Sin embargo, dice a Jesús: «Acuérdate de mí cuando estuviere en tu reino»; y al instante oye: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»: ¡Qué bondad la de Dios! ¡Cuán pronto, pecador, recobrarías la gracia y amistad divina, si quisieses arrepentirte de veras!

Pero si dejas tu conversión para la muerte, ¡ay! teme no te suceda lo que al mal ladrón. ¿Qué hombre tuvo jamás mejor ocasión para convertir-

se? Dios derramaba su sangre por él: tenía a sus pies a la abogada de pecadores, María santísima; a su lado estaba Jesucristo, el sacerdote más celoso del mundo, para ayudarle a bien morir: oye la exhortación de su compañero; ve toda la naturaleza estremecida; y sin embargo, muere como ha vivido, continúa blasfemando, y se condena eternamente.

¡Ah! no permitas, Jesús mío, que sordo a tus inspiraciones divinas, deje yo mi conversión para la muerte.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Décimatercia estación

**JESUS MUERTO EN LOS BRAZOS
DE SU MADRE**

Adoramus te, Christe, etc.

¡Ay! ¡a dónde iré, oh afligida madre mía! Tu Hijo ha muerto, y mis

pecados son los verdugos que le clavaron en cruz y le dieron muerte inhumana. ¡Ay infeliz de mí! Yo he apagado la luz de tus ojos, y acabado la alegría de tu corazón. Sí; yo desfiguré ese rostro hermosísimo, yo talaré esos pies y manos que sostienen el firmamento, yo traspasé esa augusta cabeza, y abrí esas llagas; yo descoyunté y despedacé ese inocentísimo cuerpo, que tienes en tus brazos. ¡Ay! reo de tan horrendo deicidio, ¿a dónde iré? ¿Dónde me ocultaré? Pero por monstruosa que sea mi ingratitude, tú eres mi madre, y yo soy tu hijo. Jesús acaba de traspasar en mí los derechos que tenía a tu amor. Me arrojó, pues, en tus brazos con la más viva confianza. No me desprecies, o dulce refugio de pecadores arrepentidos, mírame con ojos de bondad, y ampárame ahora y en el trance de la muerte.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.

Décimacuarta estación

JESUS PUESTO EN EL SEPULCRO

Adoramus te, Christe, etc.

Contempla, alma cristiana, cómo José de Arimatea y Nicodemus, prostrados a los pies de María, le piden el dulce objeto de sus caricias, y ungiéndole con preciosos aromas, le amortajan y ponen en un nuevo sepulcro de piedra. ¡Ay! ¿cuál sería el dolor de la Virgen! Sin duda: «grande era como el mar su amargura» cuando vió a su Hijo ensangrentado, enclavado y espirando en un patíbulo infame; pero a lo menos le veía; tal vez le abrazaba y lavaba con sus lágrimas. Mas ahora, oh angustiada Señora, una losa te priva de este último consuelo. ¡Oh sepulcro afortunado! ya que encierras el adorado cuerpo del Hijo y el purísimo corazón de la madre, guarda también con esas

prendas riquísimas el pobre corazón mío. Sea éste, Dios mío, el sepulcro donde descanséis; sean los puros afectos de mi alma, los lienzos que os envuelvan, y los aromas que os recreen. En fin, muera yo al mundo, a sus pompas y vanidades, para que viviendo según el espíritu de Jesús, resucite y triunfe glorioso con él por siglos infinitos. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Miserere nostri, etc.





ADORACION

A LAS

Cinco llagas de Jesús Crucificado

A la llaga del pie izquierdo

Adórote, llaga sacratísima del pie izquierdo de mi Señor Jesucristo; y por la sangre que por ella derramaste, te suplico, benignísimo Salvador mío, me concedas una fe viva, y perdones los malos pasos y movimientos de mi vida disipada.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

A la llaga del pie derecho

Adórote, llaga sacratísima del pie derecho de mi Señor Jesucristo; y por el dolor que en ella padeciste, te

suplico, dulcísimo Redentor mío, traspases mi alma con el clavo de tu santo temor, concediéndome una firme esperanza, y la gracia de andar siempre recto por el camino real de tu santa ley.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

A la llaga de la mano izquierda

Adoro, amantísimo Jesús mío, la llaga de tu mano izquierda, y te doy gracias de haberla sufrido por mi amor. Concédeme, por la sangre que de ella derramaste, una caridad ardiente, y perdóname las ofensas que te hice con mis perversas acciones, palabras y sentidos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

A la llaga de la mano derecha

Adoro, pacientísimo Jesús, la llaga santísima de tu mano derecha, y por

los tormentos que en ella padeciste por mi amor, te suplico me perdones el mal uso que hice de mis potencias, y me otorgues la gracia de estar en el juicio final a tu mano derecha con los escogidos.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

A la llaga del costado

Adórote, llaga amorosísima del costado de Jesús: ¡quién pudiese morar siempre en ese asilo sagrado, en ese divino corazón, donde descansan los escogidos! Por la sangre y agua preciosa que salió de ese costado abierto con una lanza por mi amor, y por el agudo dolor que atravesó el corazón de tu amantísima madre, concédeme, Señor, la perseverancia final, y penetra mi alma de los nobles afectos que animaban a tu divino corazón.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

V. Adoramus te, Christe et benedimus tibi.

R. Quia per Crucem tuam redemisti mundum.

Oremus

Respice, quaesumus, Domine, super hanc familiam tuam, pro qua Dominus noster Jesus Christus nos dubitavit manibus tradi nocentium, et crucis subire tormentum. Qui tecum vivit et regnat, etc.





Novena a la Virgen del Carmen

Día primero

Estas dos oraciones y tres Ave Marias se han de decir en todos los nueve días.

ORACION

Puesta de rodillas la persona que ha de hacer la Novena delante de la Imagen de la Virgen del Carmen, con profunda humildad y reverencia, se persignará devotamente, y avivando la fe de que Dios está presente, levantará el corazón a su Divina Majestad, y dirá las oraciones siguientes:

Dios mío y Señor mío, postrado delante de tu Majestad Soberana, con todo mi ser, mi alma y mi corazón te adoro, confieso, bendigo, alabo y glorifico. A ti te reconozco por mi Dios y mi Señor. En ti creo y creo firme-

mente todos los misterios de nuestra Santa Fe Católica, en que quiero vivir y morir. En ti espero y de ti espero me has de perdonar mis culpas, dar tu gracia y perseverancia en ella, y la gloria que tienes ofrecida a los que perseveran en tu amor. A ti amo sobre todas las cosas por tu bondad infinita. A ti doy infinitas gracias por todos los beneficios que me has hecho y me estás haciendo siempre. A ti confieso mi suma ingratitud y todas mis culpas y pecados: de todo me arrepiento y te pido me perdones. Pésame, Dios mío, de haberos ofendido, por ser Vos quien sois. Pésame de todo corazón, porque sois mi Dios, infinitamente bueno y digno de ser amado. Propongo firmemente, ayudado de vuestra gracia, nunca más pecar, y apartarme de las ocasiones de ofenderos, confesarme y satisfacer por mis culpas, y procurar en todo serviros y agradaros. Espero en Vos, Señor, que por vuestra misericordia

infinita me perdonaréis y daréis vuestros auxilios, para que perseverando en vuestra gracia logre gozaros eternamente en la gloria. Perdonadme, Señor, para que con alma limpia y pura alabe a María Santísima, vuestra Madre y mi Señora, y alcance por su intercesión lo que en esta Novena pido, si ha de ser para mayor honra y gloria vuestra y provecho de mi alma. Amén.

¡Oh Virgen María, Madre de Dios y de los pecadores! especial protectora de los que visten tu sagrado Escapulario, te suplico por lo que Su Majestad te ha engrandecido escogiéndote para verdadera Madre suya, me alcances de tu querido hijo Jesús el perdón de mis pecados, la enmienda de mi vida, la salvación de mi alma, el remedio de mis necesidades, el consuelo de mis aflicciones y lo que en esta Novena especialmente pido, si conviene para su mayor honra y gloria y bien de mi alma: que yo,

Señora, para conseguirlo, me valgo de tu intercesión poderosa, y quisiera tener el espíritu de todos los Angeles, Santos y Justos para alabarte dignamente; y uniendo con sus afectos mis voces, te saludo una y mil veces diciendo:

Dios te salve, María, etc.

Después de dichas las dos oraciones y tres Ave Marías, se dirá la siguiente

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que fuiste figurada en aquella nubecilla que el grande Profeta de Dios, Elías, vió levantarse del mar, y que con su lluvia fecundaba copiosamente la tierra, significando la purísima fecundidad con que diste al mundo a tu querido Hijo Jesús para remedio universal de nuestras almas.

Ruégote, Señora, me alcances de Su Majestad copiosas lluvias de auxilios para que mi alma lleve abundan-

tes frutos de virtudes y buenas obras; con que sirviéndole con perfección en esta vida, merezca gozarle en la eterna, y al presente consiga lo que en esta novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, etc.

Se dirá la salve y letanía con la antifona que está al fin de ella en el último día.

Ahora se levanta el corazón a Dios y se pide por intercesión de María Santísima del Carmen la gracia que se intenta conseguir en esta novena.

Día segundo

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que por tu singular amor a los Carmelitas les favoreciste con

tu familiar trato y dulces coloquios, alumbrándoles con las luces de tu enseñanza y ejemplo, de que dichosamente gozaron.

Ruégote, Señora, me asistas con especialidad, alcanzándome de tu bendito Hijo Jesús, luz para conocer mis culpas y llorarlas, lo que debo ejecutar para con toda perfección servirle y que mi trato y conversación sea siempre para su mayor honra, gloria y edificación de mis prójimos, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antífona.

Día tercero

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que te dignaste admitir

piadosa, con singular amor, el obsequio de los Carmelitas, que entre todos los mortales fueron los primeros que te edificaron un templo en el Monte Carmelo, donde concurrían fervorosos y devotos a darte culto y alabanza.

Ruégote, Señora, me alcances sea mi alma templo vivo de la Majestad de Dios, adornado de virtudes, donde Su Majestad habite siempre de mí alabado, amado y adorado, sin que jamás le ocupen los afectos desordenados de lo temporal y terreno, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antífona.

Día cuarto

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que para mostrar tu especialísimo amor a los Carmelitas, les honraste con el dulce nombre de hijos y hermanos tuyos, alentando con este singular favor su confianza para buscar en ti, como en amorosa Madre, el remedio, el consuelo y el amparo en todas sus necesidades y aflicciones, y empeñándoles en procurar imitar tus excelentes virtudes.

Ruégote, Señora, me mires como amorosa Madre, y me alcances te imite yo de modo que dignamente goce el nombre de hijo tuyo, y que mi nombre sea escrito en el libro de la predestinación con los de los hijos de Dios y hermanos de mi Señor Jesucristo, y al presente consiga lo que por tu intercesión especialmente le

pido; que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antifona.

Día quinto

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que para defender a los Carmelitas, tus hijos, cuando se intentaba extinguir la Sagrada Religión del Carmen, mostrando el singular amor con que los amparas, mandaste al Sumo Pontífice Honorio III, los recibiese benignamente y confirmase su instituto, dándole por señal de que esta era tu voluntad y la de tu Hijo Jesús, la repentina muerte con que castigó a dos que especialmente la contradecían.

Ruégote, Señora, me defiendas de todos mis enemigos de alma y cuer-

po para que con quietud y paz me emplee siempre fervoroso en el servicio de Dios y tuyo, y al presente consiga lo que en esta Novena por tu intercesión especialmente le pido: que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antífona.

Día sexto

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que para señalar a los Carmelitas por especiales hijos tuyos los enriqueciste con la singular prenda del sagrado Escapulario, vinculando en él tantas gracias y favores para los que devotamente le visten, y cumpliendo con sus obligaciones procuran vivir mostrando que son tus hijos en imitar tus virtudes.

Ruégote, Señora, me alcances lo ejecute yo así siempre, y señalándome en servirle con amoroso obsequio merezca lograr los frutos de esta santa devoción, y me muestre agradecido a favor tan singular, y al presente consiga de la majestad de Dios lo que en esta novena por tu intercesión especialmente le pido: que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antifona.

Día séptimo

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que diste en tu santo Escapulario a los que devotamente le visten un firmísimo escudo para defenderse de todos los peligros de este mundo, y de las asechanzas del de-

monio, acreditando esta verdad con tantos y tan singulares milagros.

Ruégote, Señora, me sea mi defensa poderosa en esta mortal vida, para que en todas las tribulaciones y riesgos halle la seguridad, y en las tentaciones salga con victoria, logrando siempre tu especial asistencia para conseguirlo, y al presente me alcances de tu bendito Hijo Jesús lo que en esta novena por tu intercesión especialmente le pido: que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antifona.

Día octavo

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que ofreciste tu especial asistencia en la hora de la muerte a los que devotamente visten tu sagra-

do Escapulario, para que logren, por medio de la verdadera penitencia, salir de esta vida en gracia de Dios y librarse de las penas del infierno.

Ruégote, Señora, me asistas, ampa- res y consueles en la hora de mi muerte, y me alcances verdadera y perfecta penitencia y contrición de todos mis pecados, encendido amor de Dios y deseo de verle y gozarle, para que mi alma no se pierda ni condene, sino que vaya segura a la felicidad eterna de la gloria, y al presente consiga Su Divina Majestad lo que en esta novena por tu intercesión especialmente le pido: que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antifona.

Nono y último día

ORACION

¡Oh Virgen del Carmen, María Santísima! que extendiendo tu amor a favorecer a los Carmelitas aun después de la muerte, como piadosísima Madre de los que visten tu santo Escapulario, consuelas sus almas cuando están en el purgatorio, y con tus ruegos consigues salgan de aquellas penas cuanto antes para ir a gozar de Dios en la gloria.

Ruégote, Señora, me alcances de Su Majestad cumpla yo con las obligaciones de cristiano y con la devoción de tu santo Escapulario, de tal modo que logre este singularísimo favor, y al presente consiga lo que en esta novena por tu intercesión especialmente le pido, que así, Señora, te lo suplico humildemente diciendo:

Dios te salve, Reina y Madre.

Se dirá la letanía y antifona.

Antiphona

Sub tuum praesidium confugimus,
Sancta Dei Genitrix, nostras depreca-
tiones ne despicias in necessitatibus
nostris, sed a periculis cunctis libera
nos semper, Virgo gloriosa et bene-
dicta.

Ÿ. Ora pro nobis, Sancta Dei Ge-
nitrix.

R). Ut digni efficiamur promissio-
nibus Christi.

Oremus

Deus, qui Beatissimae semper Vir-
ginis, et Genitricis tuae Mariae sin-
gulari titulo Carmeli Ordenem deco-
rasti, concede propitius, ut cujus con-
memorationem celebramus, ejus mu-
niti praesidiis ad gaudia sempiterna
pervinere mereamur. Qui vivis et reg-
nas in saecula saeculorum. Amen.



GOZOS

a la

VIRGEN DEL CARMEN

*Pues sois de nuestro consuelo
El medio más poderoso,
Sed nuestro amparo amoroso
Madre de Dios del Carmelo.*

Desde que en la nubecilla,
Que sin mancha os figuró,
De Virgen Madre adoró
Elías la maravilla.
A vuestro culto capilla.
Erigió en primer modelo.

Sed nuestro.....

Tan primeros para vos
Los hijos de Elías fueron,
Que por timbre merecieron
Ser de la Madre de Dios:
Es título que por vos
Les dió a su heredado anhelo.

Sed nuestro.....

Por eso vos honras tantas,
Señora al Carmelo hicisteis,
Que viviendo le asististeis
Mil veces con vuestras plantas;
Con vuestras pláticas santas
Doblasteis su antiguo celo.

Sed nuestro.....

Del Carmelo descendieron
De Elfas los sucesores
Y en la Iglesia coadjutores
De los Apóstoles fueron:
Del Evangelio esparcieron
La verdad por todo el suelo.

Sed nuestro.....

A San Simón, General,
El Escapulario disteis,
Insignia que nos pusisteis
De hijos para señal;
Contra el incendio infernal
Es defensivo consuelo.

Sed nuestro.....

Quien bien viviere y muriere
Con tal señal es notorio
Que por vos del purgatorio
Saldrá presto si allá fuere:
Por tu patrocinaio espere
Tomar a la gloria el vuelo.

Sed nuestro.....

Vuestro Escapulario santo
Escudo es tan verdadero

Que no hay plomo ni hay acero
De quien reciba quebranto:
Puede, aunque es de lana, tanto
Que vence al fuego y al hielo.

Sed nuestro.....

De vuestro Carmelo flores
Son la variedad de Santos,
Profetas, Mártires tantos,
Vírgenes y Confesores,
Pontífices y Doctores,
Que hacen vuestro Monte cielo.

Sed nuestro.....

Dando culto a vuestro honor
Durará siempre el Carmelo
Porque así lo alcanzó el celo
De Elias su fundador
Cuando Cristo en el tabor
Mostró su gloria sin velo.

Sed nuestro.....

*Pues sois de nuestro consuelo
El medio más poderoso,
Sed nuestro amparo amoroso,
Madre de Dios del Carmelo.*



MES DE JULIO

CONSAGRADO

a la Virgen del Carmen



Puesto con reverencia ante la imagen de la Santísima Virgen del Carmen y hecha la señal de la Cruz, se dirá el acto de Contrición, y enseñada la oración siguiente:

Oración preparatoria para todos los días

Virgen del Carmen, reina hermosa y Madre mía muy amada: aquí me tienes rendido a tus plantas con vivos deseos de consagrarme todo a Ti, de contemplar tus celestiales encantos e imitar tus inefables virtudes. Ayudadme, Madre mía, para que haga con fruto este rato de meditación; que mi corazón se encienda, penetre y funda con el tuyo, para que queriendo lo que tú quieres y obran-

do en todo conforme a tus deseos, tenga la incomparable dicha por tu misericordia, de ser yo verdadero hijo tuyo y Tú dulce abogada y cariñosa Madre mía. Amen.

Día primero

Devoción a la Virgen del Carmen.—Su utilidad

Siempre ha sido considerada como señal de predestinación la devoción tierna y constante a María. María es llamada por la Iglesia «Reina de Misericordia». No hay pecador, por graves ofensas y crímenes que haya cometido, que no obtenga fácil perdón, si de veras arrepentido, se lo pide a María. Por esto la devoción a la Reina de los cielos ha sido recomendada vivamente como la más útil para el cristiano por los SS. Padres, por todos los Sumos Pontífices y por los mayores santos que ha tenido la Igle-

sia de Dios. No hay devoción más antigua, ni más extendida, ni que tan profundas raíces haya echado en el pueblo cristiano. Sin embargo, dentro de la comunión de los fieles, tiene Ella su porción escogida, de quien cuida y mira con especial cariño y ternura.

La dulcísima Virgen María, que en el discípulo amado de Jesús nos adoptó a todos por hijos, tiene una familia suya predilecta, la familia Carmelitana, a quien consagra los más amorosos desvelos de su tiernísimo corazón de Madre. A los Carmelitas ha hecho la Virgen Santísima las más consoladoras promesas para un corazón cristiano. Ella les ha aderezado un vestido del cielo como prenda de eterno amor y alianza eterna, y como seguro remedio para librarse de las penas del infierno. ¿Quién, pues, no se adornará con este vestido? ¿Quién dejará de ostentar en su pecho esta sagrada librea? Procuremos todos lle-

var con devoción el santo Escapulario para hacernos dignos de esta filiación que María bondadosamente nos dispensa.

Ejemplo

En una villa de España—escribe un testigo del siguiente hecho—vivía una persona que por las falsas ideas que en materia de religión profesaba, se temía mucho por la salvación de su alma, sobre todo cuando le sobrevino una grave enfermedad que, atacándole a la cabeza, le exponía a morir sin confesión y en sus desgraciados errores.

En tan triste situación, acudí a la Santísima Virgen del Carmen enviando un escapulario al enfermo, rogándole se lo pusiese. No se hizo esperar mucho tiempo su valiosa protección, pues apenas se lo puso, obró tan eficazmente en aquella alma, que llevando con resignación los terribles sufrimientos que el Señor se dignó enviarle, se confesó y recibió la absolución, llevando el Santo Escapulario con tan gran cariño, que si alguna vez se lo quitaba, lo pedía enseguida y lo besaba, dando pruebas del aprecio en que le tenía, alcanzando la gracia de morir con él, señal muy cierta de que la Santísima Virgen del Carmen le había obtenido de su Divino Hijo la salvación; y a fin de dar un testimonio de agradecimiento a esta amantísima Madre, prometió

hacerlo público para edificación y estímulo de los devotos del Santo Escapulario.

Salutaciones

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo por haberte dignado concederme como cofrade el dulce título de hijo tuyo.

Dios te Salve, María, etc.

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo por haberme vestido con tu santo Escapulario, prenda segura de salvación.

Dios te Salve, María, etc.

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo por la tierna solicitud que conmigo prometes tener al abreviar las penas que en el Purgatorio quizá me están reservadas, descendiendo graciosa a aquel lugar de tormento.

Dios te Salve, María, etc.

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo por haberme dado en el santo Escapulario protección segura contra todos los peligros.

Dios te Salve, María, etc.

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo, por la alegría santa con que frecuentemente inundáis mi corazón y por la paz de que goza mi alma.

Dios te Salve, María, etc.

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo por la resignación que me habéis dado para sobrellevar tantas desgracias como me cercan.

Dios te Salve, María, etc.

Virgen del Carmen, Madre mía amadísima, yo os alabo por la firme esperanza que tengo de que por tu Escapulario podré gozar en el cielo

de tu compañía por perpetuas eternidades.

Dios te Salve, María, etc.

Oración final

Madre mía dulcísima, Virgen del Carmen; postrado a tus plantas, te doy las más rendidas gracias por el tiempo que he pasado en tu adorable presencia, ponderando tus virtudes y reconociendo tus bondades. Haz, Madre mía amabilísima, que profundamente se graben en mi corazón, para que mi amor a ti vaya creciendo cada día, hasta que abrasada mi alma por él, vuele a los tabernáculos de la gloria, a gozar de tu compañía por toda una eternidad. Amen.

Día segundo

Oración preparatoria, pág. 134

El santo Escapulario.—Su significado

Traen los piadosos autores que han tratado largamente del santo Escapulario muchas significaciones y señales que se encierran en esta preciosa vestidura. Es cierto que antes que la Santísima Virgen entregase el Escapulario a San Simón Stock ya miraba ella con predilección a sus Carmelitas y éstos a su vez le tributaban un culto especial, por lo que con justa razón eran llamados «hijos predilectos» de la Santísima Virgen. Mas en tiempo de este gran siervo de María, la orden Carmelitana era blanco de encarnizada persecución y al recibir San Simón Stock el Escapulario, el recio temporal amainó completamente, y vientos de bonanza

corrieron de nuevo para el Carmelo. Por esta razón se ha dicho que así como el arco que en tiempo de Noé apareció en los cielos, fué señal de alianza entre Dios y la tierra, de la misma manera el santo Escapulario es señal de «confederación y pacto sempiterno» entre el que lo viste y la augusta Reina del Carmelo.

¡Y qué diligencia tan exquisita deberá tener el cofrade para no quebrantar este pacto! María está dispuesta a guardarlo siempre: pero ¿se encuentra la misma disposición en todos los cofrades? ¿Es su conducta tan ajustada e irreprochable que sean dignos en todos los momentos de su vida de la amistad de María? ¿No se verá precisada este Madre compasiva a apartar los ojos de sus cofrades por las costumbres licenciosas y por un género de vida nada conforme a un verdadero Hijo de María?... No permitas, Madre mía, haga yo cosa al-

guna que rompa la amistad que tan benignamente me concedes.

Ejemplo

Desde Malabar escribía un misionero Carmelita la conversión de un condenado a muerte y las circunstancias especiales que la acompañaron. Era la tercera vez que había caído en manos de la justicia y fué condenado a morir. El día 4 de Octubre se le intimó la sentencia y el día 8 moría en el cadalso. Por sus crímenes y maldades era muy conocido en todas estas regiones. Dios se valió de su fin funesto, para tocar su alma y hacerle entrar dentro de sí. Próximo como estaba ya a morir, resolvióse a recibir el bautismo, y por medio de un cristiano, avisó a nuestros PP. de Ernákulam para que se lo administrasen. Allá fuímos, deseosos de salvar a aquella alma, y previas algunas breves instrucciones, recibió el santo bautismo y se le impuso el bendito Escapulario de la Virgen del Carmen. Para llevarle sobre sus hombros hasta su último momento, tuvo que luchar valerosamente contra un apóstol de la mentira.

El día de la ejecución, asistimos cinco Padres de esta comunidad a ayudarle y acompañarle al cadalso. Libre de los grillos que antes le sujetaban, nos besó a todos los pies y nos dió gracias con palabras tan tiernas que nos hizo derramar lágrimas. Subido que hubo momentos después al cadalso, espiró a la hora señalada por el reloj,

mientras su lengua pronunciaba los nombres de Jesús, María y José. Su alma, antes criminal y malvada, penetraba en la mansión celeste, limpia y pura como las aguas que la habían regenerado.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día tercero

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegios del Escapulario.—El Infierno

No sabe el hombre si es digno de amor o de odio: Dios ha querido ocultarle el destino que en la otra vida le reserva, y este porvenir incierto debe servirle de aviso y despertador constante para que ni en sus buenas obras confíe demasiado, ni duerma tranquilo en una vida licenciosa y disipada. Esta incertidumbre, que tanto atormenta aún a las almas santas, ha contribuído mucho para que los cristianos se valgan de todos los medios que tienden a ase-

gurar nuestra salvación, entre los cuales apenas se dará otro más eficaz que la devoción a la Santísima Virgen del Carmen, según lo demuestran las estupendas promesas hechas por ella misma a San Simón y al Papa Juan XXII.

Encontrábase cierto día San Simón Stock en oración muy fervorosa pidiendo a María, de quien era devotísimo, alguna gracia especialísima para su Orden predilecta, objeto entonces de contradicción y blanco de pasiones enconadas. La Reina del Carmelo, oyendo benigna las fervientes súplicas de su siervo, se le apareció rodeada de celestiales espíritus y le concedió el privilegio contenido en las siguientes dulcísimas palabras: «Este será privilegio para ti y todos los Carmelitas; el que muriere con él, no padecerá el fuego eterno». Si por la grandeza del beneficio se conoce la intensidad del amor ¿podrá darse amor más intenso que el que María

profesa a sus Carmelitas? Y todavía me resistiré yo a vestir el santo Escapulario o a cumplir tibia y flojamente las pocas obligaciones que me impone?...

Ejemplo

A esta Madre de misericordia atribuye una familia católica la conversión de un joven perteneciente a una familia fervorosamente cristiana, residente en una de las principales ciudades de Norte América. El mismo día en que el niño recibía por vez primera en su alma el pan de los Angeles, ornaba su pecho con la preciosa librea del Santo Escapulario.

Uno y otro acontecimiento sucedían el día 16 de Julio, festividad de la Virgen del Carmen. Con la recepción del Sto. Escapulario se encendió en el corazón del inocente niño un afecto de tiernísima devoción a la Madre del Carmelo, a la que todos los días rezaba con mucho fervor la preciosa plegaria de la *Salve*.

El niño se hizo joven, y al ver delante de sus ojos un mundo de delicias, de goces y placer, dió rienda suelta a sus apetitos, y fugándose de la casa paterna, cual otro hijo pródigo, se entregó a una vida de disolución y pecado. El sentimiento religioso se apagó por completo en su corazón; sin embargo, en medio de sus excesos, aquel joven rezaba cada día su acostumbrada

Salve. Jamás quitó de su pecho el escudo santo del Escapulario, que le libró en repetidas ocasiones de la muerte y de muchos otros peligros.

Los autores de sus días lloraban sin cesar la pérdida de su querido hijo, y pedían a la Santísima Virgen del Carmen lo devolviese a la amistad de su Divino Hijo Jesús. No se hicieron esperar mucho las súplicas y sollozos de tan cristianos padres. Los desengaños y desilusiones de la vida viciosa abrieron los ojos a nuestro infeliz joven, y proponiendo en su corazón cambiar de conducta, fué a su casa, se postró a los pies de sus ancianos padres, y con el corazón hecho pedazos, pidióles perdón de sus extravíos; y admitido a la compañía de los suyos, fué en adelante el báculo de su ancianidad, y éstos no cesaron de bendecir a Dios, porque les había devuelto el hijo perdido.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día cuarto

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegios del Escapulario.—El Purgatorio

No se agotaron en el privilegio que ayer meditamos, las finezas de María para con su amada Religión carmeli-

tana y sus cofrades. Atendida la flaqueza humana y el rigor de la divina Justicia, que no permite que nada manchado entre en su reino, se hacía preciso un lugar de tormento y expiación donde las almas se purificasen de aquellas faltas, que si bien no rompen por completo la amistad de Dios, son, sin embargo, suficientes para cerrar temporalmente las puertas del cielo. Este lugar se llama Purgatorio, donde los justos que mueren en gracia padecen penas acerbísimas hasta que se lavan de todas las faltas por leves que sean.

La Virgen Santísima, compadecida de los que visten su santo Escapulario, prometió el Papa Juan XXII sacros de aquel lugar de dolor, como se desprende de estas palabras suyas: «Yo, su Madre, bajaré al Purgatorio graciosamente el sábado después de su muerte y libraré a cuantos allí hallare y los llevaré al monte santo de la vida eterna». ¿Quién no se encien-

de en amor por María y su santo Escapulario, después de tan extraordinarias promesas?... No se contentó Ella con darnos un medio relativamente fácil para librarnos de las eternas llamas del infierno, sino que deseando darnos pruebas de amor, nos prometió abreviar, cuanto posible fuese, la duración de las penas del purgatorio, para que de esta suerte sus amados cofrades puedan cuanto antes gozar de la vista clara de Dios. No hay, no puede haber corazón que no se rinda ante tales finezas de amor, y por eso hago yo propósito firmísimo de cumplir fielmente todas las condiciones que son necesarias para poder gozar de este privilegio.

Ejemplo

En cierta ciudad de España había enfermado uno gravemente. Asustada la familia por el peligro de una muerte próxima, acudió al convento de Carmelitas Descalzos pidiendo un Padre

que fuera a exhortar al enfermo. Fué, en efecto, el Padre, mas el enfermo le recibió con blasfemias horribles y gritos desaforados. En vano fué exhortarle y hablarle de los juicios divinos, porque a todo se resistía el infeliz. Viendo la inutilidad de sus tentativas, retiróse el Padre tristemente impresionado; mas al día siguiente, poniendo su confianza en María, volvió a casa del enfermo, por quien fué saludado con las mismas maldiciones y blasfemias del día anterior. A vueltas de mucha caridad y paciencia del Padre, y mucha indignación del enfermo, accedió éste a que le impusiera el Escapulario del Carmen, mas sin que en el acto se notara en él ninguna mudanza. Con el corazón partido, volvióse el Padre al convento, invocando la protección de María para que mudase tan empedernido corazón. No había pasado una hora, cuando fueron al convento a pedir de parte del enfermo que fuera el Padre a confesarle. Así lo hizo, en efecto. Fiel la Virgen a su promesa de que nadie que muera con su Escapulario se condenará, tocó el alma del enfermo, y el que poco antes rechazaba la gracia de Dios con que se le brindaba, la buscó ahora espontáneamente y con lágrimas de dolor y arrepentimiento, confesó sus pecados y recibió con la absolución el perdón muriendo a poco con la muerte de los justos.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día quinto

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegios del Escapulario.—Participación en los bienes espirituales de la Orden del Carmen

Un cofrade, por la recepción del santo Escapulario, se hace miembro de la Orden del Carmen, participando, por consecuencia, de todas las obras buenas que en ella se practican. Calcula ahora tú, alma devota que esto meditas, cuántos serán los méritos de tantos miembros como cuenta está Orden insigne, que ayunan gran parte del año, que maceran continuamente sus carnes con el rudo golpe de la disciplina, que pasan diariamente largas horas en oración y hacen otros ejercicios tan agradables a los ojos divinos.

El cofrade del Carmen personifica en sí y se hace en alguna manera

partícipe del celo abrasado por la gloria de Dios del Santo Profeta Elías; del amor intenso a Jesús que consumía a Sta. Teresa; del espíritu de abnegación, paciencia, humildad y otras virtudes que resplandecieron en San Juan de la Cruz y otros Santos que, cual refulgentes estrellas, brillan en el cielo carmelitano. ¿Y no se apoderará de mí una codicia santa para participar del inmenso caudal que tantas obras y perfección tanta suponen?... Por escasos que sean mis méritos, sumados a los de tantas almas fervorosas, a quienes por ser cofrade me unó, es indudable que merecerán una gloria, un premio que yo nunca habría por mí sólo conquistado. Gracias os doy, María por tan señalada generosidad.

Ejemplo

En uno de los últimos días del mes de Marzo de 1901 tuvo lugar en la iglesia del Carmen de

Cádiz un acto edificante, tiernísimo y conmovedor.

Once pobres marineros acudieron allí a rendir homenaje de gratitud a la que es Estrella del Mar, Consuelo de afligidos, Refugio de los desamparados. Tres días de mortales angustias, de inminente peligro estuvieron luchando con las olas embravecidas esos once devotos de la Virgen Santísima, a la que, después de Dios, rogaban sin cesar en medio de la borrasca que les amenazaba con una horrosa muerte. Triste y profunda emoción causaba en el ánimo de cuantos escuchaban a esos once marineros el relato de las penalidades que habían sufrido. ¡Qué fatigas, qué angustias y qué penas experimentaron! Pero confiaban, tenían fe y llamaban en su socorro a la Virgen del Carmen, y esta amorosísima Madre no pudo desoir ruegos tan reiterados y sinceros, y salvó a esos pobrecitos de una muerte segura. Así lo reconocen ellos; y, en un raptó de entusiasmo y de fe, uno de los náufragos salvados decía a quienes le rodeaban: ¡Sí, tengo fe y la tenemos todos, y al... que me diga que no hay Dios ni Virgen, le arranco el corazón! Esto decía Manuel Muñoz, hombre rudo, pero ilustrado con las luces sobrenaturales de la fe.

A las nueve de la mañana asistieron los náufragos a una Misa solemnisima que se celebró en el altar mayor, ante la encantadora y bellísima efigie de la que es guía del caminante, la Virgen del Carmen. Más que hombres parecían estátuas, pues clavadas sus rodillas en el suelo, la mirada puesta en el altar, las manos cruzadas

y elevadas al cielo, bañados en lágrimas, hacían que éstas afluyeran también a los ojos de los que presenciaban escena tan conmovedora y edificante. ¡Con qué devoción oyeron aquellos agradecidos marinos la santa Misa! ¡Qué ejemplo más digno de imitarse por parte de muchos cristianos!

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día sexto

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegios del Stc. Escapulario.

Participación en los bienes espirituales de los demás Cofrades.

Los que visten el santo Escapulario, a más de la participación que tienen en las obras buenas de la Religión del Carmen, gozan también de otra ventaja muy singular y muy digna de todo nuestro agradecimiento. Desde el momento en que vestimos esta sagrada librea de María, nos hacemos hermanos de todos aquellos que la vistieron antes que nosotros,

pudiendo con verdad decir que sus ejercicios piadosos y sus buenas obras son también nuestras, por esos íntimos lazos de virtud y amor santo que mantiene unidos a tantos millones como en el mundo ostentan este vestido de salvación.

Parte del mérito de tantos Sumos Pontífices, de tantos Cardenales, Arzobispos y Obispos como han llevado el santo Escapulario, de la mayor parte de los miembros de las Ordenes Religiosas que también lo llevan, será para nosotros por la alianza espiritual que con ellos hemos contraído.

¡Oh Reina del Carmelo! ¿Quién no se anonada ante la inmensidad de estos beneficios..? ¿Quién no ve palpablemente cómo me devuelves el ciento por uno de lo que por Ti hago, Madre mía? Sobreabundantemente pagas, ¡Oh María! lo poco que en tu honor en esta vida hacemos. ¿Y todavía habrá corazones que se

resistan a tan halagadoras promesas? No, Madre mía; no he de ser yo del número de esos ingratos que a tus generosos llamamientos responden con tan fría indiferencia.

Ejemplo

En Malagón sucedió a las Madres Carmelitas que el 15 de Julio de 1901 estando la Comunidad en el coro cantando Maitines a Nuestra Santísima Madre del Carmen a las diez de la noche, les avisaron que se quemaba el convento; y, cuando las religiosas salieron apresuradas del coro, vieron grandes llamas que procedían de la mies que tenían en un patio, incendiada por un cohete de los que echaban en la población; y aunque hicieron grandes esfuerzos y verdaderos sacrificios el Padre confesor, el capellán y otros señores que entraron en clausura para apagar el incendio, nada consiguieron, hasta que una religiosa se quitó el escapulario interior que traía y lo arrojó a las llamas diciendo: *Madre mía Santísima del Carmen, amparadnos*; y en el momento vieron que bajaban las llamas con rapidez, hasta quedar del todo sofocado el incendio. Y aquellas llamas, que subían más arriba del tejado del convento, que podían haberlo abrasado todo, no hicieron más daño que consumir la mies.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día séptimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegios del Ste. Escapulario.--Indulgencias concedidas a los Cofrades.

Nuestra Santa Madre Iglesia ha franqueado generosamente a los Cofrades del Carmen el sagrado tesoro de esas gracias espirituales llamadas indulgencias. Pocas devociones han sido enriquecidas por los Soberanos Pontífices con tanta copia de ellas como esta devoción del santo Escapulario. El Cofrade gana indulgencia plenaria el día que ingresa en la Cofradía, el 16 de Julio, principal conmemoración de la Reina del Carmelo y en el artículo de la muerte. A estas hay que agregar otras muchas, así plenarias como parciales que los inscritos pueden lucrar en distintos días y festividades del año.

¿No será esta devoción agradable a María cuando así ha sido enriquecida por los Papas con tan extraordinarios privilegios? ¿Y seré yo remiso en cumplir los requisitos necesarios para ganarlos? Jamás se me ha ofrecido ocasión tan propicia para atesorar méritos para la vida eterna y aliviar las penas que muchas pobrecitas almas están padeciendo en el purgatorio. Es el santo Escapulario como rico e inagotable venero de gracias espirituales, fuente irrestañable de todo género de bienes celestiales con los cuales podemos enriquecernos si con diligencia y cuidado exquisitos sabemos de ellos aprovecharnos. No permitas, Madre mía, que yo desprecie tantas riquezas, que algún día tanto podrán servirme en el reino de los cielos.

Ejemplo

En la villa de Artajona (Navarra) sucedió el caso siguiente:

Tranquilamente descansando hallábanse los vecinos de la mencionada villa en una muy plácida y serena noche, coronada de refulgentes estrellas, cuando extrañamente sobresaltado baja, hacia las dos de la mañana, a un patio de la casa, el señor de una familia, por cierto muy honrada y se halla de improviso rodeado de llamas; habíase prendido fuego en un gran montón de leña que rodeaba el patio y que próximamente comunicaba con otros dos no menores, y todos tres a su vez se hallaban junto a un pajar, a la sazón del todo lleno de paja; el peligro, por tanto, era grave; personas, casa, animales, todo parecía iba a perecer por momentos y sin remedio alguno.

Apercibidos muy de pronto los vecinos de la villa, todos acudían presurosos a remediar como les fuera posible tal necesidad, todos se presentaban con agua para contener el incendio. Pero en vano, porque reconociéndose incapaz, si así puede decirse, cedía el agua a la violencia del fuego y aumentaba a cada instante el peligro. ¿Qué hacer, pues, en este apurado trance? Una feliz ocurrencia acude instintivamente a un joven interesado en el caso. Era Federico Oficialdegui quien arrojaba a las llamas, confundido con el agua, un escapulario de la Virgen del

Carmen, y ¡cosa admirable! el agua que era ineficaz para causar el efecto deseado, lo hizo el escapulario del Carmen, con la particularidad de que al día siguiente se encontró intacto en medio de los escombros.

Salutaciones y oración final, pág. 134.

Día octavo

Oración preparatoria, pág. 140.

Privilegios del Santo Escapulario.—María protege a los Cofrades

Es muy consoladora y llena el corazón de dulce confianza la protección constante que María dispensa a sus Cofrades carmelitas. Esta Madre ternísima ruega y solicita del Altísimo el perdón de tantos pecados como cometen muchos de sus hijos, poco atentos a su dignidad, y detiene frecuentemente la mano airada del Todopoderoso, pronta a descargar todo su peso sobre el pecador ingrato. ¡Cuántas veces si no fuera por las

súplicas de esta tierna Madre, nos habríamos perdido para siempre, medidos en una vida disipada y viciosa, sin acordarnos para nada de lo caduco y transitorio de esta vida, y de la intensidad y perpetuidad de las penas del infierno? ¿Quién en el retiro de su casa, en medio del más profundo silencio, no ha sentido la dulce voz de esta Madre compasiva que nos quería volver al buen redil?

¿Y cerraré yo mis oídos a tan dulces, insinuantes y caritativas voces? ¿Seré yo tan ingrato, que no atienda a las inspiraciones de esta bondadosísima Madre que sólo anhela mi salvación eterna? ¿No escucharé su dulce voz y me arrepentiré y lloraré amargamente y caeré de hinojos ante su sagrada imagen y la confesaré todos mis pecados y la juraré no volverla a ofender jamás? Sí, Madre mía. Si mi vida hasta el presente no ha sido modelo para un cofrade tuyo, yo te prometo en adelante cumplir en todo

tu santísima voluntad, para de esta suerte hacerme digno de tu protección, con la cual nada puedo temer.

Ejemplo

Corriendo el año de 1861. la Virgen del Carmen se apareció a un niño de cerca de tres años, según declaración jurídica tomada por el venerable Arzobispo de Manfredonia. Preguntada D.^a Rafaela de Addeta, madre de un niño de dos años y once meses, llamado Ignacio y cuñada de un ejemplar sacerdote, por nombre Nicolás de Cata, si tenía noticia de la aparición de la Virgen del Carmen a su hijo Ignacio, el día siguiente a la muerte del referido sacerdote, contestó con pleno conocimiento de la causa: •Puedo asegurar que en la noche del sábado, día inmediato a la muerte del llorado sacerdote, mi hijo Ignacio, que contaba dos años y once meses tuvo una visión de la Virgen del Carmen en el cuarto donde dormía, contiguo al mío.

Interrogado por mí sobre lo que ocurría, me dijo con palabras entrecortadas y todo maravillado: ¿Madre el tío en el cielo? La Virgen del Carmen lleva al tío al Paraíso. ¿Véis, madre la Virgen del Carmen? Después le pregunté quién era más hermoso, y me contestó: La Virgen es mucho más hermosa.

Al amanecer contó el niño la misma relación a su tía, como también a sus hermanas Clara,

Jerónima, María y Rosa, y todas ellas declararon ser esto verdad.

Salutaciones y oración final, pág. 134.

Día noveno

Oración preparatoria, pág. 140.

Privilegios del Santo Escapulario.—María consuela a sus Cofrades.

No se limitan los cariños y desvelos de María a interceder por los pecadores, sino que se extienden también a preservar de peligrosos lazos a la inocente doncella, a mantener la paz, unión y fidelidad entre los esposos, a consolar a las viudas y derramar sobre todos sus hijos el bálsamo de todas las virtudes.

«Vírgenes cristianas, exclama el Padre Tomás Chais, que seguís las huellas de María, Madre de ese Dios de quien sois esposas, ¿no es verdad que por estar revestidas del santo

Escapulario derrama sobre vosotras, con más profusión que sobre otras muchas, ese rocío celestial que conserva la frescura y realza el brillo de los lirios? Esposos fieles, ¿no es cierto que las gracias que el Escapulario atrae sobre los que le visten, mantiene entre vosotros ese espíritu de paz que hace brotar rosas en medio de las espinas inseparables de nuestro estado? Viudas afligidas y desoladas ¿no véis el premio de la piedad con que lleváis el santo Escapulario en ese espíritu de fortaleza que os ayuda a sufrir con paciencia las humillaciones de la viudez y en esa luz que os hace ver que una altura inmortal sólo debe ser de un esposo inmortal...? (1) Dadme fortaleza, Madre mía, para llevar con resignación y alegría todos los males de esta vida y apartad de mí todos los insidiosos y ocultos lazos que el mundo, el de-

(1) *Excelencia de la devoción al Santo Escapulario*, c. VI.

monio y nuestra propia carne nos tienden cada día para hacernos caer en pecado y precipitarnos en las eternas llamas del infierno.

Ejemplo

En la villa de Falces ocurrió un acontecimiento que llamó la atención de todo el vecindario.

Un vecino de esta villa, que se encontraba postrado en cama hacía catorce meses, el día de la Virgen del Carmen mostró deseos de asistir a la solemne función que en honor a la misma se celebraba en la parroquia.

Como es natural, la familia del enfermo se opuso a que éste saliera de casa, y ante la insistencia del tullido hubo de ceder aquélla; le prepararon dos muletas con las que con gran trabajo y mucho tiempo pudo llegar al templo.

Según espontánea manifestación del enfermo, pidió de corazón a la Virgen que lo curase o lo llevase a su lado.

De repente, sufrió una emoción intensísima en el cuerpo, hasta el extremo de que en la misma iglesia mostró deseos de andar; y conociendo su curación, cogió las muletas debajo del brazo y marchó a su casa por su pie, causando la admiración de todos los que lo presenciaron.

El enfermo se encontró después tan ágil como si no hubiera estado enfermo e imposibilitado durante catorce meses, y pronto volvió a de-

dicarse a las faenas del campo, que son sus tareas ordinarias.

Dadas las circunstancias que concurrieron en esta curación, sólo puede atribuirse a milagro de la Virgen del Carmen.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegio del Santo Escapulario.— **María asiste a sus Cofrades en la hora de la muerte.**

En aquellos momentos terribles en que el alma se encuentra a punto de traspasar los umbrales de la eternidad, cuando está próxima a separarse del cuerpo, antiguo compañero suyo, cuando oye ya en lontananza la voz del Supremo Juez que la llama a dar estrecha cuenta de su vida, cuando los amigos y parientes vagan, tristes y meditabundos, en torno del enfermo, aumentando con sus sollozos mal reprimidos las mortales an-

gustias del moribundo, cuando en tropel y con claridad pasmosa se le representan todas las faltas y pecados, adelantando en cierto modo el juicio con que ha de ser juzgado, ¿qué consuelo no causará al Cofrade el dulce recuerdo de que María le asistirá, de que María será su abogada y medianera en aquellos críticos momentos ante su divino Hijo? ¿Quién dará por perdida la causa estando en tan buenas y misericordiosas manos? María que nos ha librado de tantos males en vida, ¿nos abandonará en el trance de la muerte? No se compadece esto con su corazón bondadoso y tiernísimo. Si nosotros somos fieles en cumplir como cofrades nuestras obligaciones, María lo será también en cumplir sus promesas. Pero ¿soy yo exacto en el cumplimiento de las obligaciones del santo Escapulario...?

Ejemplo

Habiendo ingresado en un Hospital un pobre minero con la cabeza rota y sin conocimiento, se le administró la Santa Unción, por ser imposible administrársele los demás Sacramentos, y como se tiene allí la piadosa costumbre de imponer el Escapulario del Carmen a todos los moribundos, hicieron lo mismo con éste. Después de estar durante quince días, parte de ellos, en una postración absoluta y sin dar señales de vida, y parte en un arrebatado delirio, contra toda probabilidad humana de curación, después de una de esas crisis de postración profunda, al volver en sí, en lugar de hacerlo con el delirio y arrebatado de otras veces, tuvo como una media hora de conocimiento claro, del que se aprovechó para hacer una confesión con toda tranquilidad y devoción y recibir el Santo Viático, y apenas hubo terminado de recibirlo, se reanimó extraordinariamente y después cayó en un profundo letargo, en el que expiró a los dos días de haber recibido los Santos Sacramentos, cumpliéndose así las palabras de la Virgen: *Quien muriere revestido con el Santo Escapulario no padecerá las penas del Infierno*

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día undécimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Privilegios del Santo Escapulario.— María Madre y decoro del Carmelo.

Fué celebrada siempre por los antiguos profetas de Israel la hermosura del Carmelo. Este famoso Monte lo escogieron los más santos varones del Antiguo Testamento por morada, y fué del mismo modo el escogido por Dios para que en él se tributase culto perenne a su dulcísima Madre. Mucho antes de que la Reina de los Cielos viniese al mundo, ya recibía adoración de algunos ungidos del Señor, a quienes la augusta Emperatriz se les había revelado en visión profética. Jamás desde entonces, en tan larga serie de siglos, ha sufrido interrupción el culto de la Virgen María. Jamás la llama de amor a

María se ha extinguido en el Carmelo, antes al contrario, cada día brilla allí más poderosa y rutilante. Y lo que comenzó débil y mortecina chispa, ha se convertido, en el transcurso del tiempo, en vastísimo incendio, que envuelve entre sus llamas las cinco partes del mundo.

¿Qué rincón de la tierra habrá donde la Reina del Carmelo no sea adorada? ¿Qué hogar cristiano donde repetidas veces no se la invoque cada día con los dulcísimos títulos de Madre, Decoro y Hermosura del Carmelo? Nuestro corazón, el corazón de todo cristiano, goza sobremanera al pronunciar el nombre de María del Carmen. ¡Y qué dulce y regalado es este título a los oídos de María! ¡Cómo goza de que sus hijos la invoquen con tan bellas palabras! ¡Con qué singular complacencia despachará Ella las gracias que bajo tal invocación le pedimos! María no puede sustraerse al dulce hechizo que en

su corazón ejerce el dulce nombre del Carmelo.

Ejemplo

El vapor *Peña Agustina*, de la matrícula de Santander en su viaje de ida a Glasgow, tuvo un temporal malísimo en el que corrió inminente peligro de hundirse en el abismo del Océano. Nos abstenemos de consignar a qui los heroicos trabajos que el personal de abordo tuvo que realizar para sacar el barco del peligro en que estaba; lo que sí consignaremos es que los bravos tripulantes del vapor, cuando más grande era el fragor del temporal, se encomendaron todos a la Virgen del Carmen, prometiendo solemnemente ir a visitarla en su santuario de Revilla, en el que oirían una misa. Con esto el vapor salió libre y llegó a Santander felizmente y sus bravos marinos cumplieron su promesa, visitando el santuario de la Virgen del Carmen en Revilla y oyendo en él la Misa con sumo placer y alegría. Loor a la Reina del Carmelo.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día duodécimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—La Devoción al Santo Escapulario es razonable.

Hase rendido siempre en la Iglesia santa culto sincero y fervoroso tanto a Dios Nuestro Señor como a aquellos de sus siervos que más se han distinguido por su vida y heroicas virtudes, ora con sentimientos de estima, admiración, confianza y devoción interna, ora con señales sensibles por medio de las cuales manifestamos toda la veneración que interiormente los profesamos. Así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento siempre se han celebrado con gran aparato y pompa exterior las solemnidades religiosas que levantan el espíritu y lo encienden y calientan en amor divino.

Si los santos son por parte del pueblo fiel objeto del culto fervoroso, ¿no lo ha de ser la Reina del Carmelo, la criatura más pura y encumbrada, a la vez Madre de Dios y Madre nuestra? ¿No hemos de hacer manifestaciones exteriores de amor a María del Carmen para dar a conocer a la faz del mundo todos los beneficios que María dispensa a su familia carmelitana? ¿No he de hacer alarde de llevar mi Escapulario, de pertenecer a la Cofradía, de asistir a las procesiones y de tomar parte en todos los cultos que en honor de tan excelsa Madre se celebraren?...

Ejemplo

Merced a la Virgen del Carmen, murió santamente en Llanes el joven Generoso Rodríguez.

Efectivamente, el joven Rodríguez, por ignorancia o por influencia de las malas compañías, se mostraba enemigo de toda práctica y persona piadosa, hasta el punto de que, a los principios

de su enfermedad, rechazaba las visitas del señor Ecónomo.

Mas cuando después, debido al celo suave y solicitud caritativa de una de sus vecinas, mujer muy conocida por sus constantes ejemplos de santidad, aceptó la proposición de colocar sobre su pecho el escapulario de la Virgen del Carmen, sintióse trasformado en otro hombre, y él mismo pidió los auxilios de la Religión y la compañía del sacerdote.

Con fervorósísimas ansias recibió varias veces los Santos Sacramentos, siendo su mayor gusto rezar y suspirar por la verdadera vida del cielo, dejando al morir gratamente impresionados a los testigos de su preciosa muerte, y muy consolada a su familia con la esperanza de que el alma del finado se hallaría gozando de la alegría de la gloria.

Salutaciones y oración final, pág. 149.

Día décimo tercio

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—La devoción al Santo Escapulario ha sido confirmada con milagros.

Son las maravillas, según confesión de San Agustín, que Dios obra en

confirmación de una creencia o de una práctica piadosa, amorosas voces por medio de las cuales El da testimonio de la verdad, de la creencia y de cuán grata es a sus ojos la piadosa práctica por los milagros y maravillas confirmada. Nunca se ha obrado un milagro para confirmar una mentira, ni para aprobar una devoción que no sea del agrado del Altísimo. No hay, por el contrario, ninguna prueba tan cierta para convencer nuestro entendimiento como un afecto que sobrepuje las fuerzas de la naturaleza, porque es ciertamente la verdad quien habla por esta suerte de prodigios.

Ahora bien, entre todas las prácticas piadosas, inspiradas a los fieles para honrar a la Madre de Dios, afirma el virtuoso Padre de la Colombiere, no hay otra tan segura como la devoción al Escapulario, por lo mismo que ninguna otra ha sido confirmada con milagros tan asom-

brosos y auténticos. La Virgen Santísima se ha manifestado pródiga con esta librea augusta para testimoniar a los fieles el cariño intenso con que mira a los que devotamente la ostentan en su pecho. ¿Y no daré yo este gusto a María llevándola siempre pegada a mi corazón?

Ejemplo

Una niña, natural de Nogales, en la provincia de Badajoz, se sintió atacada de una pulmonía doble con derrame pleurítico.

Después de dos meses de sufrimientos, causados por nueve cáusticos que le pusieron, y apenado su pobre padre al ver que la enfermedad iba minando poco a poco aquella tierna naturaleza a causa de un tumor que en el costado derecho se había presentado, fuese a la capital a consultar a los médicos más notables: tres la vieron y los tres eran de parecer que se le hiciese una operación, si bien con temor de que la niña no la pudiera resistir.

En vista de tales dificultades, las religiosas Carmelitas, entre las cuales se contaba una tía carnal de la niña, pidieron a la Virgen Santísima del Carmen que pusiese obstáculos para que la operación no se hiciese, si es que la niña no la había de resistir.

Por tres veces intentaron hacérsela y por tres veces se presentaron dificultades, y por fin, como medio de aliviar a la niña, la hicieron una incisión, por donde arrojó más de dos litros de pus.

Desde entonces la niña fué mejorando y sanó, con gran admiración de los médicos. que no saben explicarse cómo ha podido ser.

Pero la piedad cristiana encuentra satisfactoria explicación en la promesa de la Virgen de que su Escapulario es: *Salus in periculis*.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo cuarto

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—La devoción del Santo Escapulario confirmada por la tradición.

Todas las obras buenas han sido blanco de las pasiones desmandadas, que el demonio levanta y azuza para impedir los buenos y saludables efectos que de tales obras se siguen. No ha habido acción alguna memorable, fecunda en bienes espirituales, que

no haya sido rudamente combatida con razones más o menos insidiosas, y muchas veces, bajo capa de piedad, se ha intentado apartar a los fieles de aquellos medios que más fácil y seguramente podían conciliarles la amistad con Dios y granjearles la vida eterna.

A la devoción al santo Escapulario, por lo mismo que tantos bienes produce en la Iglesia de Jesucristo, no le han faltado enemigos enconados que, con argumentos en apariencia fundados, han tratado de presentarla como una práctica ridícula, fomentadora de creencias erróneas o supersticiosas. Mas la Santísima Virgen ha velado siempre por su obra, y Ella ha inspirado y movido plumas elocuentísimas que han puesto de relieve todas las excelencias de esta devoción, deshaciendo al mismo tiempo todos los sofismas de sus adversarios. El santo Escapulario ha triunfado siempre de sus enemigos y su

triunfo es garantía segura de que nosotros también triunfaremos por su virtud y eficacia si debidamente lo llevamos.

Ejemplo

Una joven honesta y pudorosa llamada Lelia Viola fué arrojada al mar cerca de Nápoles, por no haber querido acceder a las solitaciones de un joven disoluto. Enseguida se le apareció sobre las aguas la estrella de los mares, Nuestra Señora del Carmen, que le dijo estas palabras: Llama en tu auxilio a Andrés Cennemo, que él te salvará de este peligro. En efecto, pasaba entonces por aquel sitio Andrés con una barca, quien maravillado de ser llamado con su nombre por una doncella desconocida, la recogió en la barca y la condujo a la orilla.

Lelia Viola, agradecida al beneficio que había recibido de la Virgen del Carmen, fué al convento de los Carmelitas de Nápoles a darle gracias por haberla librado a la vez de la muerte del cuerpo, de la deshonor, que es más dolorosa todavía para una joven, y de la muerte del alma o del pecado, incomparablemente mayor mal que los dos anteriores.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo quinto

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—La devoción al Santo Escapulario confirmada por los fieles.

Apenas si es dable encontrar otra devoción tan popular como la del santo Escapulario del Carmen. Los fieles corren a porfía a ceñirse este vestido privilegiado, prenda de salvación y de la protección especial de María. Es incontable el número de cristianos fervorosos que cada día ingresan en la Cofradía del Carmen. Pueblos y ciudades enteras se glorían de estar escudados y defendidos por el santo Escapulario. Sumos Pontífices, emperadores, reyes y príncipes han hecho en ocasiones solemnes pública confesión de su amor a María del Carmen. Bizarros generales, sol-

dados valientes, se han lanzado a peligrosos encuentros y han peleado denodadamente, enardecidos en la lucha por el valor que en sus pechos infundía la insignia del Carmelo. Intrépidos marinos han desafiado la bravura del mar alborotado y han llevado a cabo empresas colosales para bien de la Religión, fiados sólo en la protección de la Reina del Carmelo, Estrella de los Mares. Almas desesperadas, para quienes la vida es tormento insufrible, han encontrado el bálsamo de la consolación en la Virgen del Carmen, que ha mitigado sus penas y vuelto al buen camino. ¿Qué cristiano habrá que en el curso de su vida no acuda al santo Escapulario como a áncora de salvación?

Ejemplo

El V. P. Fr. Luis de Granada refiere como testigo de vista un milagro del Escapulario del

Carmen ocurrido en Lisboa. Vivía en dicha ciudad la joven Catalina de Tayde. Sufrió en su pubertad grandes enfermedades que la pusieron a un hilo de la muerte, y hasta le tenían preparada la mortaja. En este tiempo, por los ruegos y oraciones de la nodriza que la había criado, que era persona muy espiritual, Dios le preservó de la muerte. Pero quedó tan parálitica y con tal estremecimiento del cuerpo, que si alguno llegaba por caridad a sostenerla, temblaban entrambos.

Así continuó nueve meses, como una mártir, pasados los cuales, hizo que la llevasen a un Convento de Nuestra Señora del Carmen en Lisboa. Al entrar en la iglesia, oyó a una anciana que pedía con gran devoción salud para un hijo enfermo. Tomando de aquí ocasión para hacer otro tanto, dijo a Nuestra Señora: «*Si yo tuviera la fe de esta buena anciana, vos me daríades salud*». Y en menos tiempo de lo que necesitó para decir estas palabras, quedó enteramente sana. La joven curada, la respetable Condesa, su madre, toda la gente que había en la iglesia y los religiosos carmelitas que estaban en el coro, empezaron a gritar: *Milagro, milagro, milagro de la Virgen del Carmen*.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo sexto

Oración preparatoria, pág. 134.

La devoción al Santo Escapulario.—La devoción del Santo Escapulario ha sido confirmada por la Iglesia.

No hay devoción segura mientras no esté aprobada y sancionada por la Iglesia, Nuestra Madre, única Maestra y guía infalible en estas materias. Más de una vez, devociones que a muchos incautos parecían excelentes, han sido enérgicamente condenadas por el Vicario de Cristo, ya que en vez de consolaciones y gracias celestiales, proporcionaban cautelosamente veneno sutil y pernicioso, causando la muerte del alma. No así la devoción del santo Escapulario, que ha sido bendecida, elogiada y recomendada repetidas veces por los Soberanos Pontífices en Bulas, en Car-

tas a los Generales de la Orden Carmelitana y en otros preciosos documentos.

Los mismos Sumos Pontífices son los primeros en acompañar el ejemplo con la doctrina, teniendo a sumo honor contarse entre el número de los cofrades. De antiguo los Papas, luego de ocupar la Cátedra de San Pedro, vienen observando la piadosa costumbre de inscribirse en la Cofradía establecida en la iglesia de San Crisógono en Roma. Nos haríamos interminables si quisiéramos traer aquí el catálogo de los Papas que vistieron el santo Escapulario y lo aprobaron y confirmaron con indulgencias. Es, pues, la devoción del Escapulario santa y riquísima, y una de las más eficaces para conducir las almas al cielo con que cuenta Nuestra Santa Madre la Iglesia.

Ejemplo

En 27 de Octubre de 1893, sosteniendo España la guerra con los moros fronterizos de Africa, el capitán del Regimiento de Extremadura, llamado Ponas, herido en un combate, debió su vida a un milagro del Escapulario. El proyectil le había atravesado el pecho, abriendo paso a través de blandos tejidos, pero sin lastimar o interesar ningún órgano esencial para la vida. El paso de la bala estaba señalado por dos aberturas semejantes a dos botones. El Escapulario que ostentaba en el pecho el oficial estaba enrojecido y empapado en sangre, pero la imagen de la Virgen aparecía pura y limpia. El herido pudo volver a pie del campo de batalla, hasta la ciudad de Melilla, donde le hicieron la primera cura. Este milagro tuvo grande resonancia en el Ejército español.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo séptimo

Oración preparatoria, pág. 140.

Devoción al Santo Escapulario.—La devoción del Miércoles en honor de la Virgen del Carmen.

Otra de las devociones muy del agrado de María es la del miércoles de cada semana. Según una tradición antigua que ha venido transmitiéndose hasta nosotros, era miércoles el infausto día en que Jesús fué vendido por el traidor Judas. Por este motivo, desde los tiempos más remotos, acostumbraron los cristianos a santificar de una manera especial el miércoles de cada semana por medio de la abstinencia y del ayuno. Esta venerada tradición, caída en desuso en todos los pueblos, hase sin embargo, conservado viva en el Carmelo, y muchos de sus cofrades guar-

dan todavía el antiguo ayuno y abstinencia para perpetuar recuerdo y tradición tan sagrados. Con el fin de propagar esta práctica, uno de los Papas más devotos de la Virgen del Carmen, Paulo V, la enriqueció con indulgencias. A partir de esta fecha ha sido muy considerable el número de cofrades que viene ejercitando esta piadosa costumbre.

¡Y cuán agradable no será a los ojos de María este acto para desagraviar a su Hijo benditísimo de aquella acción, la más indigna y reprochable que vieron los siglos! ¡Y cómo premiará Madre tan agradecida esta pequeña mortificación que el cofrade hace en obsequio de su Hijo! ¡Con qué dulce sonrisa le recibirá en su regazo cuando en el tremendo día de la cuenta pueda presentar, entre otros méritos, los adquiridos por esta devoción que quizá la ha venido practicando por muchos años de una manera constante y jamás interrumpida.

vida! ¡Qué gracias daremos entonces a María por haber así galardonado lo poquito que por su dulcísimo Hijo hicimos!

Ejemplo

En el mes de Agosto de 1894 se incendió en la ciudad de Laval un hermoso bosque que estaba junto al castillo de Vivet, propiedad del Conde de Chateauney. Muy pronto las llamas, tomando colosales proporciones, rodearon el castillo en actitud de reducirlo a polvo. La Condesa, Madame Baisseax, con sus sobrinas, lamentaba desde lejos los destrozos que hacía el fuego, cuando la más joven de ellas, por nombre Bernardita (quien tanto había oído encarecer la virtud del Escapulario contra toda clase de peligros), tuvo una buena inspiración: pidió a su respetable tía que echase un Escapulario a las llamas. En efecto, aunque algunos de los presentes se rieron de la simplicidad de la niña, creyendo que por un pedazo de tela no se apagaría el voraz incendio, mandó la Condesa a uno de sus criados que arrojase el Escapulario del Carmen al centro de las llamas. ¡Cosa admirable! En el mismo instante comenzó a extinguirse el incendio, apagándose al poco rato. Hecho milagroso que causó profunda sensación en los que estaban presentes, y les confirmó más y más en la devoción del Escapulario del Carmen.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo octavo

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—La devoción del Sábado en honor de la Reina del Carmelo.

En todos los tiempos el día del sábado ha sido dedicado a la Virgen de una manera especial. Así como el domingo se consagra principalmente a dar culto y rendir homenaje a Dios Nuestro Señor, de la misma suerte, el sábado lo consideran los fieles como propio para tributar culto y alabanza a la excelsa Reina de los cielos. Sin embargo el sábado es un día carmelitano por excelencia, es el día que la augusta Señora ecogió para visitar a aquellos de sus cofrades que están padeciendo terribles tormentos en el Purgatorio, para sacarlos de aquel lugar de aflicción y llevarlos, limpios ya y purificados, a las eternas man-

siones de la gloria. Un favor tan señalado ¿no merece por parte nuestra un agradecimiento especialísimo, que se exteriorice y manifieste en actos de alabanza a María por esta incomparable y jamás oída fineza para con sus cofrades?

La Orden del Carmen, desde tiempo inmemorial, viene cantando en todas sus iglesias una «Misa solemne» y una «Salve» en honor de la que es su Madre y protectora. Todo cofrade debería asistir a estos cultos si le fuera posible, y si no, asociarse en espíritu a ellos. Esta devoción de dedicar el sábado en honor de la Santísima Virgen del Carmen, es para el que la practica prenda segura de asistencia y especial protección que María le dispensará cuando se halle en aquel tenebroso lugar, deseando verse libre de aquellas cadenas que le impiden unirse a Dios su eterno amor.

Ejemplo

Los herejes holandeses trataban de apoderarse de la ciudad de Geldres en los Países Bajos. para saquearla y hacer abjurar la fe a sus pacíficos moradores. Los geldrenses, en lugar de correr a las puertas de la ciudad, para defenderla con la fuerza de las armas, se dirigieron al convento de los Carmelitas a implorar la protección de la Virgen del Carmen, y en prueba de que se hallaban bajo su protección, colocaron las llaves de la ciudad en sus manos. A las fervorosas plegarias del pueblo, estalla horrorosa tempestad sobre aquellos foragidos, que fué como si sonara la voz de la muerte, al modo que sucedió en la ley antigua a los ejércitos egipcios. Aparece en medio de los combatientes la Reina del Carmelo con espada más reluciente que la que blandía el querubín en las puertas del Paraíso: se coloca al frente de veinte mil soldados, infunde gran pánico en el ejército enemigo y les intima la rendición o la muerte. Los que se resisten, se matan unos a otros, dando espantosos alaridos entre el fragor del combate. Los geldrenses, en acción de gracias después de haber alcanzado, merced a la Virgen del Carmen, la más señalada victoria, fueron en número de unos cincuenta mil al convento de los Carmelitas, y tomaron a la Virgen del Carmen por Patrona de sus ejércitos.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día décimo noveno

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—El 16 de cada mes consagrado a la Virgen del Carmen.

Así como en la semana hay un día dedicado a la Virgen del Carmen, del mismo modo los cofrades han escogido un día del mes para consagrárselo todo entero. Es este día el 16, por ser también el en que se celebra su festividad principal. Práctica es muy laudable y de la que el cofrade puede sacar no escasos provechos, hacer en este día retiro espiritual para ver y examinar el estado del alma y cómo nos portamos en el cumplimiento de nuestros deberes para con esta Madre que tantos beneficios nos ha dispensado. Dada nuestra fragilidad, que es muy grande, fácilmente nos entibiamos en la práctica de

nuestras devociones, y o no las cumplimos, o las cumplimos floja y remisamente.

Por eso es necesario de cuando en cuando renovar nuestros propósitos y recobrar nuevas fuerzas para luchar de nuevo contra tantas dificultades como tenemos que vencer todos los días y que insensiblemente debilitan las energías del alma. Este es uno de los principales fines que el cofrade fervoroso debe proponerse en el día de retiro. Es indudable que si se prepara debidamente, la Virgen Santísima le ayudará de una manera especial en este día para conocer y llevar a la práctica los medios más adecuados para en adelante ser más asiduo y fervoroso en su divino servicio, para cumplir con más exactitud las devociones del santo Escapulario y para portarse en todo como un verdadero Hijo de María del Carmen.

Ejemplo

En el reino de Francia, una cuadrilla de ladrones capitaneada por Frison, hombre de siniestras intenciones, se dirigió a Lorena con el fin de saquearla y cometer los atropellos que suelen acompañar a tales actos. En los primeros momentos parecía que la victoria iba a declararse en favor de los bandidos, pero habiendo opuesto los lorenenses tenaz y vigorosa resistencia, batieron en retirada a los enemigos, siendo muertos todos, menos uno que debajo del uniforme vestía el Escapulario del Carmen. Este, a pesar de haber recibido un terrible balazo en la cabeza y heridas graves de arma blanca en varias partes del cuerpo, nunca perdió la esperanza de salvación; antes bien, invocando a la Virgen del Carmen, decía a los enemigos: *En vano os cansáis, queriendo quitarme la vida. La Virgen del Carmen, cuyo escudo de protección defiende mi pecho, no permitirá que muera sin confesar mis pecados.* En efecto, no salió vana la esperanza de Gelacio, que así se llamaba el herido. Juan Metas, respetable sacerdote, enviado por la misma Reina de los ángeles, le asistió en su última enfermedad, le oyó en confesión, le administró los demás Sacramentos, que son como la disposición próxima para entrar en la gloria, y murió dando pruebas consoladoras de su salvación.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—De los siete «Padre nuestros y Ave María» que acostumbran a rezar los cofrades del Carmen.

Antiquísima y venerable es entre los cofrades la devoción de rezar todos los días en honor de la Virgen del Carmen siete «Padre nuestros y Ave Marías» en memoria de los siete principales gozos que tuvo su maternal corazón. Trae origen esta práctica, según el P. Grassi, de los tiempos de Santo Tomás, Arzobispo de Cantorbéry. Hallábase el santo practicando cierto día este devoto ejercicio, y la Virgen Santísima, apareciéndosele, le habló de esta manera: «Mi amado Tomás, grande es el gusto que siento en los honores y obsequios que me rindes saludándome en memoria de

las alegrías que tuve en el mundo; mas conviene que sepas que me serán aún más agradables tus obsequios, si haces mención de las principales alegrías que, entre infinitas otras, goza mi ama en el cielo».

He aquí una devoción gratísima a la Santísima Virgen, puesto que ella misma se la reveló a su esclarecido siervo, el ilustre mártir Santo Tomás; he aquí un medio facilísimo que se le ofrece al cofrade para agradar y consolar el angustiado corazón de su Madre amantísima. Aunque esta Soberana Reina de cielos y tierra nos pidiese cosas mucho más difíciles nosotros deberíamos hacerlas con prontitud y sin vacilación, ¿cuánto más siendo tan poco lo que nos pide? ¿Qué hijo de María habrá que desde hoy no practique esta devoción por todos los días de su vida?...

Ejemplo

No hace mucho tiempo que el R. P. Léblanc, de la Compañía de Jerús, hacía una noche la visita por el dormitorio de cierto colegio de Francia, por ver si todos los colegiales estaban acostados. Encontró a uno de ellos arrodillado junto al lecho.—¿Por qué, le dijo, no os habéis acostado todavía?—*He dado*, respondió el candoroso joven, *mi Escapulario del Carmen para arreglar al portero, el cual todavía no me le ha devuelto, y no me atrevo a dormir sin él. Tengo miedo de morir esta noche sin el Escapulario*, No piense en eso, mañana a primera hora se le devolverá el Escapulario, y mientras tanto duerma sin cuidado.—*Mi buen Padre*,—contestó de nuevo el joven—*no puedo dormir sin el Escapulario, porque tal vez moriré esta noche*. El Padre, edificado de la confianza que tenía el colegial en la Virgen del Carmen, él mismo bajó donde estaba el portero y le trajo el Escapulario. Puesto el Escapulario, se entregó al sueño como un ángel, invocando a la Santísima Virgen. Al día siguiente el Padre pasaba otra vez revista por el dormitorio de los colegiales, por ver si todos se habían levantado. ¡Y qué sorpresa la suya cuando llamando repetidas veces al joven, no le respondía, porque había muerto aquella noche, y tenía cogido el Escapulario entre las manos!

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo primero

Oración preparatoria, pág. 134.

Devoción al Santo Escapulario.—De las siete alegrías o gozos principales que experimentó el corazón santísimo de María.

He aquí los siete principales gozos de María como los trae el carmelita P. Grassi en su «Tesoro del Carmelo», y que pueden servir de meditación al rezar los siete «Padre nuestros» de que hablábamos en la meditación pasada. 1.º Fué el primer gozo cuando entró en su castísimo seno el rey de los cielos para tomar carne humana. 2.º Cuando, sin detrimento de su virginidad, lo dió a luz en Belén. 3.º Cuando trece días después de su purísimo parto vió a los tres reyes de Oriente que, postrados a los pies de su divino Hijo, le adoraban y le ofrecían dones con que le reconocían

por verdadero Dios y verdadero hombre. 4.º Cuando en el templo de Jerusalén oyó a Simeón que lo proclamaba como a verdadero Mesías y Salvador del mundo. 5.º Cuando le halló en el templo disertando con admirable maestría con los doctores de la ley. 6.º Cuando le vió resucitar de entre los muertos para no morir nunca jamás. 7.º Cuando le vió subirse a los cielos por su propia virtud.

Meditando con atención estos siete gozos de María, debemos procurar ser también nosotros partícipes de esta santa alegría que así embargaba dulcemente el corazón de nuestra adorada Madre la Virgen del Carmen. Nada más natural para un hijo que tomar parte en las alegrías y tristezas de su Madre. Así lo haré yo en adelante, Reina del Carmelo, para que compartiendo tus dolores y gozos en esta vida, compartas también la gloria en la otra.

Ejemplo

Prueba patente y manifiesta de la especial filiación de la Virgen con los Carmelitas es lo sucedido en Bolonia. Estaban los Carmelitas, los religiosos de María, cantando la Salve; y era tan grande el fervor con que saludaban a su Madre, que Esta bajó del cielo vestida de Carmelita, y acompañada de millares de Angeles y Santos de la Orden. Traía en el brazo izquierdo a su bendito Hijo Jesús, precioso lirio de la gloria, y en la mano derecha el santo Escapulario, y colocándose en medio de aquel inefable concierto de coros angélicos y religiosos, dijo a los Carmelitas: *Seguid, hijos míos, cantando mis alabanzas.* Y cuando llegaron a aquellas estrofas de la Salve: *Después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre,* la Virgen puso en manos de los religiosos, uno por uno, al Niño Jesús, para que le besasen y se regalasen con él, añadiendo al despedirse: *Continuad, hijos míos, en cantar mis alabanzas, que yo, después de esta vida, os mostraré a Jesús y os juntaré a todos alrededor de mi trono en la gloria.*

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo segundo

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del cofrade.—El cofrade debe imitar a su madre María.

«El que tributa honor a su madre», dice el Eclesiástico, «es como quien acumula tesoros». Aquel tributa honor a su madre que procura imitar y copiar en su alma todas las buenas prendas y virtudes que en la madre resplandecen; porque honor, y no pequeño, se sigue a los padres de las buenas acciones de los hijos. Por esto la primera obligación del que viste el santo Escapulario es hacerse digno hijo de María, imitando sus virtudes y obedeciendo y siguiendo en todo sus inspiraciones. «Proponeos, dice San Buenaventura, imitar en todo a la Madre de Dios y mostrad de esa manera que sois digno

hijo de tan buena Madre, y ella, por su parte, os mirará como a verdadero hijo suyo.

El Escapulario santo nos recuerda todos los días la obligación que tenemos de revestirnos de las virtudes que en grado tan perfecto poseyó la Santísima Virgen y de no hacer nada que pueda desagradar a tan cariñosa Madre. En todos los actos de la vida debe el cofrade del Carmen proponerse como modelo a la Reina de los Angeles y cuanto más y mejor ajuste su conducta a él, mejor hijo será y más bendiciones y gracias alcanzará de María. Imitar a María es, por consiguiente, la primera y principal obligación del cofrade carmelita. ¿Se conforma del todo a este divino modelo la vida que yo actualmente llevo?...

Ejemplo

Santa Teresa de Jesús, dice, hablando de la protección de la Virgen, con su lengua de ángel:

Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo a edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Páreceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a ella, y en fin, me ha tornado a sí. (Vid., cap. 1, número 3).

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo tercero

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del cofrade.—El cofrade debe imitar a Maria en la humildad.

Fundamento sólido y guarda seguro de todas las virtudes es la humildad. No hay otra virtud que así enamore el corazón deífico de Jesús como la humildad. Jesús corre tras de las almas humildes, se enamora de ellas y las hinche de gracias. Sin la humildad no hay perfección ni san-

tividad posible. Todo lo que no se base sobre la humildad, está fundado sobre pobre y flaco cimiento. No hay edificio posible en el orden espiritual si a la humildad no tiene por fundamento. «Aprended de mí, nos dice Jesús, que soy manso y humilde de corazón».

Porque María fué la primera y más perfecta cultivadora de esta virtud, fué también exaltada sobre todas las criaturas. Agradó a Dios la humildad de esta su sierva, y he ahí la razón de por qué la aclaman bienaventurada todas las generaciones. Imite, por lo tanto, el cofrade a María en la humildad. Huya del egoísmo, de la vanagloria, de la soberbia como de enfermedad peligrosa y como de polilla que deteriora y pierde toda otra virtud. No hay enfermedad más extendida que el egoísmo; no hay tampoco enfermedad de más difícil curación. Atribuya el cofrade todo lo que tiene a Dios y a su Madre Santísima y de esta suerte atraerá sobre sí las ben-

diciones del cielo y será exaltado, a imitación de su Madre, en la patria de los bienaventurados.

Ejemplo

En el año de 1894 hubo en Calabria espantosos terremotos que sepultaron entre ruinas a Palmi, ciudad de quince mil almas. Al enterarse de lo ocurrido un caballero de dicha ciudad que viajaba por Francia, envió un parte a su familia pidiendo datos y recibió esta contestación: *Todos nos hemos salvado, escribiremos.* A los pocos días recibió carta de sus hermanos donde le decían que eran ciertos los terremotos, pero que se habían salvado por la protección de la Virgen del Carmen; que notaron millares de personas que la imagen bendita abría y cerraba los ojos y los indicaba se librasen de la desgracia; que entonces los habitantes de Palmi salieron en procesión con la Virgen del Carmen al cerrar la noche, y rezando con gran fervor la Salutación angélica y encomendándose todos a la Reina del Carmelo, se sintió un fuerte terremoto, cayendo al suelo todas las casas de la ciudad; que todas las personas, es decir, quince mil, que estaban en la plaza alrededor de la Virgen se habían salvado, exceptuando veinte que, por hallarse en sus casas a la hora del desastre y no haber asistido a la procesión en circunstancias tan graves, fueron muertas.

¿Quién no ve aquí la protección amorosa, el amparo seguro de la Virgen del Carmen en los mayores peligros?

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo cuarto

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligación del Cofrade.—El Cofrade debe imitar a María en la castidad.

Margarita preciosísima es la castidad. Su valor es imponderable. Es la virtud más difícil de practicar y de adquirir. Y, sin embargo, es necesario que el cofrade, para que sea digno hijo de la Virgen del Carmen, se conserve casto y limpio en sus pensamientos, deseos y obras, como lo fué María. María es llamada Virgen de las vírgenes, porque fué la primera que ofreció en el templo su virginidad a Dios, y su ejemplo ha traído en pos de sí a innumerable legión de

jóvenes cristianas que son el ornamento más bello de nuestra santa Religión. Por razón de su pureza, el Espíritu Santo llamó a María hermosa como tortolilla y azucena entre espinas. Era tanta la pureza y modestia de María, que de sólo mirarla, los que alcanzaron tanta dicha, sentían vivísimos deseos de imitarla. Por conservar la virginidad habría renunciado gustosa María a la dignidad de Madre de Dios.

Imitemos todos a María en la pureza. Apartémonos de las ocasiones de faltar a esta virtud; no empañemos el blanco cendal de la castidad con ningún mal pensamiento. Pidamos a María, con la confianza de hijos, esta tan hermosa virtud. Con sólo invocar a María se han visto libres de las más fuertes tentaciones muchas almas atribuladas. ¿Qué no hará en ayuda de sus hijos cuando los vea solícitos por cultivar esta bellísima flor del Carmelo?

Ejemplo

Prueba inequívoca de lo mucho que agradan a la Virgen del Carmen las oraciones que le dirigen sus hijos es el caso sucedido en el Carmen de Burgos el día 16 de Julio de 1618. Celebrando los religiosos los divinos oficios en el día solemne de su fiesta, apareció la Virgen Santísima con su hábito del Carmen y tendido su precioso cabello sobre la capa blanca.

Venía acompañada de su Esposo S. José y de San Simón Stock, y de otros muchos Angeles y Santos que le hacían Corte como a Reina. y asistió mientras cantaban sus visperas los Religiosos. Al fin de ellas, cuando se canta la última antifona del oficio. que en aquel tiempo es la *Salve*, quedándose Nuestra Señora en pie, todos los Angeles y Santos se pusieron de rodillas; mas al tiempo que los religiosos cantando, *Et Jesum, benedictum fructum ventris tui*, inclinaron las cabezas, también la Sagrada Virgen se inclinó, venerando a Jesús, fruto bendito de su vientre. Mostróse la celestial Princesa muy servida y grata a las alabanzas que le habían dado sus hijos los Religiosos y Cofrades que traían su santo Escapulario, y desde luego comenzaron a sentir su patrocinio en el fervor con que quedaron de servirla con nuevas y mayores fuerzas.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo quinto

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del Cofrade.—El Cofrade debe imitar a María en la fe.

Reparó la Virgen Santísima con su fe el daño que Eva hizo con su incredulidad. Eva no creyó en las palabras que Dios le había dirigido en el Paraíso y por eso fué lanzada de aquel lugar deliciosísimo y castigada con tan tremendo castigo. María, por el contrario, dando fe a las palabras del Angel, anunciándole que sería Madre de Dios, sin dejar de ser virgen, trajo al mundo la salud y reconcilió a los hombres con Dios. Por eso dice San Agustín «que María prestando su consentimiento a la encarnación del Verbo, por medio de su fe, abrió al género humano las puertas del cielo».

Bienaventurada fué María porque

creyó, y por esta fe viva se cumplió en Ella todo lo que el Señor por sus profetas tenía vaticinado. «Más dichosa fué María, dice un Santo Padre, en percibir la fe de Cristo que en concebir la carne de Cristo». De la misma dicha y bienaventuranza participará el cofrade del Carmen, si imitando a María, procura tener siempre viva en su corazón la antorcha de la fe, de suerte que ella ilumine todos sus pasos y sea la que le mueva a obrar y proceder en todo ajustándose escrupulosamente a los preceptos divinos. La fe es la única luz y guía que puede conducirle al través de este valle tenebroso a la patria de los justos.

Ejemplo

Un venerable sacerdote de la diócesis de Brescia escribía lo siguiente el 25 de Julio de 1888 en *L' Stella del Carmelo*: «El día 6 de Julio se desprendió de las montañas que rodean este pueblo de Valcamónica un peñascal arrastrando en su

carrera un puente y la casa contigua al molino. Todos presuñíamos que habrían perecido sus moradores, que eran una joven recién casada y una sobrina suya. ¡Pero cuál sería nuestro asombro al oír voces salidas de los escombros!

Con la mayor brevedad posible se empezó a remover aquellas ruinas y después de un breve espacio, aparecieron las dos desgraciadas sobre un montón de piedras, envueltas entre los desechos del edificio, la tía con varias heridas en la espalda y brazos y la niña alegre y sonriente con algunos pequeños rasguños. Cómo pudo ser esto, no hemos podido comprenderlo.

Sin embargo, a mí me consta que la Siviglia, —este era el nombre de la tía— ha sido siempre devota de la Virgen del Carmen, y aquella noche, al sentir bramar el huracán furioso, dijo a la niña: *Digamos un Ave María a la Santísima Virgen del Carmen, porque nos vamos a hundir*. Se hundieron en efecto, pero la Virgen del Carmen mostró una vez más que es *salvación en los peligros*. No cabe explicar de otra manera un hecho tan público y notorio.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo sexto

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del cofrade.—El cofrade debe imitar a María en la esperanza.

Desde los primeros instantes de la existencia de María, empezó Dios Nuestro Señor a iluminar su alma con claros destellos que la enseñaron los grandes misterios que estaban pronto a realizarse para bien del pueblo de Israel y de todo el humano linaje. Nunca dejó María de esperar en la venida del Redentor del mundo, y esta esperanza iba creciendo a medida que se acercaba la hora de efectuarse el gran misterio de la Encarnación. ¿Y quién podrá comprender la perfección admirable con que María practicó esta virtud desde que se encarnó en su casto seno el Hijo de Dios, hasta que subió triunfante al

cielo? La esperanza de la Virgen Santísima en las divinas promesas brilló en todas las ocasiones de su vida. Casi todos los amigos de Jesús, al verle tan perseguido por los hombres, llegaron a dudar de su divinidad; sólo María conservó intacta esta creencia y no perdió, ni por un sólo momento la confianza de que todas las cosas que de su divino Hijo estaban escritas en la Ley tendrían exacto y cabal cumplimiento.

Aprendamos todos de María a confiar como es debido en las promesas divinas. No pongamos nunca la esperanza en las vanas palabras de los hombres, porque «la esperanza del impío es como pluma que lleva el viento». Pongamos nuestros ojos en nuestra Santísima Madre, que en el trance doloroso de la muerte, cuando pueden recaer sobre nosotros sentencias tan opuestas, abogará por el cofrade, quien verá cumplidas en la otra vida las dulces promesas por

él, durante el destierro en el mundo, con viva ansiedad esperadas.

Ejemplo

En la noche del 3 de Febrero de 1875 y en los pueblos de Lácar y Lorca provincia de Navarra, tuvo lugar un hecho de armas entre las tropas del gobierno y las fuerzas carlistas: hecho que es conocido en la historia por el nombre *la sorpresa de Lácar*. Multitud de oficiales y soldados heridos procedentes del teatro de la guerra eran conducidos entre las sombras de la noche a las alturas *de San Cristóbal de Esquinza*, punto seguro para prestar socorro a aquellos desgraciados. Entre ellos fué conducido un soldado, que herido mortalmente en la cabeza, creíasele muerto y convencido de ello el sacerdote que le asistía, exclamó: *Dios le haya perdonado*. Entonces el soldado con voz moribunda preguntó: *¿Es un Padre capellán? Sí, hijo mio*, le contestó éste, *y me alegro oír tu voz, pues te creía muerto*. Las palabras entrecortadas que inmediatamente pronunció el soldado, dignas de grabarse en el corazón de todos los cristianos, fueron estas: *Tengo en mi pecho el Escapulario de la Virgen del Carmen, que me puso mi madre al despedirme de ella para venir al servicio militar. A ella me he encomendado, y no moriré hasta que confiese mis pecados*. Los que oímos tales palabras, escribe el capellán, no pu-

dimos menos de sentirnos conmovidos y más de una lágrima vimos rodar por las mejillas de aquellos valientes. El soldado se confesó, recibió la Extremaunción y exhaló su postrer suspiro, invocando a María. ¡Dichosa muerte!

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo séptimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del Cofrade.—El cofrade debe imitar a María en el amor de Dios.

Desde el primer instante de su concepción aventajó ya María en amor de Dios a todas las criaturas de la tierra y a todos los ángeles y serafines del cielo, por lo cual ha sido llamada con razón «Reina del Amor». El Señor mandó en el Decálogo que el hombre le amase de todo corazón; pero este precepto no será perfectamente cumplido acá en la tierra sino sólo en la gloria. Mas es preciso hacer una excepción en favor de Ma-

ría. «El amor divino, dice San Bernardo, unió y traspasó de tal manera el alma de María, que no dejó parte alguna libre de amor». Por eso dice Ella en los cantares: «Mi amado se ha entregado todo a mí y yo toda a mi amado».

No es dable a nuestra flaqueza comprender el amor intenso en que se abrasaba María mientras estuvo aquí en la tierra. Herida por este dulcísimo amor, apenas se lo permite su tierna edad, huye como candidísima paloma del bullicio de las criaturas y se esconde en lo más oculto del templo. Allí pasa los días en suave contemplación: su entendimiento es iluminado por la revelación de los más augustos misterios que en su persona iban a verificarse, y su corazón bañado en celestiales dulzuras. Pidamos muy de veras a María que nos comunique una centellita del fuego en que Ella se veía abrasar, para que de esta suerte vivamos en

estrecha unión con Dios en esta y en la otra vida.

Ejemplo

En 1645 un distinguido magistrado de Praga, llamado Antonio Castel, se reía y burlaba de su esposa Bárbara Miseronin por que cumplía todas las obligaciones del cofrade carmelita.

Un día en que él repetía la misma escena, díjole su mujer: *Temed no os atraigdis la cólera y la venganza de Dios con esos desprecios.* Poco tiempo después fué atacado Castel de una oftalmia que le privó de la vista, a pesar de todos los medicamentos y consultas. Esto le hizo entrar dentro de sí, y llamó para que le confesase a un Padre Carmelita. Recibido el sacramento con la más pura compunción, el Carmelita le habló de las gracias del Escapulario, y al momento el magistrado deseó vestirlo. Recibirlo e imponerlo sobre su pecho y quedar curado y sano del todo, fué cosa de un momento. Mr. Castel ejerció desde aquel día la magistratura. No sólo su familia, los médicos y los cirujanos fueron testigos de este prodigio, lo fué casi toda la población de Praga, con el favorecido al frente, que dejaron una memoria auténtica del milagro y se lee íntegra en el *Speculum Carmelitanum*.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo octavo

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del Cofrade.—El Cofrade debe imitar a María en el amor al prójimo.

En un mismo precepto se nos impuso el amor a Dios y al prójimo, y la razón nos la da Santo Tomás diciendo que «el que ama a Dios, ama todas las cosas en Dios». Así como no ha habido criatura que más haya amado a Dios Nuestro Señor que la Santísima Virgen, tampoco ha habido ninguna otra que en el amor al prójimo le haya hecho ventaja. ¿Quién más compasiva que María para los pecadores? ¿Quién más dispuesta que ella para socorrer toda clase de necesidades? En las bodas de Caná intercede con su Hijo para que convierta el agua en vino y saque de aquella aflicción a la fami-

lia; cuando va a visitar a su prima Santa Isabel lo hace, como nota el Evangelista, con prontitud, dirigiéndose de prisa a la montaña; más tarde ofrece su hijo en sacrificio por la redención del mundo.

En una revelación fué dicho a Santa Brígida que nadie ruega a María sin que por ella sea presto socorrido. «Si las oraciones de mi Madre no interviniesen a vuestro favor, no habría esperanza de misericordia», dijo Jesús mismo a la expresada Santa. ¿Quién podrá contar las lágrimas que María ha enjugado? Por eso la Iglesia la llama Madre de Misericordia, consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores y otros títulos a este tenor, que tan bien cuadran a su corazón amante y compasivo. ¿Y qué amor no profesará María a sus hijos predilectos los cofrades del Carmen? Mas, ¿correspondemos siempre nosotros a este amor tierno de María?

Ejemplo

En el año de 1889 llamó la atención en las Américas y en Europa la cristiana muerte de D. Francisco Javier Zaldúa, ex-presidente de la República de Colombia, perseguidor de los Institutos religiosos y hombre sin religión práctica ninguna. Dios le deparó para la salvación de su alma un hijo sacerdote, que educado en Roma y devotísimo como era de la Virgen del Carmen, abrigaba esperanzas de traer a buen camino el obstinado corazón de su padre. Postrado ya éste en el lecho de la muerte, dijole el piadoso sacerdote: *Querido padre, ahora que están agotados los remedios físicos, ¿me permitiréis ensayar uno espiritual?*—*¿Cuál es?* dijo el Padre.—*Poneros el escapulario del Carmen*, El valiente Zaldúa que vió que era fácil lo que se le pedía, inclinó la cabeza para que se lo impusiera, y ya el Escapulario sobre su pecho, preguntó: *¿Qué obligaciones se contraen?*—*Confesaros*, fué la respuesta.—*Pensaré en ello*, replicó el enfermo, y al momento exclamó: *Deseo confesarme, llama al sacerdote*. Y el sacerdote que estaba ya prevenido, confesó al moribundo, que murió en el gremio de la santa Iglesia. Su hijo Francisco Javier, canónigo de Bogotá, correspondiendo a la protección que recibiera de la Virgen del Carmen ha sido en aquella República el propagador activo y celoso de la devoción al Escapulario.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día vigésimo noveno

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del Cofrade.—El Cofrade debe visitar con frecuencia a María del Carmen.

Con numerosos prodigios ha manifestado siempre la Reina del Carmelo cuán agradables le son las visitas que en las Iglesias dedicadas a su culto le hacen sus amados cofrades. Algunos siervos de Dios han tenido la costumbre de visitar cierto número de veces al día la sagrada imagen del Carmen, para desagraviarla de los ultrajes y ofensas que recibe de muchos de sus hijos desnaturalizados. Son incontables los agregados a la Cofradía del Carmen; pero ¡ah! son muchos también los que viven una vida muy disipada y pecadora; son muchos los que no se han acordado de la Virgen del Car-

men sino el día que recibieron el Santo Escapulario; son muchos los que blasfeman de su nombre, se burlan de sus imágenes, se hacen sordos a su llamamiento y se glorían de ser criaturas precitas, o de estar en inminente peligro de condenación eterna.

Y para consolar a María de tanta ofensa y de tan criminal y pecaminoso olvido de estos falsos cofrades ¿no tendrá otros hijos sumisos y obedientes, exactos en el cumplimiento de sus obligaciones, de vida ajustada y conforme en todo a su santísima voluntad? ¿No tendrá quien la visite con frecuencia en sus templos, quien ore ante su imagen y con amorosos actos y fervorosos coloquios trate de consolar el atribulado corazón de esta Reina cariñosísima? ¿No haré un propósito firmísimo de visitarla diariamente, si las obligaciones de mi estado me lo permiten? ¿Será posible que una incalificable pereza

me impida el cumplimiento de esta santa práctica?...

Ejemplo

Refiere el maestro Fr. Juan Bonet que siendo gobernador de Calabria, D. Jerónimo Hurrutinet, aragonés de nación y devotísimo de la Virgen del Carmen, amaneció en el puerto de la capital la armada turca y desembarcaron unos setenta mil hombres al mando del general Zigala, con la esperanza de un feliz suceso para sus armas. El gobernador, sin embargo, a pesar de la poca gente que reunía para el combate, animaba a sus súbditos a caer sobre los enemigos. Reíanse de las disposiciones que tomaba el gobernador, y un capitán de su ejército preguntóle: *¿Con qué armas y gente hemos de resistir a setenta mil hombres?* y éste le contestó, mostrando el santo Escapulario y elevándole con su espada: *Esta es la esperanza de nuestra victoria.* Y fué, en efecto, su esperanza y su mejor escudo, porque dirigiendo su gente a la lucha, dieron con tal violencia contra los turcos, que los desbarataron por completo. Bramaba Zigala de ira por la pérdida de su gente, y por segunda vez desembarcó fuerzas poderosas, que también fueron vencidas por los cristianos; se formó otro nuevo ejército turco al poco tiempo para saquear la Calabria; pero los cristianos, bien prevenidos, humillaron su orgullo y quebrantaron su sober-

bia corviz. Y el gobernador que tales hazañas realizaba lo atribuía al Santo Escapulario del Carmen y repetía: *Esta es la esperanza de nuestra victoria.*

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día trigésimo

Oración preparatoria, pág. 134.

Obligaciones del Cofrade.—El Cofrade debe tener en singular estima el Sto. Escapulario.

El Cofrade debe llevar el santo Escapulario con sentimientos de veneración y confianza. Es la insignia y bandera que ha jurado defender como bizarro capitán. Es una prenda riquísima que María le entrega en señal de pacto, alianza y amor. Es como un dulce recuerdo que la más cariñosa de las madres nos ha entregado para que la amemos y la recordemos con frecuencia y la invoquemos en todas nuestras necesidades. ¡Qué tierno y consolador recuerdo el

del santo Escapulario! ¡Qué grato y dulce es al corazón considerar que por el santo Escapulario soy llamado con verdad hijo de María! ¿Y no trabajaré incesantemente para que sea conocida de todos los hombres y llevada en triunfo por todas partes? ¿Y permitiré que esta santa librea sea de nadie profanada? ¿Y será posible que tal vez yo algún día la profane también?...

¡Oh, no, Madre mía! En el Escapulario está representada vuestra imagen; yo nunca dejaré de reverenciarla. No permitas, Madre mía, que haga yo cosa alguna contraria al honor que tengo de ser hijo tuyo. Yo despreciaré de veras al mundo y a sus pompas y vanidades; yo me consagraré toda a tu servicio, y me acreditaré con mi conducta de digno hijo tuyo, que no en vano lleva tu principal y más querida enseña. Te prometo, Reina del Carmelo, fomentar la devoción al santo Escapulario y amarte como el

más tierno y fervoroso de tus hijos. Ayudadme a conseguirlo, Madre mía.

Ejemplo

El día 16 de Julio de 1884 Barcelona presenció la conmovedora escena de ver a un hombre en la plenitud de su vida dirigirse desde la Barceloneta a visitar la imagen del Carmen en traje de penitente, los pies y cabeza desnudos, y de rodillas, ensangrentando las calles. Lloraban los hijos del pueblo, y cuando aquel hombre llegaba a su término, era inmenso el gentío que le rodeaba. A los pies de la Virgen del Carmen, exclamó: *Gracias, Madre mía, gracias Virgen del Carmen: a vos debo la vida y el pan de mis pobres hijos; tengo esculpida en mi cuerpo vuestra imagen que durará tanto como mi vida, y mi agradecimiento para vos durará más allá del sepulcro.* Sentóse el penitente, y después de oír todo el oficio de la Virgen, vistió en la sacristía el traje de marino. Pocos momentos después aparecía rodeado de su mujer y sus hijos ante el altar de la Virgen rezando el *Ave María*. ¿Y qué había motivado este voto tan extraño? Lo supo al momento la ciudad de Barcelona. Uno de los buques de vela que se dirigía a las Américas sufrió una tempestad horrorosa: no había remedio; a pesar de todos los esfuerzos, el buque iba a desaparecer entre los estampidos del trueno, el fulgor del rayo y los golpes de las

olas. Los marinos encomendaron sus almas a Dios y el nuestro hizo el siguiente voto: *Madre mía del Carmen: si me libráis de la muerte, hago voto de visitar en Barcelona vuestra imagen que se venera en Nuestra Señora de Belén. Compadecedme de mi infeliz compañera, que me dió este Escapulario, y de mis hijos que no tienen pan.* El mar se sosegó, el marino cumplió su promesa y con pólvora y su propia sangre dibujó en su brazo derecho la imagen del Carmen.

Salutaciones y oración final, pág. 140.

Día trigésimo primero

Oración preparatoria, pág. 134.

Conclusión y reflexiones prácticas para el último día.

Hemos llegado al fin de nuestra jornada. Estamos en el día último del mes consagrado a María del Carmen. ¿Cómo he pasado los treinta y un días dedicados a su culto? ¿Los he empleado en obsequiar como se debe a mi dulcísima Madre? ¿He sacado todo el fruto posible de las preceden-

- tes meditaciones? He considerado los privilegios, la utilidad y obligaciones que esta devoción del santo Escapulario comprende; pero estas consideraciones, ¿han contribuído a aumentar en mi corazón el caudal de amor a la Virgen del Carmen? ¿Amo más a María ahora, que al dar comienzo al devoto ejercicio de este mes?... Sí, Madre mía, yo te amo con todo mi corazón y profeso por tu santo Escapulario una veneración infinita; yo creo poder afirmar con el V. P. La Colombiere «que no basta decir que tu Escapulario es una señal de predestinación, como lo son todas las prácticas inventadas por tus devotos para honrarte; yo pretendo que no haya otra señal que haga más cierta nuestra predestinación que ésta del santo Escapulario, y por consiguiente, ninguna a la cual debemos acogernos con mayor celo y perseverancia. Yo creo, Madre mía, que la Cofradía del Escapulario, como dice un venerable

Obispo, está embalsamada con los perfumes del Carmelo, con la majestad de sus recuerdos, con lo admirable de sus tradiciones, con la riqueza de sus indulgencias, con la multitud de sus milagros y con la seguridad de sus promesas». Yo te prometo, Reina del Carmelo, amarte siempre, propagar tu devoción y portarme en todo como verdadero hijo tuyo aquí en la tierra, para que pueda gozar en el cielo de tu compañía. Amén.

Ejemplo

En Diciembre de 1907 escribía un misionero Carmelita Descalzo de Malabar la siguiente relación.

Son muy frecuentes en estos tiempos las pruebas de la generosidad de María del Carmen, siendo esta misma frecuencia la causa de no publicarse todas. Sin embargo, créome en el deber de publicar el siguiente hecho acaecido en el hospital de Ernákulam, cuyos enfermos reciben diariamente de nuestro Convento los auxilios de la Religión.

El día 1.º de Diciembre enfermó de gravedad una mujer educada en el paganismo. Suelen los

paganos, cuando se ven en algún aprieto, hacer votos a sus dioses, que exteriorizan, poniéndose en el cuello o muñeca algún idolillo. Esta mujer hizo también su voto, pero no imitó en el modo a los paganos: bien sea por devoción, (si devoción puede decirse) a la Santísima Virgen, bien por inspiración, en vez del idolillo se puso una medalla de la Virgen del Carmen.

Al contacto de la imagen de María despertó aquella alma, que dormía el sueño de la infidelidad. ¡Quiero bautizarme! ¡quiero ser cristiano! exclamaba continuamente. Inmediatamente se le administró el santo bautismo, que recibió con grande alegría y devoción, imponiéndosele el nombre de María, en agradecimiento al favor recibido.

A las pocas horas murió santamente invocando los dulcísimos nombres de Jesús, María y José.

Saluciones y oración final, pág. 140.





Visita diaria a la Virgen del Carmen



Oración preparatoria para todos los días
de la semana.

¡Madre mía dulcísima, Virgen del Carmen! aquí vengo a tus virginales plantas fatigada y sedienta para que tú temples la sed interna que me devora. Sí, Madre mía amabilísima, te amo con todo mi corazón, con todas mis potencias, con cuanto soy y puedo. Bien quisiera, Reina del Carmelo, que todos te amasen, que todos te adorasen, que todos te rindiesen el homenaje debido a tu celestial hermosura y a tus inefables suavísimas virtudes. Oh, Madre mía, no te conocen; son ciegos y no ven la angélica belleza de tu rostro; son sordos y no oyen el suave acento de tu voz. Yo

quiero, Madre mía, gozar de todos tus encantos y que todo el mundo participe de este gozo mío. Yo quiero darte gracias por los beneficios que de tu larga mano he recibido y que todo el mundo se asocie a este nacimiento mío de gracias. Yo quiero extender tu gloria y cantar tus altísimas virtudes y que todo el mundo me haga coro en este canto mío. ¡Oh qué dicha, si todos los hombres se uniesen y te proclamasen madre, reina, emperatriz de todo lo criado! ¡Qué gozo, si todas las criaturas, animadas e inanimadas, entonasen un himno a la criatura más excelsa y preeminente, más bella y santa que jamás existió; a la que es gloria de Jerusalén, alegría de Israel y honor de nuestro pueblo! Dame, abogada mía, tu gracia para pasar unos momentos en dulces coloquios contigo.



COLOQUIOS

ENTRE EL ALMA DEVOTA Y LA VIRGEN DEL CARMEN

PARA TODOS LOS DIAS DE LA SEMANA



DOMINGO

La Virgen.—Oh, tú, alma redimida con la sangre de mi divino Hijo, alma que sufres, que ansías por unos momentos dejar ese ruido mundano que tanto te fatiga, ven a mí, que soy Madre de misericordia, que siento, hija mía, especial consuelo en poder mitigar tus dolores y sufrimientos: dime con filial confianza todo lo que desees; pídemme sin temor todo lo que necesites, que yo, Madre generosa y compasiva, te lo concederé si conviniese a tu salvación.

El Alma.—Madre mía muy amada,

Virgen del Carmen; sí, yo quiero responder a tu amoroso llamamiento; a Ti vengo a postrarme a tus plantas, a derramar todo mi espíritu en tu presencia. Tú eres la alegría de mi corazón, mi consuelo, mi refugio, mi descanso. Fuera de Ti no encuentro sino amarguras y dolores, contigo no experimento sino descanso y consolación. Por eso vengo a Ti, sedienta como ciervo, a beber los líquidos cristales que brotan frescos y abundantes de tu santo Monte Carmelo. Aquí me estaré, aquí me sentaré junto a esta corriente de aguas vivas, para que tú, Madre mía, sacies la sed devoradora que tengo de amarte.

Jaculatorias (1)

Madre mía del Carmen, yo te reco-

(1) Con los siguientes Padrenuestros, Avemarias y Gloripatris, puede satisfacerse la obligación que muchos fieles tienen de rezarlos para ganar algunos de los privilegios del santo Escapulario.

miendo las necesidades de la Iglesia Católica.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Madre mía del Carmen, yo te recomiendo las necesidades del Sumo Pontífice.

Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

Madre mía del Carmen, yo te recomiendo las necesidades de los Cofrades del Escapulario.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Madre mía del Carmen, yo te recomiendo las necesidades de mis padres, parientes y amigos.

Padre Nuestro, Ave Masía y Gloria.

Madre mía del Carmen, yo te recomiendo mis propias necesidades y en particular.....

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Madre mía del Carmen, yo te recomiendo las necesidades de mi nación.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Madre mía del Carmen, yo te recomiendo la conversión de los pecadores, herejes, cismáticos e infieles.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

ORACION FINAL

Virgen santísima, Madre mía del Carmen, ¡qué dulce es pasar un rato en tu compañía y experimentar los efectos de tu bondadoso corazón! Yo deseo, Madre mía, que todos sin excepción se cobijen bajo la refrigerante sombra de tu santo Escapulario, que todos estén unidos a Ti por los estrechos y amorosos lazos de esta insignia querida. ¡Oh hermosura del Carmelo! míranos a todos con ojos de maternal cariño; dispéñanos benigna tu protección poderosa; yo te

recomiendo las necesidades del Sumo Pontífice y de la Iglesia Católica, las de mi nación y las de todo el mundo, las mías propias y las de mis parientes y amigos. Mira con ojos de compasión a tantos pobres pecadores como ofenden a tu Hijo dulcísimo; a tantos herejes como quieren corromper las augustas doctrinas por él enseñadas; a tantos cismáticos que quieren hacer jirones la túnica inconsútil de tu Iglesia, ilumina a tantos infieles como gimen todavía en las tinieblas del paganismo. Que todos, Reina mía, se conviertan y te amen como yo deseo amarte, ahora y por toda una eternidad. Así sea.

LUNES

Oración preparatoria, pág. 231.

La Virgen.—Hija mía, te veo muy acongojada, muy afligida por las encontradas pasiones que se disputan

el señorío de tu corazón; ven a mí, no temas: soy tu Madre...! Dame, hija mía, dame tu corazón; hazme depositaria de tus pensamientos. ¿Qué es lo que te aflige? No temas, hija mía, al demonio, porque él yace encadenado a mis pies; no temas al mundo, porque yo te mostraré sus pompas y vanidades; no temas a la carne, porque yo te enseñaré el modo de tenerla sujeta y rendida al espíritu. No llores, hija mía, sólo deseo tu corazón.

El Alma.—¡Oh, qué dulce eres, Reina del Carmelo, Madre mía muy amada! Sí, Madre mía, a ti sola doy yo mi corazón; en tus manos depósito todos mis pensamientos, no quiero, dulce Reina mía, que nadie más que tú enjугue mis lágrimas, que nadie más que tú calme mis dolores, que nadie más que tú sea la depositaria y guardadora fidelísima de mis más delicados sentimientos. Cobijada bajo tu manto carmelitano no temeré al mundo, ni al demonio, ni a la carne.

Con tu ayuda espero triunfar de todos mis enemigos. Madre mía, dispón como quieras de mi corazón; yo te lo cedo gustosísima.

Jaculatorias y oración final, pág. 236.

MARTES

Oración preparatoria, pág. 231.

La Virgen.—¿Ves, hija mía, este Escapulario que tengo en mis manos? El es la prenda más señalada que he dado a mis hijos los Carmelitas y a todos los cofrades del Carmen para que confíen en mi protección soberana. El es el sello y exterior confirmación de las promesas que tengo hechas a los que devotamente lo llevarán. El es una insignia riquísima, venero inagotable de bienes celestiales: señal de mi amistad y fianza y garantía de salvación. Tenle por lo tanto, hija mía, en grande estima; bézalo, abrázate con él, estréchalo fuer-

temente contra tu corazón y llévalo contigo todos los días de tu vida.

El Alma.—Flor del Carmelo, Madre mía muy amada, siempre ha tenido para mí irresistible hechizo el santo Escapulario; imposible me parece verle y contemplarle, y conocer las promesas estupendas con que Tú, Madre mía, has querido enriquecerle y no enamorarse de él y abrazarse con él y profesarle singular estima. ¿Cómo se concibe que haya en el mundo quien no le conozca, quien le desprecie, quien se burle de él? No, Madre mía, no he de ser yo tan ingrata que no reconozca este beneficio tuyo. Yo te prometo, Reina del Carmelo, llevar siempre con veneración y respeto tu santo Escapulario.

Jaculatorias y oración final, pág. 236.

MIERCOLES

Oración preparatoria, pág. 233.

La Virgen.—Hija mía, ¿por qué lloras? ¿Por qué desconfías tanto de salir triunfante de esas violentas tentaciones que tan sañudamente te combaten? ¿Por qué te afligen tanto esas contrariedades tan propias de esta miserable vida de aquí abajo? ¿Por qué no te abrazas gustosa a la cruz que yo, Tu Madre, he querido cargar sobre tus hombros? ¿Ignoras, hija mía, que el camino de sufrimiento es el más seguro para conquistar el reino de los cielos? ¿Ignoras que una senda alfombrada de flores suele tener por remate un abismo..? ¿Ignoras que yo estoy con los que lloran y sufren y no con los que locamente ríen y se divierten?

El Alma.—Madre mía del Carmen, toda mi alegría y consuelo: confieso

que me he afligido demasiado en mis penas, que me ha faltado resignación en mis trabajos, que no siempre me he acordado de ti, que eres madre y madre cariñosísima, que he estado a punto de desesperarme, olvidando tus promesas, tus palabras de consuelo; que eres bálsamo de atribulados, y Reina de los afligidos. Jamás, Madre mía, consentiré que mi corazón busque consuelo, descanso y reposo más que en ti, dulce esperanza mía.

Jaculatorias y oración final, pág. 236.

JUEVES

Oración preparatoria, pág. 233.

La Virgen.—No olvides, hija mía, que nadie a venido a implorar mi protección que haya ido sin consuelo. ¿Por qué temes y desconfías cuando tus súplicas no son al punto despachadas? ¿No ves que me agrada sobremanera tu perseverancia en el

pedir, tu fe ciega en mi bondad, tu rendimiento absoluto a mis palabras y a mis promesas? No, hija mía, esa duda me desagrada; esa deconfianza en mi fidelidad atraviesa mi corazón de Madre compasiva... ¿Me crees capaz de faltar a mi palabra?

El Alma.—Cierto es, Madre mía, que he llegado en alguna ocasión a desconfiar algún tanto en tus promesas; que me he inquietado porque mis peticiones no eran luego al punto atendidas; que mi amor hacia ti se ha enfriado algún tanto... ¡Ay! no siempre he sido yo verdadera hija tuya; mis oraciones y mis rezos no siempre han sido de tu agrado. Estaban faltos de espíritu interior, de esa piedad y religiosidad necesarias para que sean gratos a tus oídos. No, Madre mía, no es que tú no hayas querido escuchar mis peticiones y súplicas, sino que estas peticiones y súplicas estaban mal hechas; sin atención, sin devoción, maquinalmente...

Ilumina y enciende mi corazón en tu amor para que jamás desconfie de Madre tan cariñosa.

Jaculatorias y oración final, pág. 236.

VIERNES

Oración preparatoria, pág. 233.

La Virgen.—Una cosa me es singularmente grata, hija mía: la práctica de la virtud. Con la virtud nací, y la virtud, en sus variadas y bellísimas formas, me sirvió de vestidura y me dió esos soberanos encantos que admiran en mí todas las criaturas. La virtud me llevó de niña al templo; la virtud me inspiró el voto de virginidad; la virtud me hizo madre de Dios; la virtud me llevó junto al calvario de mi Hijo; la virtud me da un puesto en la gloria muy superior al de toda otra criatura, el primero después de la Santísima Trinidad; la virtud me mereció del Altísimo los

dulces títulos de Madre de los hombres y Abogada de los pecadores.

El Alma.—No dudo, Madre mía, que a la virtud debes esos inefables encantos que extasían a los ángeles y serafines y hacen las complacencias del mismo Dios. La virtud te encumbró al puesto más eminente que una criatura puede apetecer cual es el de ser Madre de Dios. Mas no siempre esta admiración mía por tu virtud ha sido todo lo provechosa que era de esperar, no siempre me ha arrebatado y llevado tras de sí e infundido en mi corazón deseos de imitarla. ¡Cuántas veces me ha parecido más hermoso el vicio que la virtud! ¡Cuántas veces he corrido ciego y desbocado tras de la pasión halagadora sabiendo, Madre mía, que con ello te disgustaba! Yo te prometo, Estrella del Carmelo, poner en ti mis ojos y seguir exactamente la ruta que tú me trazares.

SABADO

Oración preparatoria, pág. 233.

La Virgen.—Ha dedicado el pueblo cristiano este día a mi honor, y por esto deseo que tú, hija mía, también lo dediques. Hay corporaciones religiosas, como mi Orden Carmelitana, que el sábado me tributan especiales cultos y es mi voluntad que tú te asocies a ellos, si no puedes en realidad, por lo menos en espíritu. El sábado es un día que yo miro con especial cariño, un día que dedico a mis hijos los cofrades del santo Escapulario del Carmen, aliviándolos y sacándolos del Purgatorio. ¡Y cómo suspiran las pobrecitas almas allí detenidas por este día! ¡Y qué satisfacción tan grande para Mí poder aliviar a aquellos de mis hijos que en este mundo me honraron llevando con devoción el santo Escapulario!

El Alma.—En verdad, Madre mía,

que es firme propósito mío obsequiar-te todos los sábados de una manera muy especial y que sea muy de tu agrado. Yo miraré este día como consagrado a Ti; yo procuraré andar en el sábado más recogida, más modesta, más embebida en la contemplación de tus inefables bellezas y más solícita en darte gracias por los innumerables beneficios que de Ti tengo recibidos. ¡Oh, qué grato es pasar todos los días y singularmente el sábado en tu amable compañía, Virgen del Carmen! Yo he de trabajar por visitarte diariamente, por cumplir con fidelidad la obligación que tengo como cofrade del Escapulario, para que en la hora de mi muerte Tú seas mi abogada ante el Juez que me ha de juzgar, y mi libertadora de las llamas del Purgatorio, si la benignísima justicia de Dios se digna llevar mi alma a aquel lugar de expiación.

Oraciones a la Virgen del Carmen

Ofrenda de si mismo a María para el día de su admisión en la Cofradía y para todos los días de la vida.

Santísima Virgen María, Madre de Dios, yo..., aunque indignísimo de ser vuestro siervo, alentado, sin embargo, por vuestra gran bondad, y por el deseo de servirlos, os elijo hoy, en presencia de mi ángel custodio y de toda la corte celestial, por mi particular Señora, Abogada y Madre, y propongo firmemente amaros y servirlos en lo sucesivo, y hacer cuanto de mi dependa, para que los demás también os amen y sirvan. Os suplico, ilustre Patrona del Carmelo, piadosísima y amabilísima Madre mía, por la sangre de vuestro Hijo por mi derramada, me admitáis por hijo y perpetuo esclavo vuestro, me asistáis

en todos mis pensamientos, palabras y obras, en todos los instantes de mi vida, para que todos mis pasos y suspiros se dirijan a mayor gloria de Dios. Haced por vuestra poderosa intercesión que tenga perfecto celo de vuestro honor, y que este santo Escapulario que en prueba de mi sumisión a vuestra grandeza quiero llevar toda mi vida, sea vela favorable que me libre del naufragio de la muerte eterna y me conduzca a la gloria celestial. Amen.

Consagración de una familia a María

Virgen bendita, inmaculada Reina y Madre nuestra; refugio y consuelo de todos los miserables, postrados a vuestros pies os elegimos por nuestra Señora, Madre y Abogada delante de Dios. Todos nos dedicamos para siempre a vuestro servicio y os rogamus, oh Madre de Dios, que nos recibáis en el número de vuestros

siervos, acogiéndonos a todos bajo vuestra protección, ayudándonos en vida, y especialmente en la hora de nuestra muerte. ¡Oh madre de misericordia! os constituímos Señora y Gobernadora de toda nuestra casa, parientes, intereses y negocios. No os desdeñéis de cuidar de ellos, y disponed de todo como más os agrade. Bendecidnos, y no permitáis que ninguno de nosotros ofenda a vuestro Hijo. Protegednos en las tentaciones, libradnos de los peligros, socorrednos en las necesidades, aconsejadnos en las dudas, consoladnos en las aflicciones, asistidnos en las enfermedades, y principalmente en las angustias de la muerte. No permitáis que pueda gloriarse el enemigo infernal de tener esclavizado a ninguno de los que estamos consagrados a Vos, antes bien, haced que a todos nos sea concedido el poder mostraros nuestro agradecimiento en el cielo y junto con vos alabar y amar a nuestro

Redentor Jesús por toda la eternidad. Así sea.

Oración de una madre por su hijo pequeño

Inmaculada Virgen del Carmen, cuya presencia calma la justa ira del Altísimo, vedme aquí a vuestros pies penetrada del más vivo afecto de amor y de agradecimiento por los beneficios que me habéis hecho. Bendita seáis, ¡oh María! nuestra más dulce esperanza. Oh Madre de la gracia, salvaguardia de la inocencia y modelo del más tierno amor! Manifestad a los que os invocan ese semblante sereno, consuelo de las madres en este triste destierro y regocijo de los ángeles en el cielo. Aquí tenéis este niño que os ofrezco; adoptadle por hijo, yo le criaré para Vos como lo hizo en otro tiempo la madre de Moisés para la hija de Faraón. Tomad posesión de este corazón tan puro aún; adornadle con vuestras virtu-

des, y pues sois la depositaria y dispensadora de todas las gracias, derramad en él a manos llenas los dones celestiales y colmadle de mil bendiciones espirituales y temporales en Jesucristo Nuestro Señor. Amen.





SIETE MEDITACIONES

sobre el «Pater noster» para todos los días de la semana

ATRIBUIDOS A LA

Santa Madre Teresa de Jesús

LUNES

*Padre nuestro, que estás en los cielos, satis-
fado sea el tu nombre.*

Aunque el nombre de Padre es el que mejor cuadra a todas estas peticiones, y el que nos da mayor confianza, y por el cual quiso obligarse el Señor a darnos lo que le pidamos: con todo esto no haremos contra su disposición y ordenación en añadir los demás títulos, pues con tanta verdad le pertenecen, demás que con ellos la devoción se despierta, y se aviva el fuego del altar de nuestro

corazón, con renovarle la leña, y toma esfuerzo nuestra confianza, considerando que al que es Padre nuestro, le pertenecen tan gloriosos títulos, y a nosotros tan favorables.

Pues para que el fuego tanga todo el lunes, que gastar en solo este nombre de Padre y primera petición, considere que su padre es Dios, trino en personas y uno en esencia, principio y autor de todas las cosas, un Ser sin principio, que es causa y autor de todos los seres, por quien nos movemos, y en quien vivimos, y por quien somos, que todo lo sustenta, todo lo mantiene. Y considérese a sí que es hijo de este Padre tan poderoso, que puede hacer infinitos mundos, y tan sabio, que sabrá regir a todos ellos, como sabe regir éste, sin faltar su providencia a ninguna criatura, desde el más alto serafín, hasta el más bajo gusanillo de la tierra; tan bueno, que de balde se está siempre comunicando a todas

segun su capacidad. Y en especial considere el hombre y diga: ¡Cuán bueno en el Padre para mí! pues quiso que tuviese yo ser, y gozase de esta dignidad de hijo suyo, dejándose por criar a otros hombres, que fueran mejores que yo, ponderando aquí lo que merece ser amado y servido este Padre, que por sola su bondad crió para mí todas las cosas, y a mí para que le sirviese, y gozase de El.

Luego tras esto se sigue la confusión de haberle en particular ofendido, de no haberle agradecido sus beneficios, y de tener tan indignamente el nombre de hijo de Dios, que debe engendrar pechos reales y generosos, considerándose aquí las condiciones de los padres, cómo aman a sus hijos, aunque sean feos cómo los mantienen aunque sean ingratos, cómo los sufren aunque sean viciosos; cómo perdonan, cuando se vuelven a su casa y obediencia, cómo,

estando ellos de todo descuidados, los padres les acrecientan sus mayorazgos y haciendas. Considerando cómo todas estas condiciones están en Dios con infinitas ventajas, lo cual es causa de enternecerse el alma, y cobrar confianza de nuevo, de perdón para sí y para todos, y no menospreciar a nadie, viendo que tiene tal Padre, que es común a hombres y ángeles.

El día que anduviere con esta petición, ha de reducir todas las cosas a esta consideración, como las imágenes que mirare de Cristo, diga, este es mi Padre: el cielo que ve, esta es casa de mi Padre: la lección que oye, esta es carta que me envía mi Padre: lo que viste, lo que come, lo que le le alegra, todo esto viene de la mano de mi Padre: lo que le entristece, lo que le da pena, y trabajo, todas las tentaciones, todo me viene de la mano de mi Padre, para mi ejercicio y mayor corona; y así

diga con afecto—«Santificado sea tu santo nombre».

MARTES

Rey nuestro, venga a nos el tu reino.

Viene muy bien esta petición tras de la pasada, pues a los hijos se debe el reino de su padre, diciendo de esta manera; si el mundo, demonio y carne reinan en la tierra, reina tú, Rey nuestro, en nosotros, y destruye en nos estos reinos de avaricia, soberbia y regalo. De dos maneras se puede entender esta petición, o pidiendo al Señor, que nos dé la posesión del reino de los cielos, cuya propiedad nos pertenece como a hijos suyos, o pidiéndole que El reine en nosotros, y que nosotros seamos reino suyo.

Yo no sé cuál sea mayor dignidad del hombre, o que se precie Dios de tenernos por reino, y satisfacerse su

Majestad con esta posesión, siendo El quien es, o querer El ser reino nuestro, y dársenos en posesión; aunque por ahora más me satisface el ser nosotros reino suyo, pues de aquí nace el ser Rey nuestro. Dijo a santa Catalina de Sena; piensa tú de Mí, que Yo pensaré de ti. Y a cierta madre: ten tú cargo de mis cosas, que Yo lo tendré de las tuyas.

Pues tomemos a nuestro cargo el hacernos tales, que se precie su Majestad de reinar en nosotros, que El le tendrá de que nosotros reinemos en El. Y este es el reino de que el mismo Señor dijo en el Evangelio: Buscad primero, y ante todas cosas el reino de Dios, y descuidad de lo demás, pues lo tiene a su cargo vuestro Padre. De este reino asimismo dijo San Pablo, que era gozo y paz en el Espíritu Santo.

Consideremos, pues, qué tales es razón que sean aquellos de que Dios se precia de ser su Rey, y ellos de

ser su reino, qué adornados de virtudes, qué compuestos en sus palabras, qué magnánimos, qué humildes, qué mansedumbre de su semblante, qué sufridos en sus trabajos, qué limpieza de almas, qué pureza de pensamientos, qué amor unos con otros, qué paz y tranquilidad en todos sus movimientos, qué sin envidia unos de otros, y qué deseosos del bien de todos.

Consideremos lo que pasa en los buenos vasallos con su rey, y de aquí levantaremos al del cielo, y sabremos cómo debemos habernos con el nuestro, y lo que pedimos, diciendo, que «venga a nos el tu reino». Todos vivimos debajo de unas leyes, obligados a guardarlas, y hacer unos por otros, comunicándonos los unos las cosas que faltan a los otros. Estamos obligados a poner las haciendas y las vidas por nuestro rey, deseosos de darle contento en todo lo que se le ofreciere.

Todo lo que en este día hiciere u oyere, se ha de referir a esta consideración de Dios Rey nuestro, como se refirió en la pasada a Dios como Padre. Aquí viene muy bien aquel paso cuando Pilatos, después de acusado nuestro Redentor, le sacó delante del pueblo coronado de espinas, con una caña en la mano por cetro, y una ropa vieja de púrpura, diciendo: veis aquí el Rey de los judíos. Y después de haberle adorado con suma reverencia (en lugar de las blasfemias y escarnios que le hicieron los soldados y judíos cuando le vieron en aquella disposición) hacer actos de humildad, con deseos de que las honras y alabanzas del mundo nos sean a nosotros corona de espinas.

MIERCOLES

Esposo de mi alma, hágase tu voluntad.

La tercera petición es: «Hágase tu voluntad», deseando que en todo se cumpla la voluntad de Dios: y aun pedimos más, que se cumpla «en la tierra como en el cielo», con amor y caridad. Viene muy bien esta petición tras de las dos pasadas pues es cosa tan justa que se cumpla en todo perfectísimamente la voluntad del Padre Eterno por sus hijos, y la del Rey soberano por sus vasallos.

con esta voluntad, imaginemos a este . Para más nos despertar y conformar con esta voluntad, imaginemos a este Padre y Rey de los reyes con título de Esposo amantísimo de nuestras almas. Y a quien con atención considerare este nombre, y entendiere el regalo y favor, que debajo de él se comprende, sin duda se levantarán

en su corazón increíbles deseos de cumplir la voluntad de aquel Señor, que siendo Rey de la Majestad, (resplandor del Padre, abismo de sus riquezas, y piélago de toda hermosura, fortísimo, poderosísimo, sapien-tísimo y amabilísimo) quiere ser de nosotros amado, y amarnos con tan regalado amor, como por este dulce nombre se significa.

En este nombre se especifican todas las prendas del regalado y con-fiado amor, el truco, e igualdad de las voluntades; pide todo el cuidado, y todo el corazón; así después que Dios hizo el concierto, y la escritura del desposorio con Israel en el desierto, le pidió y mandó que le amase con todo su corazón, con toda su alma, entendimiento y voluntad, y con toda su fortaleza. Cuán recatada, pues, ha de andar la Esposa, que es amada de tan gran Rey, y compuesta en todo lo interior y exterior.

Puede considerarse la pobreza del

dote del Esposo, y cómo por virtud de su sangre compró de su Padre nuestras almas para esposas suyas, siendo primero esclavas de Satanás; y cómo por esta causa con mucha razón se puede llamar Esposo de sangre, el cual desposorio se hizo en el Bautismo, dándonos su fe con las demás virtudes y dones, que son el arreo de nuestras almas: y cómo todos los bienes de Dios son nuestros por este desposorio, y todos nuestros trabajos y tormentos son deste dulcísimo Esposo, que tal trueco hizo con nosotros, dándonos sus bienes, y tomando nuestros males. Quien esto considerare, ¿con qué dolor verá ofenderle, y con qué alegría servirle? ¿Quién podrá sin lástima ver tal Esposo a la columna atado, en la cruz enclavado, y puesto en el sepulcro, sin rasgarse las entrañas de dolor? Y por otra parte, ¿quién podrá verle triunfante, resu-

citado y glorioso, sin alegría incomparable?

Este día vendrá bien considerarlo en el huerto, postrado delante de su Eterno Padre, sudando sangre, y ofreciéndose a El con perfectísima resignación, diciéndole: «No se haga mi voluntad sino la tuya». Los actos de este día han de ser de gran mortificación, contradiciendo su propia voluntad, y renovando los tres votos de religión, dándose por muy contento de haberlos hecho, y de haberle tomado por Esposo, y renovado, y confirmado este desposorio en la religión: y los no religiosos también sus buenos propósitos, fidelidad, y palabras tantas veces puestas, con Esposo de tal autoridad.

JUEVES

*Pastor nuestro, el pan nuestro de cada día
dánosle hoy.*

La cuarta petición es, «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». El jueves cuadra muy bien esta cuarta petición con el título de Pastor, a quien pertenece apacentar a su ganado, dándonos el pan de cada día: porque al Padre, Rey y Esposo, muy bien le viene ser pastor, y por derecho natural le podemos decir sus hijos, vasallos y esposas, que nos mantenga, y apaciente con manjares, conforme a su Majestad, y a nuestra grandeza, pues somos hijos suyos; y así no decimos que nos lo preste, sino que nos lo dé: no decimos ajeno, sino nuestro; que pues somos hijos, nuestros son los bienes de nuestro padre.

No me puedo persuadir, que en esta petición pedimos cosa temporal,

- para sustento de la vida corporal, sino espiritual para sustento del ánimo; porque de siete peticiones, que aquí pedimos, las tres primeras son para Dios, la santificación de su nombre, su reino y su voluntad, y de las cuatro que pedimos para nosotros, esta es la primera, en la cual sólo pedimos que nos dé; porque en las otras pedimos que nos quite pecados, y tentaciones y todo mal. Pues una cosa sola que pedimos a nuestro Padre que nos dé, no ha de ser de cosa temporal para el cuerpo; demás, de que a hijos de tal Padre, no les está bien pedir cosas tan bajas y comunes, que las da El a las criaturas inferiores y al hombre, sin que se las pidan, y especialmente teniéndonos su Majestad avisados que le pidamos, procurando primero las cosas de su reino, que es lo que toca a nuestras almas, que de lo demás su Majestad tiene cargo; y por eso declaró por San Mateo—El pan nues-

tro sobresustancial dánosle hoy. Pedimos pues en esta petición el pan de la doctrina evangélica, las virtudes, y el Santísimo Sacramento, y y finalmente todo lo que mantiene, y conforta nuestras almas para sustento de la vida espiritual.

«Pues a este soberano Padre, Rey y Esposo, considerémosle Pastor con las condiciones de los otros pastores, y con tantas ventajas, cuantas El mismo se pone en el Evangelio: cuando dice: «Yo soy buen Pastor, que pongo mi vida por mis ovejas».

¿Quién podrá encarecer los pastos de la doctrina celestial con que las apacienta? ¿La gracia de las virtudes con que las esfuerza? ¿La virtud de los Sacramentos con que las mantiene? Si la oveja se desmanda a lo vedado, procura apartarla y reducirla con el dulce silbo de su santa inspiración: si no lo hace por bien, arrójale el cayado de algún trabajo, de manera que la espante, y nó la hie-

ra ni la mate. A las fuertes mantiene y las hace andar, a las flacas espera, a las enfermas cura, a las que no pueden caminar las lleva sobre sus hombros, sufriendo sus flaquezas.

En este día se ha de considerar el misterio del Santísimo Sacramento, la excelencia de este manjar, que es la misma sustancia del Padre, que encargiendo esta merced hecha a los hombres, dice David, que nos harta el Señor de la médula de las entrañas de Dios.

Hase de considerar el amor con que se da, pues manda que todos lo coman, so pena de muerte; y sabiendo su Majestad, que muchos le habían de comer en pecado mortal, con todo eso es tan vehemente y eficaz el amor que nos tiene, que por gozar del amor con que sus amigos le comen, rompe con las dificultades, y sufre tantas injurias de los enemigos, y para mostrarnos más este amor, se quiso consagrar, e instituir

este divino manjar, cuando, y al tiempo que era entregado a la muerte por nosotros; y con estar su carne y sangre preciosa en cualquiera de las especies, quiso que se consagrarse cada cosa de por sí, porque en aquella división y apartamiento nos mostrase, que tantas veces muriera por los hombres, si fuera menester, cuantas veces se consagran y cuantas misas se dicen en la Iglesia.

VIERNES

Redentor nuestro, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos a nuestros deudores.

Para el viernes viene muy bien a propósito la quinta petición, que dice: «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores», junta con el título de Redentor; porque, como dice San Pablo, el Hijo de Dios fué hecho nuestro redentor y redención de nuestros

pecados con su sangre. El es el que nos libró del poderío de Satanás, a a quien estábamos sujetos y nos preparó el reino de hijos de Dios, y nos hizo reino suyo, y en él tenemos redención, quiero decir; perdón de nuestros pecados, y el precio que se dió por el rescate de ellos.

Todos los bienes que podemos desear para nosotros, se comprenden en la petición pasada; y todos los males, de que podemos ser librados, se contienen en las tres peticiones siguientes, y la primera es ésta: Perdonanos, Señor, lo que te debemos, por quien tú eres, que eres Dios, Señor universal; y lo que te debemos por nuestras ofensas; y esto, Señor, sea como nosotros perdonamos a los que nos ofenden, que son nuestros deudores. Y, porque parecerá a alguno, sería muy limitado este perdón, si fuese conforme a lo que nosotros perdonamos, se ha de advertir, que de dos maneras se puede esto

entender. La primera, que habemos de imaginar, que siempre que decimos esta oración, la decimos en compañía de Cristo nuestro Señor, el cual está a nuestro lado siempre que oramos, y en su nombre pedimos, y decimos, Padre nuestro. Siendo esto así, bien cumplido será el perdón, pues tan cumplido le hizo el mismo Hijo de Dios por los hombres. Pero también se pueden entender en rigor, como las palabras suenan, pidiendo que nos perdonen, como nosotros perdonamos; porque todo hombre que ora, se presume que tiene perdonados de corazón a sus ofensores; y en la misma manera de pedir, significamos, y nos mortificamos a nosotros mismos, cómo habemos de llegar; y que si no habemos perdonado nosotros, damos sentencia contra nosotros, que no merecemos perdón. Dijo el Sabio; ¿Cómo es posible que el hombre no perdone a su hermano, y pida perdón a Dios? El que desea

vengarse, tomará Dios venganza de él, y guardará sus pecados sin remisión. La materia de esta petición es generalísima, y abraza infinitas cosas, porque las deudas son sin cuento, la redención copiosísima, y el precio del perdón infinito; que es la muerte y Pasión de Cristo.

Para hoy no hay que señalar lugar ni paso particular de su Pasión, pues toda ella es obra de nuestra redención, la cual está ya bien sabida y especificada en tan excelentes libros como hoy gozamos; pero no dejaré de decir una cosa, que hará mucho al caso, y es muy agradable a su divina majestad, como El lo significó a una sierva suya: Aparecióle crucificado, y díjole; que le quitase tres clavos, con que le tenían enclavado todos los hombres, que son: desamor a mi bondad y hermosura; ingratitud y olvido a mis beneficios, y dureza a mis inspiraciones; pues cuando me hayáis quitado estos tres,

me quedo enclavado en otros tres, que son: amor infinito, agradecimiento a los bienes que por mí os da mi Padre, y blandura de entrañas para recibiros.

Este día es de mucho silencio, y de alguna particular aspereza y mortificación, y de acordarnos de los santos nuestros devotos, por cuya intercesión también alcanzaremos el perdón que pedimos a Dios. En este día se ha de hacer particular oración por los que están en pecado mortal y por lo que nos quieren o han querido mal, y nos han hecho algún agravio.

SABADO

Médico nuestro, no nos dejes caer en la tentación.

Como nuestro enemigos son tales, y tan inoportunos, siempre nos ponen en aprieto, y como nuestra fla-

queza es tan grande, somos fáciles para caer, si el Todopoderoso no nos ayuda: por tanto es necesario que seamos perseverantes en pedir favor a nuestro Señor, para que no permita seamos vencidos de las tentaciones presentes, ni tornemos a caer en los pecados pasados.

No le pedimos que no permita que seamos tentados, sino que no seamos vencidos de las tentaciones; pues la tentación, siendo vencida por su favor, nuestra voluntad es para gloria suya y corona nuestra, y mándanoslo pedir su Majestad por estas palabras —No nos traigas en tentación; porque entendamos que el ser tentados es permisión suya, y el ser vencidos es por nuestra flaqueza, y la victoria es suya.

Consideremos, pues, aquí, como es verdad, que todos somos flacos y enfermos y llagados; así porque lo heredamos de nuestros padres, como porque nosotros mismos con nues-

tros pecados y malas costumbres pasadas, nos habemos debilitado más y lligado de pies a cabeza, y presentémonos así delante de este Médico celestial, pidámosle que no nos deje caer en la tentación, teniéndonos El de su mano poderosa, y no dejándonos sin cura y ayuda.

Este título de Médico es muy agradable a su divina Majestad y fué el oficio que viviendo en este mundo más ejercitó, curando enfermos incurables de enfermedades corporales, y las almas de vicios envejecidos. Y así se puso El mismo este nombre, cuando dijo: No los sanos tienen necesidad de médico, sino los enfermos.

Consideremos la condición de los médicos de la tierra, que no visitan si no los llaman, y que visitan más a quien mejor los paga, y no los más necesitados; encarecen la enfermedad, y a veces la entretienen por ganar más: a los pobres curan por relación, y a los ricos por presencia, y ni para

unos, ni para otros ponen de sus casas las medicinas, y que éstas son costosas, y las curas inciertas.

¡Oh Médico celestial, que en nada de esto parecéis a los de la tierra, sino en el nombre! Vos os venís sin ser llamado, y de mejor gana a los pobres, que a los ricos, y a todos curáis por presencia: no aguardáis sino que el enfermo se conozca serlo, y estar necesitado de Vos: no solamente no encarecéis la cura o enfermedad, pero facilitáis la cura a los enfermos, por grave que sea, y les prometéis que a un gemido serán sanos. De ningún enfermo tuvisteis asco, por asquerosa que fuese la enfermedad: por los hospitales andáis buscando los incurables y pobres; Vos os pagáis Vos mismo, y de vuestra casa ponéis las medicinas. ¿Y qué medicinas? Hechas de la sangre y agua de vuestro costado: de la sangre para curarnos: del agua, para lavarnos y dejarnos sin mancha ni

señal alguna d haber estado enfermos.

Este día es a propósito traer a la memoria la sepultura del Señor, y considerar aquellas cinco fuentes de sus llagas, que están y estarán abiertas hasta la resurrección general para la salud de todas las nuestras. Y pues con ellas sanamos, procuremos unguérselas amorosa y caritativamente con el unguento de mortificación, humildad, paciencia y mansedumbre, empleándonos en el bien de nuestros prójimos: pues no le podemos a El tener a mano en su misma persona, en forma visible, tenemos su palabra, que lo que hacemos por nuestros prójimos, lo recibe El a su cuenta, como si por El se hiciese.

DOMINGO

Juez nuestro, libranos de mal.

La séptima petición de que nos libre del mal, no le pidamos que nos libre de este mal o del otro, sino de todo lo que es propia y verdaderamente mal, ordenado para privarnos de los bienes de gracia o de gloria.

Hay males de pena, como son tentaciones, enfermedades, trabajos, deshonras, etc. Pero estos no se pueden llamar propiamente males, sino en cuanto son ocasión de caer en culpas. Y según esto, las riquezas, las honras y todos los bienes temporales se podrán justamente decir males, pues nos son ocasión de ofender a Dios. Pues de todos estos males y bienes, que nos pueden ser causa de condenación eterna, pedimos ser librados: y porque es propio del Juez supremo dar esta libertad, viene muy bien aquí el título de Juez.

La materia de esta petición es copiosísima, porque a ella se reducen las cuatro postrimerías del hombre, de las cuales están escritas tantas cosas, que son: la muerte, el juicio final, las penas del infierno y los gozos de la gloria.

Aquí se pueden tornar a repetir las consideraciones pasadas, porque de todos los beneficios que se especifican en los seis títulos gloriosos que se han dicho, nos han de hacer allí cargo: y así lo debemos considerar, unas veces para confusión nuestra, y otras para confianza. Porque ¿qué confusión es, que los que tenemos tal y tan amorosísimo Padre, tan potentísimo Rey, tan suavísimo esposo, tan buen Pastor, tan rico y misericordioso Redentor, tan eficaz y piadoso Médico, seamos tan ingratos y tan desaprovechados en todo? ¿Y cuán grande temor pone tanta carga de beneficios de su parte, y de la nuestra tanta ingratitud y desamor?

En estas palabras parece que se tocan todos los títulos y nombres de Dios, que habemos dicho: fácilmente se podrá entender, considerando con atención cada cosa en particular. Pero aunque sea verdad, que esta oración del Padre nuestro tiene el primer lugar entre todas las oraciones vocales, no por eso se deben dejar las otras; porque de otra manera se podría engendrar fastidio, usando de sola ésta; pero vendrán muy bien las otras entretegidas con ésta, especialmente que hallamos en la Escritura sagrada algunas devotísimas oraciones, que personas santas hicieron, movidas por el Espíritu Santo, como el Publicano del Evangelio, Ana, madre de Samuel, Ester, Judith, el rey Manasés, Daniel y Judas Macabeo; en las cuales, con palabras salidas de su sentimiento y compuestas con afecto propio, representaban a Dios sus necesidades.

Agrada mucho al Señor esta mane-

ra de orar, porque como los grandes señores huelgan de oír a los rústicos, que les piden algo grosera y simplemente, así el Señor recibe mucho placer, cuando con tanta priesa le rogamos, que por no detenernos en buscar palabras muy compuestas y ordenadas, le decimos las primeras que se nos ofrecen, para significarle en breve nuestra necesidad: como San Pedro, y los Apóstoles cuando temiendo anegarse, decían—Señor, sálvanos, que perecemos; y como la Cananea, cuando pedía misericordia; y como el hijo pródigo, diciendo: Padre, pequé contra el cielo y contra ti; y como la madre de Samuel, cuando decía—Oh Señor de las batallas, si volviendo tus ojos, vieres la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no olvidares a tu esclava, y dieres a mi ánima perfecta virtud, emplearla he siempre en tu servicio.

De estas oraciones vocales está llena la sagrada Escritura, que alcanza-

ron lo que pidieron; y así alcanzan las nuestras remedio de nuestras aflicciones y aprietos. Y aunque es consejo de los santos, que mentalmente se hace esto mejor; pero los ejemplos de muchos santos, la propia experiencia nos enseña, que hablando de esta manera vocalmente, Dios despidе nuestra libieza, enciende nuestro corazón, y le dispone para mejor proceder y orar mentalmente.





TRISAGIO

a la Santísima Trinidad

Por la señal, etc.

Ofrecimiento

Rogámoste, Señor, por el estado de la Santa Iglesia y Prelados de ella, por la exaltación de la fe católica, extirpación de las herejías, paz y concordia entre los Príncipes cristianos, conversión de todos los infieles, herejes y pecadores, por los agonizantes y caminantes, por las benditas almas del Purgatorio y demás piadosos fines de nuestra Santa Madre la Iglesia. Amen.

ÿ. Bendita sea la Santa e Indivi-

dua Trinidad, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos.

R). Amen.

ÿ. Abrid, Señor, mis labios.

R). Y mi voz pronunciará vuestra alabanza.

ÿ. Dios mío, en mi favor benigno entiende.

R). Señor, a mi socorro presto atiende.

ÿ. Gloria sea al Padre, gloria al eterno Hijo, gloria al Espíritu Santo. por los siglos de los siglos.

R). Amen. Alleluya.

Desde el Sábado de Septuagésima hasta el Sábado Santo, en lugar de Alleluya se dice:

Alabanza sea dada a Ti, Señor, Rey de la eterna gloria.

Acto de Contrición

Amorosísimo Dios, Trino y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en quien creo, en quien espero, a quien amo con todo mi corazón, cuerpo y

alma, sentidos y potencias, por ser Vos mi Padre, mi señor y mi Dios, infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas, me pesa, Trinidad Santísima; me pesa, Trinidad misericordiosísima; me pesa, Trinidad amabilísima, de haberos ofendido, sólo por ser quien sois: propongo y os doy palabra de nunca más ofenderos, y de morir antes que pecar: espero en vuestra suma bondad y misericordia infinita, me habéis de perdonar todos mis pecados, y me daréis gracia para perseverar en un verdadero amor y cordialísima devoción de vuestra siempre amabilísima Trinidad. Amen.

Oración al Padre

¡Oh Padre Eterno, fuera de cuya posesión no existe otra cosa que tristeza y tormento! yo no cesaré jamás de repetir con vuestros Profetas y Apóstoles, que mi suma felicidad, mi

tesoro y mi gloria es el unirme a mi Dios y mantenerme inviolablemente junto a El.

Un Padre Nuestro, Ave María, y nueve veces:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

Y el coro responde.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Oración al Hijo

¡Oh verdad eterna, fuera de la cual no hay más que engaños y mentiras!
¡Oh Señor, todo me parece desabrido a vista de vuestros suaves atractivos! ¡Y me parecen mentirosos y asquerosos los discursos de los hombres, en comparación de las palabras de vida con las cuales Vos habláis al corazón de aquellos que os escuchan!
¡Ah! ¿Cuándo será la hora en que Vos me tratéis sin enigma, y me ha-

bléis claramente en el seno de vuestra gloria? ¡Oh qué trato! ¡Qué belleza! ¡Qué luz!

Un *Padre Nuestro*, *Ave María*, y nueve veces:

Santo, Santo, Santo, etc.

Oración al Espíritu Santo

¡Oh Amor! ¡Oh don del Altísimo, centro de las dulzuras y de la felicidad del mismo Dios! ¡Qué atractivo para un alma el verse en el abismo de vuestra bondad, y toda llena de vuestras inefables consolaciones! ¡Ah placeres engañosos! ¿Cómo habéis de poder compararos con la mínima de las dulzuras que Dios sabe derramar en un alma fiel? ¡Oh! Si una gotita sola de ellas es tan gustosa, ¡cuánto más lo será cuando Vos las derramaréis como un torrente sin medida y sin reserva! ¿Cuándo será esto, ¡oh mi Dios!, cuándo será?

Un *Padre Nuestro*, *Ave María*, y nueve veces:

Santo, Santo, Santo, etc.

Antífona

A Ti, Dios, Padre Ingénito; a Ti, Hijo Unigénito; a Ti, Espíritu Santo Paráclito, Santa e Individua Trinidad, de todo corazón te confesamos, alabamos y bendecimos. A Ti se dé la gloria por los siglos de los siglos.

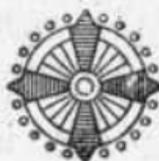
ñ. Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R). Alabémosle y ensalcémosle en todos los siglos.

Oración

Omnipotente y sempiterno Dios, que te dignaste revelar a tus siervos en la confesión de la verdadera fe la gloria de tu eterna Trinidad, y que adorasen la Unidad en tu augusta Majestad; te rogamos, Señor, que por

la fuerza de esa misma fe nos veamos siempre libres de todas las adversidades y peligros. Por Cristo Señor Nuestro. Amen.





TRISAGIO

a la Santísima Virgen María

Por la señal, etc.

Oración de San Bernardo

Acordaos ¡oh piadosísima Virgen María! que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos también acudo ¡oh Virgen madre de las vírgenes! y, gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a parecer ante vuestra presencia soberana. ¡Oh Madre de Dios! No despreciéis mis súplicas, antes bien escuchadlas y acogedlas benignamente.

ALABANZA

▲

MARIA SANTISIMA

Bendita sea tu pureza,
Y eternamente lo sea;
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza:
A Ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada, María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón:
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

ÿ. Bendita sea la Santa e Inmaculada Virgen María, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos.

R). Amen.

ÿ. Abrid, Señor, mis labios.

R). Y mi voz pronunciará vuestra alabanza.

ÿ. Dios mío, en mi favor benigno entiende.

R). Señor, a mi socorro presto atiende.

ÿ. Haced que os alabemos, Virgen sagrada.

R). Dadnos fortaleza contra vuestros enemigos.

ÿ. Gloria sea al Padre, gloria al Eterno Hijo, gloria al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

R). Amen. Alleluya.

Desde el Sábado de Septuagésima hasta el Sábado Santo, en lugar de Alleluya se dice: Alabanza sea dada a Ti, Señor, Rey de la eterna gloria.

Acto de contrición

Amorisísima María, Madre del Verbo humanado; amo, Señora, a mi Dios, a Vos y a mis prójimos con todo mi corazón, sentidos y potencias, y por este amor me pesa, amorosísima Hija de Dios Padre; me pesa,

amantísima Madre de Dios Hijo; me pesa, amabilísima Esposa de Dios Espíritu Santo, de haber ofendido a las tres Personas de la Santísima Trinidad, y de haber agraviado a Vos: propongo nunca más pecar, asistido de vuestro patrocinio y amparo; y espero de vuestra caridad me alcanzaréis del Señor el perdón de todos mis pecados, y gracia para amar a Dios, a Vos y a mis prójimos con una cordialísima devoción todos los días de mi vida.

Primera oración

Bendita, alabada y adorada sea la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tantas gracias ha concedido a su Hija, Madre y Esposa, a quien alabemos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

Ahora se dice un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, y nueve veces:

Santa, Santa, Santa María, Madre de Dios, llenos están los cielos y la tierra de vuestras glorias.

Respuesta. Gloria a María, Hija del Padre; gloria a María, Madre del Hijo; gloria a María, Esposa del Espíritu Santo.

Segunda oración

¡Oh María! ¡Oh María! ¡Oh María! Alabada seáis, oh Santísima María, Madre de Dios, Reina del cielo, Puerta del paraíso y Señora de todo el mundo. Vos sois la Virgen Madre elegida, que parió al Salvador del mundo; por eso a Vos acudo, y pido roguéis, Señora, por nosotros a vuestro querido Hijo Jesús.

Ahora se dirá un Padre nuestro y todo lo demás como en la primera oración.

Tercera oración

Dios os salve, Santísima María, dulcísima Madre de Dios, siempre Vir-

gen purísima, Señora y Madre mía: vuestra pureza sacrosanta se alabe en todo distrito, y, pues que a todos encanta, digan levantando el grito, que sois Santa Hija de Dios, Santa Madre de Dios, Santa Esposa de Dios, y os suplicamos roguéis por nosotros al Señor.

Ahora se dice un Padre nuestro y Ave María y todo lo demás como en la primera oración.

Súplica

A Vos, Hija de Dios Padre; a Vos, Madre de Dios Hijo; a Vos, Esposa del Espíritu Santo, os pedimos roguéis, Señora, por nosotros a la Santísima Trinidad, para que, unidos en caridad, amemos a Dios, a Vos y a nuestros prójimos con una cordialísima devoción. Amen.



CORONA

DE LOS

Siete Dolores de María Santísima.

PRIMER DOLOR

Profecía de Simeón

¡Oh Madre afligida! Por el dolor que padecisteis al oír a Simeón que había de traspasar vuestra alma una espada de dolor, suplícoos, Señora, me deis gracia para que, purificada mi alma con una verdadera penitencia, pueda ser presentada ante Vos en el templo de la gloria.

Un *Padre nuestro*, siete *Ave Marias* y un *Gloria Patri*.